

The background of the entire cover is a dense, intricate line drawing in black ink on a white background. The drawing consists of a complex, interlocking pattern of organic and geometric shapes. There are swirling, fluid lines that resemble tentacles or flowing water, interspersed with sharp, angular lines that form geometric patterns, including several prominent star-like or crystalline structures. The overall effect is one of a rich, textured, and somewhat chaotic visual field.

Piedad Bonnett

Poesía reunida

Lumen

Piedad Bonnett

Poesía reunida

Lumen

SÍGUENOS EN
megustaleer



Me Gusta Leer Colombia



@megustaleerco



@megustaleerco

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

DE CÍRCULO Y CENIZA
(1989)

Al lector

*Palabras, palabras desplazadas y mutiladas,
palabras de otros, fue la pobre limosna que le
dejaron las horas y los siglos.*

JORGE LUIS BORGES

¿Esto era todo?
¿Esto que nos han dado?
Planchas viejas, botones sin ojal,
lámparas rotas,
una ventana inútil,
 tanto viento,
unos ojos de vidrio, un bastón hueco,
y palabras, palabras...

Nos dijeron:

No hay que llorar en público,
y menos maldecir.

¡Paciencia, hermanos!

Mi madre me dio un beso,
pero apagó la luz.

Y el cura dijo en el sermón: “Amaos

los unos a los otros”.

Intentamos.

Alguno descubrió

entre el hollín y el polvo una marmaja,

o en noches muy oscuras un resplandor lejano.

¡Tanto sueño perdido,

tanta esperanza rota,

tanto para tan poco

y tanta pena!

Y apenas unas gotas de miel,

licor ninguno.

Una canción lejana, los retratos

ajados de remotos bisabuelos,

y palabras, palabras astilladas,

palabras mutiladas por el tiempo.

EL HOMBRE EN SU TRINCHERA



Ah, look at all the lonely people!

THE BEATLES (*ELEANOR RIGBY*)

Soledades

Exacto y cotidiano
el cielo se derrama como un oscuro vino,
se agazapa a dormir en los zaguanes,
endurece los patios, los postigos,
enciende las pupilas de los gatos.
En las mezquinas calles minuciosos golpean
los pasos de la frágil solterona
que sabe que no hay luz en su ventana.
En el aire hay olor a col hervida
y detrás de la ropa que aporrea la piedra
un canto de mujer abre la noche.
Es la hora
en que el joven travesti se acomoda los senos
frente al espejo roto de la cómoda,
y una muchacha ensaya otro peinado
y echa esmalte en el hueco de sus medias de seda.
Abre la viuda el clóset y llora con urgencia
entre trajes marrón y olor a naftalina,
y un pubis fresco y unos muslos blancos
salen del maletín del agente viajero.
Un alboroto de ollas revuelca la cocina

del restaurante donde un viejo duerme
contra el sucio papel de mariposas,
mientras como una red sin agujeros
nos envuelve la noche por los cuatro costados.

Reliquias

Tías siempre observadas
por aquel laberinto de retratos,
con sus piernas de pájaro enredadas
en ovillos de lanas de colores.
Un camafeo guarda los cabellos
que el afán de la muerte ha desteñado.
Tías con manchas grises en las manos
que minuciosamente multiplican
de cojines sus cuartos numerosos,
adormilados en la naftalina.
Tías de labios rojos,
que duermen vigiladas por bandejas de plata.
A todos nos alcanzan sus bufandas eternas,
que esperan un invierno que no llega.

En el exilio

Fantasmales taladros trepidantes
cruel carcajada de ametralladora
rotos trenes que estallan en sus rieles
y son tan sólo las fileteadoras
las incansables grises y monótonas máquinas
que avanzan como un rudo ejército nocturno
sobre la espumarada de nylon amarillo
que se derrama desquiciando el orden
mientras canto sin voz canciones viejas
y una mancha salada me borra las puntadas
y el reloj da las cuatro
aquí en la factoría.

Los viejos

En la quietud de los muelles al atardecer,
en infinitas habitaciones donde el sol es una serpiente clandestina,
en bancos que blanquean la noche de los parques,
duermen su eterno insomnio
buscando un rostro suyo que olvidaron,
tanteando el porvenir,
siempre a la espera.

Domingo

Domingos de ciudad,
rudo bostezo al sol adormecido.
La miseria pasea sus ruidosos colores
inventándole un nombre a la mentira.
Por un día el tornero
es campeón del mundo en bicicleta,
y en los cinemas
bocas que besan copian de otras bocas
dulces sueños baratos repartidos.

Domingos de ciudad,
burbuja de agua.
Recuerdo de una casa con balcones de un tiempo irrepetible.
Cuchillo de rencor que abre su filo en doloridas calles bulliciosas.
La miseria arrastra sus rodillas
quitándole la costra a los pecados.
Mujeres jóvenes de pieles viejas
lloran sus muertos en los cementerios
mientras en verdes calles el hastío
se acomoda al calor de las poltronas.

Domingos de ciudad.

Domingos de los siglos y los siglos.

De madrugada

Apaga su reguero de bombillas
el día, tiritando,
y descorre su velo de neblina.
En el mezquino cuarto un hombre soñoliento
abre los ojos
a otro día de bancos en los parques,
de avisos de periódico
casi rabiosamente subrayados.
Lustra el contabilista su cabeza
entre llantos de niños
y todos los tenderos del mundo, satisfechos,
sacan su delantal de la trastienda.
La rolliza señora
prolonga un poco más el morbo de sus sueños
mientras la adolescente se acaricia desnuda
delante del espejo.
Repican las campanas con sus voces de angustia,
se derrama el incienso,
y hombres de oscuros gestos, de ojos enfebrecidos,
hacen sonar sus pasos
en las naves vacías de inmensas catedrales.

Éxodo

Tantas cosas han sido y han pasado.

Como viejas palomas malheridas,
llenas de costras, de lastimaduras,
las paredes de cal donde el tiempo agoniza.

Y va la soledad pegada al viento.

De tarde en tarde un eco de caballos,
un viajero que llora o el luto en los postigos.

Otra vez, otra vez y treinta años
ha recostado el hombre su taburete a la puerta
y sueña el viejo sueño
ya de tanto soñar descolorido.

Cuentan los viejos
que de noche se llenan de rezos los caminos.
No hay polvo en ellos.
Sólo el sol de las cinco en los balcones
y entre los huesos el olor del humo.

De tarde en tarde un eco de caballos,
una mujer que canta, la muerte de algún niño.

¿Y cómo no llorar con la joven maestra
que sale una mañana del dentista
y no quiere reír porque los niños
no podrán olvidar su roja herida?

En el fondo del parque
el viejo capitán mastica su locura
y hace girar al viento su astillado paraguas.

El diablo de la pila tiene musgo en las ingles
y el viento ha detenido su carrera.

Tan pocos quedan ya, tantos se han ido.

Bogotá

I

Aquí voy yo, sin metas y sin rumbos,
odiándome en tu esquina sin sorpresas,
en el mezquino barrio donde habito,
en el precario verde que embellece
tu triste fealdad de puta vieja.

Aquí voy contra ti en la roja tarde,
sola voy, sola voy, entre ti, sola.

Ciudad hecha de trucos y de azares,
inconsistente juego de escondrijos.

Necesito inventarte, recorrerte,
encontrarme en tus calles innombradas;
mirarme en la nostalgia de un postigo
que a la rudeza de tu luz se cierra;
enredarme en tus noches pederastas,
en el temblor de todas tus mañanas.

Pero te siento ajena y enemiga,
y yo sin asideros, yo perdida
y para siempre sola en tus entrañas.

II

En el pálido vendedor de cabeza encerada.
En cien mujeres que amamantan a las puertas de un hospital.
En la ventana que me pertenece
por haberla soñado antes de verla.
En esta luna recia y barrigona que solapadamente se escabulle,
en tus custodias y tus incensarios,
en la parálisis de tus letrinas,
en el patio de ropas extendidas
que desde mi balcón yo veo hundirse
donde un hombre cansado grita ¡perra!

En ti me reconozco, reconozco mis días
y mis incertidumbres,
y mis precariedades,
y ese algodón de dulce que llaman alegría,
y los días futuros (que quizá ya no existan).
Mosaico de zaguanes y de tardes rosadas,
y de calles mezquinas que exhiben sus colores,
ávida y estruendosa
con las fauces heridas.

LA BATALLA DEL FUEGO



porque la pena tizna cuando estalla...

MIGUEL HERNÁNDEZ

La batalla del fuego

Esta es la batalla del fuego.
Como un jinete apocalíptico
devasta la ciudad derruida,
sus zaguanes sin luz, sus arduos muros,
y el coletazo de su lengua quemante
funde sus rejas, chapas y candados.

Este es el triunfo del fuego
que hace nacer el púrpura de las rosas heladas
y torna oscura y húmeda la piel de los amantes,
y hace brotar la dulce mariposa
del corazón de piedra de la estatua.

A los que no conocen los azotes del fuego,
la muerte, traicionera, tomará por asalto.
(Ella no sabe que ya estaban muertos).
Al comerciante obeso en la trastienda,
al cura que regüelda,
a la joven señora que hace tortas
e hijos con idéntico entusiasmo,
al pulcro ejecutivo de manos impecables

y de sueños obscenos.

Esta es la más dulce cruzada.

Batallas hay de amor en esta guerra.

Al camino saldrán de madrugada
hembras de bocas dulces con olor a manzanas,
jinetes silenciosos porque han vivido mucho,
dulces adolescentes a quienes crece el vello
morosa, lentamente, como espuma en el agua.

Esta es la lucha de los labios ardidos,
de los sueños perennes y el amor desbocado.
De los cuerpos desnudos, de los niños sonrientes,
de los rostros sin culpa
y la inocencia en los amaneceres:
la victoria del fuego enamorado.

Hoy

Y todo confluyó. (Cotidiano milagro).
La luna socavada por los deshacedores de misterios;
el continente aciago en que vivimos;
esta dura ciudad sin asideros;
Borges en Adrogué sin verse en los espejos,
y empotrada en mi noche esa otra noche
que en mi costado abrió tu mano blanca.

Puntos del devenir, gotas de los arroyos
que desde siempre vienen con su caudal de muertos:
eso somos tú y yo, hoy que la tarde brilla
con un sol insolente, intruso en los zaguanes,
y tú tienes un nombre,
y mi risa es mi risa por nadie repetida
en esta historia tráfuga de rostros innombrables.

¿Qué citas en el tiempo transgredimos?
¿Qué soterradas rutas hemos hecho
para ver esta nube, ave de hielo
manchar la luz sin fuego de la tarde?

Hay que embriagarse en la embriaguez del vino,

del beso, de los cuerpos anudados,
del sol sobre la ardiente piel desnuda.
Pues hoy veo tus ojos, sombra y agua,
y el aire transparente de esta calle.
Y en el oscuro túnel del mañana
habrá una tarde igual que no veremos.

Armonía

Oye cómo se aman los tigres
y se llena la selva con sus hondos jadeos
y se rompe la noche con sus fieros relámpagos.
Mira cómo giran los astros en la eterna
danza de la armonía y su silencio
se puebla de susurros vegetales.
Huele la espesa miel que destilan los árboles,
la leche oscura que sus hojas exudan.
El universo entero se trenza y destrenza
en infinitas cópulas secretas.
Sabias geometrías entrelazan las formas
de dulces caracoles y de ingratas serpientes.
En el mar hay un canto de sirenas.
Toca mi piel,
temblorosa de ti y expuesta a las espinas,
antes que el ritmo de mi sangre calle,
antes de que regrese al agua y a la tierra.

De círculo y ceniza

Tu boca viene a mí, sólo tu boca.
Viene volando,
libélula de sangre, llamarada
que enciende ésta mi noche de ceniza.
Toda la sal del mar habita en ella,
todo el rumor del mar,
toda la espuma.
Boca para los besos dibujada,
donde duerme tu lengua tentadora.
Todo el vino del mundo está en tu boca,
todo el pecado
y la inocencia toda.
Boca que calla y cuando dice, oculta.
Capaz de toda la verdad tu boca,
de toda la verdad y la mentira.
Ríe tu boca y se despierta el día.
(Relámpagos de nieve hay en tu risa).
Como un tropel de potros me atropellan
los besos de tu boca deliciosa;
tu boca, mariposa equivocada,
tu boca ajena que se desdibuja

en mi noche de círculo y ceniza.

Asedio

*Si te ponen miedo mis ojos ausentes, mis ojos noctámbulos, mis ojos
dementes...*

LEÓN DE GREIFF

No me culpes.
Por rondar tu casa como una pantera
y husmear en la tierra tus pisadas.
Por traspasar tus muros,
por abrir agujeros para verte soñar.
Por preparar mis filtros vestida de hechicera,
por recordar tus ojos de hielo mientras guardo
entre mis ropas un punzón de acero.
Por abrir trampas
y clavar cuchillos en todos tus caminos.
Por salir en la noche a la montaña
para gritar tu nombre
y por manchar con él los blancos paredones
de las iglesias y los hospitales.
Hay en mí una paloma
que entristece la noche con su arrullo.

Mi noche de blasfemias y de lágrimas.

Saqueo

Como un depredador entraste en casa,
rompiste los cristales,
a piedra destruiste los espejos,
pisaste el fuego que yo había encendido.

Y sin embargo, el fuego sigue ardiendo.

Un cristal me refleja dividida.
Por mi ventana rota aún te veo.
(Con tu cota y tu escudo me miras desde lejos).
Y yo, mujer de paz,
amo la guerra en ti, tu voz de espadas,
y conozco de heridas y de muerte,
derrotas y saqueos.

En mi hogar devastado se hizo trizas el día,
pero en mi eterna noche aún arde el fuego.

Abismos

Porque eres ave que girando en rebeldía
desafía la bruma

la ardua noche
haciéndola más honda y más oscura
y más inmenso el mar

porque eres nave y náufrago a la vez
sin velas y sin anclas
solitario

profanador de todos los confines
potro de sombras desbocado y dulce
para la libertad

y el cielo galopante
hecho de vientos y hecho de huracanes
y sin embargo calmo como el agua
de misteriosos y profundos lagos

porque extraviado pero indiferente
como un rey agraviado deambulas
por los caminos de un imperio en ruinas
porque eres un reloj sin manecillas
un bello loto sobre los pantanos
porque te vi sonriendo en tus orillas

cayendo voy
errática y ardida
en tus oscuros mundos abismales.

Rendición

Como el hombre acosado contra la dura roca
que oye llegar las voces de sus perseguidores,
afiló mis cuchillos,
hincho mi corazón y lo acorazo,
bebo la ira del acantilado,
del mar bebo la ira, del trueno y la tormenta,
entre la arena entierro
 la última súplica,
 el último dolor,
 la última lágrima,
y trato de borrar la última huella.
Entonces apareces
dorado contra el mar,
 como un dios inocente
 y como un dios perverso,
y tus ojos malignos me miran desde lejos.
Siento entonces que el sol quema mi carne,
siento que estoy desnuda,
sé que vivo;
a la arena, vencida, yo me inclino;
un agujero abro

y entierro mis cuchillos.

Nocturno

La noche, oscura loba, golpea las ventanas
con una lluvia airada.

A lo lejos

un monótono ruido de motores
recuerda la ciudad que se desvela.

Duermen los niños

y se puebla la casa con sus sueños
de campos y caminos soleados.

En el cristal mi rostro indiferente
me devuelve impasible la mirada.

Todo se ha detenido:

el mundo afuera,

las sombras misteriosas y en el libro
el llanto de la pálida muchacha.

Noche inmensa,

noche sin bordes como un mar eterno.

Un pensamiento leve: aquí alguien falta.

Un estremecimiento.

Allá, a lo lejos,

una bocina suena

y en el libro

vuelve a llorar la pálida muchacha.

Romance

Escucha, amor,
¡viene la muerte avisando!
Oye entre las duras piedras
su rumor.

Viene la muerte al galope
silenciosa y embozada.

Calla y en tu corazón
escucharás sus pisadas.

Viene la muerte enredando
en su lanza desalmada
todo lo que va topando.

Viene enredada en la flor,
viene en el sol dominguero.

Calla, amor, calla y escucha,
pues ha hecho nido en mi pecho.

¡Y tus besos derramados,
y tu alma malqueriendo,
y en tu mirada distante
toda la vida latiendo!

Viene la muerte cantando,

viene la muerte avisando:

Oye, amor cruel e inconstante
su rumor.

Canción

Nunca fue tan hermosa la mentira
como en tu boca, en medio
de pequeñas verdades banales
que eran todo
tu mundo que yo amaba,
mentira desprendida
sin afanes, cayendo
como lluvia
sobre la oscura tierra desolada.
Nunca tan dulce fue la mentirosa
palabra enamorada apenas dicha,
ni tan altos los sueños
ni tan fiero
el fuego esplendoroso que sembrara.
Nunca, tampoco,
tanto dolor se amotinó de golpe,
ni tan herida estuvo la esperanza.

Canciones de ausencia

I

Aquí dijiste:

“son hermosos

los ojos húmedos de los caballos”.

Y aquí: “me encanta el viento”.

Desando yo tus pasos, revivo tus palabras.

Y te amo en la baldosa que pisaste,

en la mesa de pino

que aún guarda la caricia de tu mano,

en el estropeado cigarrillo

olvidado en el fondo de mi bolso.

Recorro cada calle que anduviste

y sé

que amaste este abedul y esta ventana.

Aquí dijiste:

“así soy yo,

como esa música

triste y alegre a un mismo tiempo”.

Y te amo

en el olor que tiene mi cuerpo de tu cuerpo,

en la feliz canción
que vuelve y vuelve y vuelve a mi tristeza.
En el día aterido
que tú estás respirando no sé dónde.
En el polvo, en el aire,
en esa nube
que tú no mirarás,
en mi mirada
que te calcó y fijó en mi más triste fondo,
en tus besos sellados en mis labios,
y en mis manos vacías,
pues eres hoy vacío
y en el vacío te amo.

II

Ni los sueños, donde tu rostro tiene todas las formas de la dicha,
ni el sol que tanto amo sobre mi cuerpo desnudo,
ni la grata canción del antiguo trovero enamorado,
ni el verso de Darío ni el verso de Quevedo,
ni esta luna que brilla con brillo de alcancía,
ni tu nombre por otros pronunciado,
ni el eco de mis pasos en la inmensa catedral solitaria,
ni el rosal que yo siembro con mis manos y me sangra los dedos,
ni las noches insomnes,
ni tu dulce retrato mentiroso,
ni el tiempo —ese falsario de mil rostros—
pueden calmar mi pena de no verte.

III

Sólo puedo escribir de amor.
Salgo a la noche
respiro su aire tenso, sé que vivo.
Con su canto monódico me seducen los grillos.
Y es la noche sin ti lo que yo escribo.
En el verso me abstraigo,
y allí el amor es sangre y meteoro,
es la espada que hiere, es sal y madrugada.
Breve es y bello y mentiroso,
y eterno y falso y dulce y verdadero.
Y yo sólo sé hablar de la tormenta
que estalla entre tus besos.
Ebria y multicolor
en anodinas calles la ciudad multiplica
mil rostros planos y una sola mueca,
y abre sus tristes puertas a la noche.
Todo está allí para que la palabra
aprese un llanto, un árbol, la monstruosa
soledad de sus calles vocingleras.
Y yo tan sólo escribo
de la tarde sin ti y de mi tristeza.

IV

La palabra

—esa hechicera—

me devuelve la forma de tu pecho,

la humedad de tu axila, la sedosa

caricia de tu vello.

La palabra se hace agua, se hace lágrima,

se hace calor, saliva, piel y beso.

La palabra,

loca fabuladora del deseo.

Te exorciza y a mí vienes volando

con las manos vacías.

Con tu apenas sonrisa

galopas sobre el tiempo.

La palabra,

la dulce mentirosa,

tiende su trampa y yo te recupero.

Tinta.

Letras de tinta.

De tinta la mentira.

Palabras, letras, tinta.

Y tú tan lejos.

Laberinto

Condenada a ser sombra de tu sombra,
a soñar con tu nombre en cada madrugada.
Por la ventana abierta un olor errabundo
de vida —¿y tú en qué calle?—,
un temblor en la luz,
el llanto de algún niño.
Y tus ojos cerrados,
o tus ojos abiertos como dos golondrinas,
y tu mano en el agua o tu mano en tu pelo
o tu mano en el aire con su triste blandura
—¿y en qué calle tus pasos?—,
y yo en sueños atada al hilo de tus sueños,
condenada a ser sombra de tu sombra,
a soñar con tu nombre en cada madrugada.

Desolación

Ese sonar de aldabas me levantó del sueño,
sobresaltó mi corazón dormido.
Cuánto ruido trajiste a esta casa:
qué músicas extrañas,
qué silencios no oídos.
Todos los corredores se poblaron de ti
y olvidaron de golpe su soledad de siglos.
Un aroma de mar invadió las alcobas
y a un día tembloroso se abrieron sus postigos.
Ese sonar de aldabas sobresaltó mi noche,
rompió candados y rompió cerrojos.
No podía saber que cuando el aire
barriera el polvo en todos los rincones
y de olor a manzanas se llenara la huerta,
te marcharías sin sonar de aldabas,
dejando tus silencios
y las puertas abiertas.

¿Qué oscura mano...

¿Qué oscura mano
penetró en tu mochila numerosa,
desnudó tus tesoros uno a uno,
descifró tu pequeña letra verde
 apretada en el margen del poema,
botó aquel aplastado cigarrillo
y el minucioso papelito de oro
 convertido en estrella y en gusano,
y puso en orden todo, para siempre?
¿Cuándo amansaste el sol y la llovizna,
y pusiste el botón a tu chaqueta?
¿Cuándo —dime, por Dios—
dejaste de buscar en los jardines
un gato herido o una flor sin nombre?
¿Dónde diste la última batalla
y lloraste la última derrota?

Tú, que inventaste rostros a la luna,
que te untabas las manos de tiza de colores.
¿Quién te besó en el pecho y mató un ave?

Casa vacía

Mi alma es una casa vacía donde habitan
fantasmas de otros días.

Me pego a sus paredes
y busco en su blancura una huella reciente.
Ebria, de dolor ebria, los corredores ciegos
donde el rumor palpita, inútil multiplico,
y en todos los armarios,
en los cajones húmedos,
en las hendidias donde la hierba crece lenta
y la vida es un lento borboteo de hormigas,
busco un olor de axila, un olor a piel húmeda,
un olor extraviado que perviva.

Mi alma es una casa de puertas clausuradas
y a un desierto lunar sus ventanas se abisman.
En noches de aluminio turbios sueños me engañan,
mi piel nace en incendios,
el silencio se puebla
y la escalera cruje con los pasos perdidos.
Es entonces más fría la llegada del alba
y atroz la mariposa con su ciego aleteo

contra el techo infinito de la casa vacía.

EL SUEÑO DE LOS AÑOS



*Según se sabe, esta mudable vida
Puede entre tantas cosas, ser muy bella...*

JORGE LUIS BORGES

Vuelta a la poesía

Otra vez vuelvo a ti.

Cansada vengo, definitivamente solitaria.

Mi faltriquera llena de penas traigo, desbordada
de penas infinitas,
de dolor.

De los desiertos vengo con los labios ardidos
y la mirada ciega
de tanto duro viento y ardua arena.

Abrasada de sed,
vengo a beber de tus profundos manantiales,
a rendirme en tus brazos,
hondos brazos de madre, y en tu pecho
de amante, misterioso,
donde late tu corazón como un enigma.

Ahora

que descansando estoy junto al camino,
te veo aparecer en cada cosa:
en la humilde carreta
en que es más verde el verde de las coles,
y en el azul en que la tarde estalla.

Humilde vuelvo a ti con el alma desnuda

a buscar el reflejo de mi rostro,
mi verdadero rostro
entre tus aguas.

Días de algodón

Eran los días
de cara al cielo azul, donde una nube
era un oso tocando una guitarra.

Y eran los ángeles de pies violeta
y alas azules, danzando en los vitrales,
y un rumor sollozante de mujeres,
y el incienso
el incienso incorruptible
volando a las campanas.
Los ojos espectrales de los santos
reían sin reír en la penumbra
con el gesto vacío de los muertos,
y sus mejillas se iban salpicando de la luz de las lámparas.
Aquel murmullo que era casi llanto
era tu rezo, madre.

Eran los días
de seguirle la pista a una lombriz
que abría un agujero entre la tierra.

Madagascar era un bombón de vidrio

o una estrella de hielo entre la noche.
La oscuridad, un ala de murciélago,
y Dios era un señor que nos veía,
era un olor de esperma derramada,
era un miedo oprimiendo los riñones,
era una noche hueca.

Eran los tiempos,
los pantanosos tiempos del pecado,
los días de algodón sin minuterios.

Fantasmas

Se oye por el silencio que no están,
que me han dejado solo
y llueve mucho.

Detrás del aguacero hay otro ruido
aporreando las piedras de la noche.

María, María,
que lava de noche y que duerme de día.

María Patrañas
que viene de noche
y abre las entrañas.

Zumba el aire como un trompo
por el corredor,
y afuera hay un galope de caballos.

Si me asomo al postigo de pronto los veo
con sus caras leprosas y sin ojos.

Debajo de la manta el agua se oye lejos,
como un tren devorado por un túnel,
como un coro de muertos en el aire.

Mejor aquí debajo espero quieto
a que el agua se amanse y ellos vuelvan;
mejor espero sin abrir los ojos.

Regreso

En mentiroso viaje,
enlazando recuerdos,
inventando postigos, puertas, nombres,
construí una verdad hecha de sombras.
Vi un zaguán rematado por una enredadera.
Vi un toro, astro enlutado, y una mano sin dedos.
Un cordón infinito subiendo a una campana,
y al final de una calle, colgando de una puerta,
un cerdo con los ojos coagulados.
Una cúpula inmensa
y el sol en los vitrales de colores.
Un santo que me mira
con quietud paquidérmica y malsana.
Vi a mi madre sonriendo en sus veinte años.
Vi un picaflor, capricho detenido.
Y en la noche lluviosa (que hoy se ha vuelto infinita)
me vi a mí misma, niña detenida
en el umbral del miedo,
contra el vértice azul de una ventana.

Olores

*Comme l'ambre, le musc, le benjoin et l'encens,
qui chantent les transports de l'esprit et des sens.*

BAUDELAIRE

Como una dulce trampa,
como un hilo
 que me atrapa,
 me enreda,
 me devuelve
al tiempo irrepetible, al tiempo vano;
como un río de impredecibles cuencas,
los olores,
 los olores sorbidos,
 los olores palpados,
 los olores sufridos en la ilógica búsqueda,
a inútiles terrenos me transportan,
de pronto a la nostalgia conjurados.
Así,
como el camino sorprende al mar estático,
como se abre una puerta a un paisaje olvidado.

Olor de humo: y es un pueblo que vive a fuerza de invocarlo,
un zaguán y un postigo,
una lámina antigua
que se pega al recuerdo como una enredadera.
O está allí agazapado, ágil tigre sin garras,
húmedo olor a piel de un amor sin relieves.
Y este olor a heno seco, firme como mi puño,
es quizás un camino muchas veces soñado.
Y este olor a basura,
una calle plateada bajo una luna falsa,
un sótano,
un pescado de ojos hechos de vidrio.
Olores imprecisos anclados en la noche
de una infancia sin bordes;
a pólvora y a cieno, a alcanfor y a marea,
a lluvia y a año nuevo,
a sal y a madrugada.

Viejos, tristes olores a la memoria idénticos,
como fríos anzuelos pescando en viejas aguas.

Emplazamiento

¡Si hay un culpable, que confiese!
¡Que dé un paso adelante, que comparezca!
El que saqueó mis bolsillos,
el que rompió mi faltriquera.
El que abrió la única puerta que quedaba cerrada
y cerró el único postigo que miraba a la luna;
el que encerró el último duende en un castillo
y descubrió que Cenicienta era ramera;
el que rompió las ataduras,
los cordeles, los lazos, el ancla pasajera que me ataba a la orilla;
el que escribió Dios con minúscula;
el que inventó el espejo
y el que enterró en la arena lunar una bandera;
el que temió que el polvo de sus huesos
fuera tapa del odre que encierra el negro vino.
¡Si hay un culpable, que confiese!
¡Que dé un paso adelante, que comparezca!

Usurpación

¿Cuántas vidas mías están viviendo y dónde?

¿Quién realizó el saqueo?

¿Dónde el feliz usurpador disfruta
del pedazo de mar que se me niega?

¿Qué poeta me roba
aquel verso sutil que se me escapa?

¿En qué dura ciudad, bajo qué noche,
detrás de qué ventana,
otro mi placer goza?

Y yo aquí condenada, reo a muerte,
siento el ruido del tiempo que se arrastra.

Sé los amaneceres de memoria
y no hay palabras nuevas para nombrar mis días.
Del pan y de los besos los aromas
saben mis labios ya. A la misma calle
abre su luz sin fuego mi ventana.

Y sin embargo,
sé que una calle gris al mar desborda
oliendo a sal y pez, de sol ardida.

Alguien allí mis pasos anda.
Una ciudad desvela sus martirios
entre luz de neón y viento y bruma.

Alguien allí mis sueños sueña.
Dibuja contra el mar su perfil rudo
un barco que despierta de la sombra.
Alguien allí mi ansiedad calma.
Otro mi tedio rompe, otro mi cuerpo
hecho de fiebre y sol, de amores sacia.
¡Viles usurpadores, son mis vidas
que yo a vivir estaba destinada!

Ciudades hay sin nombre entre mi boca,
trigales sin color, rostros sin voces,
brazos sin mi calor, lunas perdidas.
Y yo aquí condenada, reo a muerte,
vivo muriendo entre palabras vanas
mientras otros disfrutan de mis vidas.

Cuerpo

Cuerpo,
río de humores,
nudo de negras venas borboritando vida.
Lengua, roja serpiente, dichosa pecadora,
dientes, feroz barrera,
labios al beso expuestos,
ojos donde refleja fugaz su vuelo un ave.
Piel, dueña de la lluvia,
efímera señora del sol y la caricia.
Uñas, fieras de azúcar,
senos, duendes dormidos,
caracolas ardientes donde sueña el deseo.
Cuerpo,
lecho de costras,
terreno de gangrenas,
máquina misteriosa de silenciosos ritmos.
Te lastimo, te exhibo, te venero, te mimo,
te maldigo, te gozo,
y ante todo te temo,
oscuro laberinto de impredecibles puertas
sangre, músculos, huesos prontos a disolverse

en polvo y polvo y polvo
que soñó ser eterno.

Cinco y media

¡Ay! ¡Aquí está la vida!

Son los árboles grises sobre el gris de la tarde.

Es la pueril canción que se desliza
en el silencio de un domingo ajeno.

El capricho que pinta en la caoba
un leve movimiento de mi mano.

Esta mancha de tinta,
este zancudo, aleve arquitectura sobre el plato.

¡Ay! ¡Aquí está la vida!

Repartida, en astillas, en pedazos,
inasible, rodante, fugitiva,
oscura, impredecible, cotidiana
(cual discreta vecina que saluda
—por costumbre quizás— cada mañana).

¡Ay! Aquí está la vida y yo viviendo.

Y detrás va la muerte agazapada.

Ubi est?

äutant en emporte ly vens.

FRANÇOIS VILLON

¿Dónde está Shakespeare?

(No el recuperable,

no el joven Hamlet descubriendo la azarosa ponzoña,
ansiendo la locura que huela el pensamiento).

Shakespeare, músculo, hueso,
nudo de vísceras y padeceres.

¿Dónde su boca

que besó y que mordió,

y que en la torva noche quizás hirió y maldijo?

¿Dónde sus ojos

que espieron cada hendidia y cada calle

(intrusos invasores buscadores de vida),

espejos en que vio su hermosura Southampton

una noche que en algo a ésta se parecía?

¿Dónde está Shakespeare,

hombre de oscuras venas donde corría la sangre

con la fuerza escondida que hoy palpita en las mías?

Que a caballo corrió por caminos que olían
a estiércol y a humo.

Que una noche detuvo su mirada en la luna.

Que pensó en sus cenizas y escribió un verso alegre.

¿Dónde sus manos,
sus sueños y su aliento,
su cara enrojecida en la penumbra
por el fuego amigable y por el negro vino?
Ganaron sus palabras las batallas al tiempo.
Pero, ¿dónde está el Shakespeare
que vio un ave fugaz romper el viento?

Apelación

Muerte, vieja fisgona, solapada alcahueta,
descarada inquilina de cuerpos aún calientes,
militante secreta de la nada,
boca oscura que a todos nos devoras
y a todos nos trituras
y a todos nos escupes convertidos en polvo:
ya te estoy esperando,
ya vi tu ojo de sangre sonreírme
y me escupió tu rancio aliento el rostro.
Por ti este sol que hace nacer las sombras duele tanto
y el día se hace breve como un gesto;
hace ya muchos días que por dentro te llevo,
que por mí te derramas como un cáncer espeso.
Aquí estoy, dócil presa a tu avidez rendida:
arráncame los ojos con tu mano enlodada,
prívame de la herida de la tarde,
del oso embravecido que pinta aquella nube,
de la mancha escarlata del envés de esta hoja.
Devórame la piel,
niégame el humo
que al borde de la noche huele a infancia.

Rompe todas las cuerdas, destruye los violines,
gangrena las gargantas de los pájaros.

Destroza mi estructura hueso a hueso,
conviérteme en arena, en polvo, en nada,
pero déjame, virgen asesina,
la inocente ilusión de la palabra.

Diario

Dicen que el tiempo es oro
y que hay que hacer, hacer sin darse tregua.

Remordimientos no tengo ninguno:
hice una enorme torta con diez huevos
y con detalles escribí una carta.

De madrugada y minuciosamente
hice el amor con gran desenvoltura
y gran concentración.

Cien páginas leí de una novela
que ilustra las pasiones de una viuda.

Y ahora, frente al espejo solitario
que irremediablemente me duplica,
escupo el tedio, escupo la mentira,
saco la lengua blanca y hago un gesto.

NADIE EN CASA
(1994)

Misérias de la palabra

Cuando
irremediablemente debo detenerme
en tu umbral,
allí donde comienzas, donde acabas,
donde quiere
sembrar mi fuego un incendio indomable,
la palabra es apenas una muleta rota,
una pobre agonía aleteando.

Y si en la plana miseria de los días
entra a saco la muerte,
abrupta siempre, como un toque a la puerta
en una madrugada,
y sin embargo
el sol cumple su cita sin hacer aspavientos
y el estornino canta sobre el árbol,
como un puño que pega a una pared
inútil nace la palabra, y sorda.

Y si de pronto
un viejo olor inaugura la tarde

y ese niño que eras te saluda
azul desde su eterno paraíso,
y no logras saber cómo era el rostro
de tu padre, en su siesta o en su hora,
la palabra
cómo tartamudea, cómo tiembla
como una brújula que ha perdido el norte.

Si la luna es tan luna
que sube la marea del corazón,
naufraga la palabra.

Si la mirada
roza la piel y hace nacer el deseo,
se quema la palabra.

Si Dios tira sus ases,
trampea alegremente en tus narices,
escapa la palabra.

Y sin embargo,
para llamar la luna,
para hablar del deseo,
para llorar a Dios,
como una vieja meretriz desnuda
impúdica se ofrece la palabra.

SOLEDAD DE DOS



Tareas domésticas

I

Con qué cuidado
y doméstico afán, entre el alba y la ducha,
meticulosamente aceitamos los goznes,
a los grilletes damos brillo, nos aseguramos
que aprieten las cadenas —por si acaso—,
que no hagan ruido
sus eslabones. (Se molesta al prójimo).
Con qué aire laborioso
sonreímos a la mañana urgente y caminamos.

II

El sol de enero

corta sus alas sobre tu jardín,
entra por la ventana azul, se posa
en la madera tersa, rompe el lomo
de los libros en línea, A de Aleixandre,
B de Borges, Zeta
de Zorrilla y de Zweig.

El sol de enero

atraviesa cajones con olor a lavanda,
las camisas de seda a la derecha,
arriba el negro, en la mitad el blanco,
atrás la lana, aquí el peltre, allí el vidrio,
y abajo las miserias,
donde nadie las vea. El sol de enero
recorre el viejo orden, sigiloso,
de mayor a menor, de grande a chico,
por países, por género, por número,
por días y por meses y por años,
y va a morir al centro de tu pecho
entre tu corazón encordelado.

III

Tan tuyas y tan mías
—el gallito
de Portugal, la caja de madera—,
tan de nadie en su estar,
en su abandono a la eterna costumbre de los días,
con su leve capa de polvo,
de ese polvo
que cae sobre tus hombros, sobre mis hombros,
sobre el pecho y la espalda de las horas.
El tintero, la piedra azul
—¿de dónde la sacaste?—
puestos por Dios ahí, desde el principio,
en la repisa aquella que compraste
en los tiempos del siempre, del relámpago.
Pesadas como un sueño antes del alba,
o inútiles, ligeras, como aquellas
mentiras que me dices a veces, atediadas
por siempre, inexistentes,
no oyen crecer la extensión del silencio,
ni el roce indiferente de las manos,
no oyen la lluvia afuera y tus bostezos,
ni el trabajo del tiempo en su materia,
en el hierro, en el lino,
en la madera,
en el alma porosa de los años.

IV

Una mano grave, pausada,
quita el polvo con un plumero alegre,
barre el zaguán, el tedio que se hamaca,
coloca su paciencia en la camisa,
lava con humildad, y en las burbujas
ve la cara de Dios y ve su propia cara.

Duermevela

Antes de que lleguen los sueños donde espero soñarte
viene al galope

el oscuro tropel de los deseos.

Como musgo que nace de la piedra

del olor de mi piel nace tu piel

y de mi pecho surge tu latido.

Conjura mi deseo tu cuerpo hecho de sombra

y en mi boca tu boca siembra un río.

La noche es hoy tan negra y silenciosa

como debió de ser esa otra noche

cuando el viento de Dios aleteaba

sobre las aguas y el mundo era caos.

Y mientras de mi ardor se alza tu carne

puedo sentir también

todo cuanto contiene mi cuerpo, el palpitante

mecanismo que algunos llaman vida:

la sangre que golpea,

el fuego de la médula, los sordos

procesos de mi rígido engranaje.

Todo allí lentamente se desgasta;

su marcha fatigada puedo oír esta noche,

el murmullo inocente de sus ritmos secretos.

Por un instante aún

el deseo persiste en ser deseo.

Pero la noche ahora es hueca como un cuenco
y el palpito en mis sienes, su tic tac incesante,
llama al miedo.

Cadenas

Como un niño obstinado
que persiste en salir del laberinto
deambulas noche a noche por mis sueños.
Con el alma encogida yo te sigo
sabiendo que más tarde o más temprano
tú encontrarás la puerta y yo el olvido.

Soledad de dos

*Suena la soledad de Dios. Sentimos
la soledad de dos. Y una cadena
que no suena, ancla en Dios almas
y limos.*

BLAS DE OTERO

En las tardes lluviosas
en que las bombillas conquistan una a una su espacio desconsolado,
en las madrugadas traspasadas de suspiros,
de murmullos ahogados por los ruidos metálicos en las cocinas,
cuando entras en mi noche armado hasta los dientes
y colocas tu espada entre mi cuerpo y tu cuerpo,
cuando ya no es posible caminar, ya no es posible detenerse,
ya no es ni siquiera posible sentarse a soñar,
se oye la soledad de Dios,
sentimos el silencio de dos quebrando los sonidos del mundo.

Lección de astronomía

Mientras extiende el cielo el mapa de sus constelaciones
tu voz señala el rumbo de Orión,
el millón de años
que demora la infancia de una estrella,
los doscientos millones de años luz
entre Perseo y este globo rojo
en donde un día sigue a otro día.
Callas desde tu orilla y los minutos
caen, y poco a poco van abriendo
un pequeño agujero en la arena del tiempo.
En silencio
sólo se oye el tum-tum de mi latido
tan remoto y tan triste como un quásar.

Sal en la hierba

*A la noche que entra no pertenece, Lidia,
el mismo ardor que el día nos pedía.*

FERNANDO PESSOA

Si los domingos eran blancos y eternos como un sueño de Dios,
si no había lunes
y las sábanas revueltas eran las únicas nubes domésticas,
si los astros, la cábala, el tarot,
las líneas de tu mano y de mi mano marcaban
un destino feliz, ¿qué iba a pensarse
en este reguero de polvo, en este desastre minúsculo
que viene a desquiciar el universo?
Que iba a llegar el tiempo de la sal en la hierba,
de los frutos cayendo con el sonido hueco de aquello que se pudre,
los días erizados de vidrio que sorteamos descalzos, de puntillas,
que iba a llegar el tiempo despojado, desierto,
¿quién iba, pues, a saberlo?
Mas es pueril ahora que se hable de estas cosas
pues apenas nos quedan, como en los despertares,
unas pocas imágenes que a nadie dicen nada,

si ya se desprendieron las puertas de sus goznes
y el musgo empieza a apoderarse de las piedras,
y en esta fotografía lucimos tan ajenos, tan distantes,
como dos bisabuelos cuyo nombre ignoráramos.

Suma y resta

Nace el cuerpo a la luz
relámpago del hombro
repentino
por la espalda resbala
el muslo tenso
curva el arco del pie viril
asciende
se enmaraña en el sexo
repta
anuda un brazo de mujer
sombra del cuello
oquedad de la nuca que recoge la noche
caracol del abrazo
de dos que suman uno
línea recomenzando sin principio ni fin
como un capricho
trazado por un dios sobre la sábana
y sin embargo
dos sueños como alas escindidas
y en el centro
el cero abriendo sus caminos de aire.

Restos

Una luna
hecha con las ariscas arenas de los ríos
(no esta falsa
luna de la ciudad, pálida y frágil)
que inunda un horizonte de penumbra.

Una mujer borracha
que hiere con amor a un hombre turbio.

El ruido de unos pasos
de madrugada, en la calle desierta.

Los ojos húmedos de los caballos,
su crin de fuego en una servilleta.

Hablabas con fervor,
como esos viejos
contadores de historias junto al fuego.

Un olor,
dulce olor del amor, fugaz y eterno.
Una canción.

Un hombre que se acerca y que sonríe.

Apenas un puñado de gestos,
unas pocas
palabras arañadas sobre un muro,
y la llovizna, la miseria, el polvo.

Centelleo del instante

*Unas veces las manos se tocan
y otras ni siquiera se tocan.
Los ojos sí se tocan
o algo que está atrás de los ojos.*

ROBERTO JUARROZ

Cuando a pesar de los hábitos inútiles,
de los tristes rituales,
de la terca ceguera que nos lleva
al tanteo a los viejos rincones,
abruptamente
una mirada toca otra mirada,
toca su oscuro fondo y temblorosa,
plena de desnudez, resbala en ella
como una perla cae a una garganta,
el centelleo del instante ilumina
aquello que los hombres buscamos desde siempre
y que los dioses mezquinos se obstinan en no darnos.

Trazo

¿Cómo era, Dios mío, cómo era?

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

Inútilmente inventa la palabra tu rostro
trizado por el relámpago del tiempo,
y en el papel se detiene tu gesto en pleno vuelo,
cae como una pluma en la memoria.
Si tuviera una fotografía tuya
sería familiar como mi vieja máquina
y estaría suspendida en mi hora y en tu risa
con la apacible mansedumbre de los objetos dormidos.
Pero sólo tengo tu nombre
y una lluvia menuda sobre la frente y el pecho.
Ya no sé si tus ojos eran oscuros
o dorados como el corazón de los tigres o como la arena,
pero no me entristecen las trampas de la memoria
porque aún sé de mis naufragios en tu agua serena y dulce.
Y si tu piel era blanca como la nostalgia de los ahogados, ya no recuerdo.
Pero hay mañanas en que bajo mis labios
siento correr tu cuello como un río,

tu brazo que abre el círculo del día.
Desiste entonces mi mano de la inútil tarea
porque la realidad ya no te necesita,
porque te has hecho eterno en la imperfecta
materia de los sueños.

EN CONSIDERACIÓN A LA ALEGRÍA



Canción para mañana

Hoy

que me he puesto mi vestido nuevo y me paseo
entre gentes ruidosas, atareadas,
y que el mundo parece seguir el plan trazado,
su comba en forma plena, con la máscara puesta,
hoy que Dios ha asomado puntual a mi ventana
y me ha dado solícito mis gafas y mi pluma,
puedo soñar mi muerte (usted tendrá la suya)
mientras miro la vida pasar por mi ventana.

Mi muerte con su sábana y su dolor de golpe,
mi muerte en plena calle con la sonrisa puesta
y el libro en el bolsillo,
pero tal vez espinas en los ojos y agujas en las uñas,
y la sonrisa colérica de la bella enfermera,
y el algodón de sangre y las tijeras,
y un pedazo de cielo en la ventana,
un cielo que tendré que aprender de memoria
para llevarlo conmigo a donde sea.

Mi muerte con su olor y sin tu mano.

Mi muerte con su astilla y sin tu cuello.
Mi muerte y su responso y su esperanza.
Mi muerte sin yo misma. ¡Qué tristeza!

Hoy
que todo va bien,
que todo el mundo apuesta, pone su firma, suma,
puedo soñar mi muerte,
esa mi sola muerte,
sola,
sola.

Madre e hijo

El poeta
bebe el agua del Tigris y del Éufrates,
se desvela y a veces tiene caspa,
y en los salones tiene reservado su puesto
y los zorros lamen su mano antes de huir espantados
por el bronco sonido de su verso.
De púas, de cuchillos, es la piel del poeta.
Con el despertar de la luz sangra la piel del poeta.
A veces, desalado, silencioso,
desierto de los pies a la cabeza,
anochece de bruces en su cama.
La envidia del poeta es amarilla,
su ilusión es azul como un cielo sin guardas.
A ratos a sí mismo se devora, se corta en pedacitos, se reparte,
se mira en el espejo, escupe, llora
sobre los baldosines de la infancia.
El poeta envejece, engorda, eructa,
y en ocasiones el poeta muere.
La poesía, que es inmortal, lo mira desde arriba,
ciega la luz y ajena como una estrella antigua.

Ocurre

Ocurre

que un día voy amando sin ton ni son a todos.

Al vendedor,

al ciego (le compro una estampita),

a la señora gorda, al químico y al sastre,

a todos voy amando con un amor sin bordes,

un amor de Dios manso y justo, si lo hubiera.

Pero también ocurre

que el alma, madrugada,

es como un nervio expuesto a una tenaza.

Y hay escalones falsos

y el amigo que amamos rehúye la mirada.

Caminamos sombríos

sabiendo que el mesero escupe en nuestro plato,

que el profesor calumnia a su colega

y la enfermera

maldice al desahuciado y le sonríe.

Y ocurre

que un día me conmueve la llaga del mendigo,

y extendiendo mi sonrisa como un tapete nuevo

para que todos pisen

y se limpien el barro de los pies maltratados,
y la muchacha baile su vals de dos centavos,
y el cartero sacuda sus zapatos deformes.

Ocurre

que al despertarme recuerdo un amigo

que murió hace ya tiempo,

o veo llorar una mujer viajera

en el amanecer, ¡y es tan hermosa!

Y el amor se atropella, se amotina,

y voy amando a todos sin ton ni son, a todos.

El poema

*El mayor enemigo de la poesía
es el poema.*

VICENTE HUIDOBRO

Anterior al poema el árbol en la arena, iluso faro de las focas marinas.
Anterior al poema, el grito,
el beso de los adolescentes, sus manos que se buscan en el sopor del verano.
Anterior al poema, inútil como un prendedor sobre el pecho de una
muchacha, la luna.
El árbol,
el grito,
el beso,
la luna,
hechos plegaria en medio del poema,
hechos de sal, de sombra, de metal, de hueso, en medio del poema,
desesperadamente, rabiosamente plantados en medio del poema,
árbol de oes,
grito de aes,
beso de úes,
luna de papel.

Sobre la arena el árbol persevera.

Dentro del alma el grito persevera.

Y los besos se multiplican en el aire y la luna impasible canta su aria
sobre el cielo de tinta del poema.

Despedida a Lorenzo Jaramillo

Dejas

lo que llamamos mundo:

los ríos impasibles, tumultuosos

cementerios de dioses,

la furia de las avispas ciegas,

el murmullo

de la savia trepando hacia la luz,

la roja tierra

donde habita el zulú que nunca viste.

Pero a ser fieles

dejas de veras el calor del lecho,

la incertidumbre matinal,

el olor a aguarrás y a trementina,

una calle en tu tarde y otra calle

de tiempo, caminada

por unos pocos hombres. Eso es todo.

Con un rostro reciente, construido

a la medida exacta de la muerte,

material, como un nudo de algas sobre una playa,

comienzas a ser cedro y a ser trébol,

a ser nube que llueve en nuestras frentes.

Despojado,
desnudo, en las manos la cuerda
del falso equilibrista,
te vas tan solo como puede irse
un hombre muerto:
solo apenas tanto
como puede quedarse un hombre vivo,
como puede nacer, a cada instante, un hombre.

Del reino de este mundo

Hablo

de la muchacha que tiene el rostro desfigurado por el fuego
y los senos erguidos y dulces como dos ventanas con luz,
del niño ciego al que su madre le describe un color inventando palabras,
del beso leporino jamás dado,
de las manos que no llegaron a saber que la llovizna es tibia como el cuello
de un pájaro,
del idiota que mira el ataúd donde será enterrado su padre.
Hablo de Dios, perfecto como un círculo, y todopoderoso y justo y sabio.

Carta a Truman Capote

¿Y quién supo ni sabe, viejo Truman Capote?

Ellos, ¿qué van a saber ellos?

Vozna tu carcajada desde el cielo
estridente y feroz, pequeño buitre
de rojo corazón.

Ellos le temen
a tu mirada azul, limpia, perversa
y perpendicular
como una guillotina sobre el cuello.

¿Qué pueden saber ellos
del olor de la ropa de esa chica
que cruza su domingo almidonado
en un pueblo del sur hecho de polvo?

¿Han oído tal vez
la voz del asesino rezar junto a la horca
con un murmullo suave como el roce de un ala?

¿Saben que a veces un hombre se muere
de madrugada, y renace al almuerzo
sólo para morir dos veces en la noche?

Tú sabes que no saben.

Desde tu nada oscura ahora lo sabes todo

y sonríes escéptico,
maligno y triste y tierno, viejo Truman Capote.

A Isak Dinesen

Tu voz, honda y serena, transparente
como el agua de ríos primordiales,
brota en la espesa noche y cae al alma
y cae al corazón.

Tu leve gesto
desde el fondo del libro alza su vuelo,
y es como si un paréntesis se abriera
en la africana tarde silenciosa.

Con los zapatos llenos de agujeros
te veo atravesando la llanura
o las rosadas calles de Nairobi
alta de luz y frágil como un ciervo.

Hermosa y digna vas tocando puertas,
dulce reina arruinada y pesarosa.

En la página se oye tu suspiro
y tu infinito amor triza la noche,
llega hasta mí,
restaña mis heridas.

Réquiem

Resulta

que ya nada es igual, nada es lo mismo,

que algo se ha muerto aquí

sin llanto,

sin sepulcro,

sin remedio,

que otro aire se respira ahora en el alma,

patio oloroso a humo donde cuelgan

tantos locos afectos de otros días.

Tendría que decir

que ha llovido ceniza tanto tiempo

que ha tizado por siempre las magnolias,

pero es pueril la imagen y me aburro.

Me aburro dócilmente, blandamente,

como cuando era niña y me tiraba

a ver pasar las nubes,

y la vida

era larga como una carrilera.

Ahora el tren da la vuelta y unos rostros

borrosos me saludan desde lejos:

yo amé a aquel hombre que va hablando solo.

Aquel otro me amó y no sé su nombre.
La tarde se silencia y todos parten.
Soy yo la que hace tiempo ya se ha ido.

La noticia

Por la ventana abierta el día es día como siempre,
o noche, que es igual,
y el árbol tiene la mansedumbre de las cosas ya vistas
y el orden de la mano va del número,
cuando la ola entra alocada, dando tumbos,
tan caliente
que ahoga el pequeño pájaro que anida en la camisa,
tan fría que congela un río de palabras,
la ola con su paréntesis vacío para siempre
que viene a recordarnos que vivir era eso,
que hacia este lugar desde siempre veníamos.

De soledades

I

Parado sobre el quicio de sus días
detiene el hombre el paso, repentino,
con su sola ventana y su horizonte
despoblado de voces y de abrazos.
En su precaria esquina, con la frente abismada
y un montón de recuerdos inútiles, de olores,
de imágenes borrosas y de besos
que quisieron posarse y se quedaron
flotando, boquiabiertos, en el aire,
muerde su labio y calla.
Porque un llanto lejano lo persigue
en la huérfana luz de la mañana,
perplejo y sin canciones calla el hombre.

II

Con mi fardo de amor yendo y viniendo
y el corazón en venta y la mano extendida,
y el amigo sin lumbre y de ceniza,
y el hermano un apenas de otros días,
y el amante sin lecho, sin palabra,
y el mundo entero sordo
y mudo,
el mundo entero.

III

Hoy va el alma cabizbaja
como una chica fea que han plantado
a la entrada de un cine
y de regreso a casa
piensa en que debe hacerse su comida.

Hoy va el alma tropezando con las piedras
y detrás de los muros oye risas
y canciones pueriles, quizá besos.
Lleva un cencerro al cuello
esta pobre alma mía esperanzada,
pero han puesto cerrojos y candados,
crucificado puertas y ventanas.

Tarot

Rebeca Pizarro era silenciosa como un lago nocturno
en cuya superficie caen
graves, profundas,
las rocas que oscuros moradores arrojan.
Cabalgaba en el aire altanero con su coraza puesta
y la espada en reposo,
dura como su nombre y frágil en su llama.
En sus ojos azules habitaba el misterio del mundo.
Oficiaba de maga y en su luna
vio mi futuro feliz, mis insensatos
miedos que la hacían reír,
y mientras iban cayendo la emperatriz, el loco, la papisa,
adivinó mi muerte doméstica y lejana.
Abría su pañuelo de estrellas con sus manos de niña
y entre el cubiletero y la papisa
vio un hombre que me espera no sé dónde,
y descubrió la sal y el yodo de mis años.
Mi brújula de hielo se extravió en su planeta
y naufragué en el pequeño pozo de su ternura.
Pero somos oscuros,
somos sombras,

y la vida es apenas un puñado de gestos.

A veces, desde el tiempo muerto de los espejos
mi dedo la dibuja en la arena del sueño.

De un tiempo a esta parte

De un tiempo a esta parte
algo nos abandona día a día,
secretamente y en puntillas
para que no haya sobresaltos inútiles,
vanos anuncios de imprevisibles efectos.

De esta manera,
al desayuno, de golpe, comprendemos que algo ha cambiado en la noche,
que irremediablemente hemos olvidado ese verso,
que el lustre de la piel se ha quedado prendido de las sábanas,
y en nuestros huesos crece ahora un murmullo,
un germinar de números,
y si callamos
podemos oír las pequeñas catástrofes del alma,
un ruido como de pedazos que caen
irremediablemente y sin estruendo.

De un tiempo a esta parte
hay un eco de adioses y derrumbes,
pero tal vez somos nosotros los que estamos partiendo,
pisando los rosales que cultivamos un día.

Un otro exilio

En la tarde vidriosa de un enero en París, entre las asperezas de la fiebre, un hombre largo y negro como un árbol ve nacer los campos de cacahuets, de cara a la pared manchada de humedad, aspira el aire de mimosas que nace en las llanuras de Senegal.

En un quilombo del Río de la Plata, en una lengua llena de sobresaltos, un hombre habla de vides y campanas a un grupo de troperos silenciosos que no pueden saber que está llorando.

En una espesa cocina del Caribe, con trigo y hierbabuena una mujer dibuja a su madre, reconoce a su hermano, con aceite de olivas bautiza a sus hijos.

En Central Park seis ancianos judíos bailan la polonesa tomados de la mano y es como si de sus pechos brotaran hayas y alisos.

En una cárcel de Idaho un hombre se desvela de cara a la pared, sueña con unos brazos olorosos a caña, vuelve a sentir el vaho caliente que se levanta de los platanales.

Desde mi territorio agotado en su límite, mi sangre corre a un país imaginario del que he sido expulsada, mi sangre condenada se alza sobre las lágrimas porque no acepta su exilio de siglos.

1492

Aturdido de sol, de lejanía,
atediado en la proa y en la popa,
llenos de sal los labios, los sueños, la mirada,
harto de vino y harto de cecina,
con las encías rotas, con el alma de bruces,
buceando, maldiciendo, recuperando a ráfagas
el olor de un establo y una calle lejana,
no oye que entre la mar de líquenes cargada
y el cielo pesaroso, con voz ronca
un hombre estremecido grita ¡tierra!

Regreso

Callan de pronto los abrazos
pues ya no sabe nadie qué decir,
tanto ha mordido el tiempo desde entonces.
Algo entorpece el aire, algo vacila entre la vieja silla
y el gesto de la mano,
y la sonrisa del recién llegado
es como el santo y seña de un hombre que ya ha muerto.
Hay, es verdad, una tarde fatigada de sol en la memoria,
y en el umbral de ayer
una madre doblando cada cosa,
doblando pena a pena con su casi sonrisa.
¿Pero quién dice nada, quién echa al mar las redes,
quién desata los cabos que ha ido atando el tiempo?

Arieta

Tengo en el alma un hermano
que a veces viaja a mis sueños
desde su país lejano.

Trae la luna en su mano
y en la bruma de los sueños
es niño otra vez mi hermano.

Sin embargo al despertar
en la noche sorda y sola
oigo la luna llorar.

No es más que la vida

*Si alguien pregunta díganle
aquí no pasa nada, no es más que la vida.*

ELISEO DIEGO

En la parsimoniosa tarde que acurruca
su sombra en el rincón y estalla afuera
en un grito infantil sin una nube
que atrape la pelota
cada uno en lo suyo
la muchacha
que busca el Indostán volcada sobre el Atlas
la música del aire detenida
entre la luz y el alma
aleteando
algo que roza la mejilla y arde
o quizá sea
el corazón de trapo de la dicha.

En consideración a la alegría

A qué llorar, me digo,
todo estaba previsto
 me muerdo las falanges
los asombros por qué
 miro la luna
 ajena y sola y sobria en su talante
si desde siempre
desde el nacer, desde el morir, y en cada hora
pacientemente crece el hilo, crece,
y también crece la baba del gusano y la piedra
atravesada aquí,
 bebo y saludo
 y soy cordial con mi vecino ciego
pues no son tiempos éstos dados a patetismos,
ni es elegante
exhibir el dolor.
A qué llorar, me digo:
sería
inoportuno con la muchedumbre
que ríe afuera con su risa de siglos.

Tiempo

Cada vez más lejano lo lejano.

El hoy

es un colibrí trémulo en el aire

y el aire es la materia del mañana.

Ayer, ayer me estoy buscando y me extravió

por cuartos en penumbra y corredores

donde hace siesta el sol en los geranios.

Ayer estoy de vuelta y esculcando

en los rincones todos de mis días

a ver si estoy allí, qué cara tengo

sentada en la cocina, junto al fuego,

pero sólo me mira una niñita

comiéndose su pan. En el patio empedrado

el tiempo ha muerto antes de haber nacido.

El hoy

es un colibrí trémulo en el aire

y el aire es la materia del mañana.

Volver al tiempo de los techos altos

Volver al tiempo de los techos altos, de las vigas de sombra,
a los cielos sin nubes
donde princesas besan la frente de los sapos,
y abismarse al solar donde la piedra
aporreaba canciones lavanderas.
Y que la tinta
huela a tinta y brille
toda la luz en medio del crisol,
cri-sol que era el milagro abierto en la palabra,
de bruces, holgazana y acodada
en la tarde leída letra a letra.
Y orinar lentamente en una esquina
del patio, entre azaleas
que esperan mayo, antes que venga alguno,
y cerrando los ojos lloviznados
sentir que corre el chorro azul de la inocencia.

ALTO DEL PEREGRINO



Tiempos de pesadumbre

Pongo mi corazón sobre esta mesa,
transido, desatado, hondo de pena.

Qué tirante y azul el cielo con su ojo.

Pero este oscuro dardo en el costado,
el látigo chirriando
y la espuela que quema la mejilla.
Y este dolor aquí,
este dolor de todos,
su rostro contra el polvo y este llanto.

Pongo mi corazón sobre esta mesa,
impúdico, aterido, con sus clavos.

Un viento atolondrado
despeina en mi jardín el algarrobo.

Pero
y esta piedra en el pecho,
y este piso de erizos, y el mordisco rabioso,
y esta taza en pedazos que nos corta los dedos.

Mi corazón se obstina y el sol calienta afuera,
y tan sólo callamos con la mano en la frente.

Para el velorio del niño muerto

Para el velorio del niño muerto
han planchado los hombres su camisa
y el luto de la brisa
golpea puerta a puerta barrio abajo
endomingado y sordo de campanas.
Hay un hueco en el vientre de las mujeres,
y trepa las paredes
la luz anonadada y vespertina
mientras en las cocinas
amarga ha detenido su sombra el humo.
Hombro a hombro va la resignación estupefacta
y llora la cebolla y llora el delantal.
La mirada de cal
ya no tiene cometa ni hambre al desayuno,
y todo el mundo sabe que mañana
es lunes albañil.

A la compra

Había que ver
por el camino de la sombra al mercado,
de qué desparpajada manera
y sin bufanda
pese al frío del mundo, al grado cero,
a la escarcha
que cubre mi aterido lado izquierdo,
iba el amor mostrando sus cien dientes,
pintando el corazón de los melones,
derramando la leche en las cocinas.

Había que ver
cómo parloteaba a diestra y a siniestra,
qué jactancioso
alunado en los bancos de los parques,
en las comisaría's,
en la plantita azul regada con esmero,
en el tarro leproso y en el murmullo de las cañerías.
No sé,
qué opina,
amor para el cajero y la cajera,

el gato en el alero y la bombilla,
superávit de amor, amor a chorros,
y yo apretando apenas mi moneda,
no la fuera a perder
en el camino de la sombra al mercado.

Reporte policial

*que tanto cuna cuanto tumba es siempre
para quien acá nace, vive y muere.*

CARLOS GERMÁN BELLI

En el atrio
la novia muerta
tiene una rosa negra, rosa de sangre,
entre la espumarada de su traje.
Sobre la roja alfombra
el novio muerto
tiene ya aire de esposo, aire de padre,
y un agujero triste en medio de la frente.
¡Qué huérfano el arroz sobre el pavimento!
Y qué desconsolada la voz de la campana,
y qué impotente el pico de las palomas
que aparta a palmotazos el juez,
arrodillado.

Mapa

En un hangar vacío un hombre muerto.
En un vagón donde la hierba muele su sombra,
en una escuela,
crucificado,
ardido,
un hombre muerto
con un nombre inservible como un cántaro roto.
Un hombre muerto de cara a la luna,
o de bruces quizá, como un chico rabioso,
anonadado y solo, cejijunto,
un hombre muerto-muerto a pesar suyo.
Sin talismán, sin aire, sin esperma,
un hombre sin domingo por la tarde
muere a las dos,
muere a las dos y media,
muere tres veces hoy y seis mañana
de muerte natural en esta guerra.

Alto del peregrino

¿Qué tierra es ésta
en que los ciegos, en negra caravana,
erráticos, tanteando, a tropezones,
caminan entre escombros, sobre lápidas?

Es mi tierra, señor, y aquí hay días tan claros
como la frente de un niño que sueña.

¿Qué islas son éstas, pues, en que de noche
navegan por los aires los fantasmas
y se oye el lloriqueo de las viudas,
y las campanas
tocan a duelo en todas las iglesias?

Aquí nací, señor, y aquí me ha amado
con su cuerpo de sol una muchacha.

¿Qué patria es ésta
en que bajan los ríos cargados de ahogados
como barcos que ondean la enseña de la peste?
¿Por qué en sus hospitales, en sus patios,
en la leve veleta, en los altares,

hay cuervos, y milanos, y cernícalos?

Tengo una casa aquí y en cada cosa
hay palabras y sueños enredados.

¿Qué tierra es ésta que al pisar callamos?
¿Qué dioses vengativos hacen llover sobre sus gentes fuego?

Hace ya tiempo partieron los dioses.
Quizá, señor, no han existido nunca.
¿Qué sitio es pues
que no te atreves a decir su nombre?

Es mi sitio, señor, y ésta es mi suerte.

EL HILO DE LOS DÍAS
(1995)

La casa es del tamaño del mundo; mejor dicho es el mundo.

J. L. BORGES

LA INMENSA puerta de nogal luce de verde
como invitando a entrar. Agua para la sed del peregrino,
sombra para el cansancio forastero
se adivinan detrás de sus umbrales.
De silenciosa se dijera eterna la puerta donde todos han escrito
con toscos caracteres sus mensajes.
Toca el recién llegado con las palmas abiertas
y un murmullo de cántaros y de sábanas limpias
atraviesa sus ojos empañados de arena.
En su ansiedad el visitante olvida
que esa puerta en que el sol hace brillar el verde
está hecha también para salir.

EN LA sala de postigos cerrados
—donde hace tantos años que nadie se visita—
se extiende la penumbra con finos ademanes.
Y he aquí que en medio del silencio pareciera
alzarse el gesto de la mano
que dulcifica el hilo blanco de las carpetas
y borra toda brizna de polvo, borra el tiempo
que cae, poderoso,
limando las aristas de los días.
Y si no fuera porque en la casa entera no hay un solo murmullo,
porque en el mundo entero se apagaron los ruidos,
creeríamos oír pasos, creeríamos
que ha llegado por fin el visitante
que estuvieron —que estamos— esperando.

HAN AMARRADO trapos rojos en los bombillos,
y el mundo todo ardido está de fiebre púrpura,
de paños en la frente, de pesadillas
que rechinan sus dientes
en el silencio ciego de la una.

El corredor se alarga, se alarga eternamente, se multiplica
debajo de los menudos pies. Qué habrá allá lejos,
allá donde parece que agitara la brisa una llamita,
allá, cruzando el mar de sombras y de miedo.

AQUÍ GOLPEABA airadamente el padre sobre la mesa
causando un temblor de cristales, una zozobra en la sopa,
volcaba el jarro de su autoridad aprendida, de sus miedos,
de su ternura incapaz de balbuceos.

Adelantaba su dedo acusador y el silencio
era como una puerta obstinada que defendía a los niños del llanto.

Aquí sólo hay ahora una mesa de cedro, unos taburetes,
un modesto frutero que alguien hizo con doméstico afán.

¿Dónde los niños,
dónde el padre y la madre arrulladora?

La tarde esplendorosa asoma añil y roja detrás de los vitrales.

Y pareciera que tanta paz, tanto silencio pesaroso
fuera el golpe de Dios sobre la mesa.

POR LA ventana contemplo el mundo entero en mi jardín,
las azaleas temblorosas de luz, la sombra ávida
sobre la tierra multiplicadora.
Nada hay en él que sea teorema, ni hay ley en el color de la magnolia.
El caos se alza lleno de verdores.
Pero adivino un orden misterioso en el jardín que huraño va creciendo.
Quizá el orden benévolo de un dios
en cuyo sueño nunca existió el hombre.

TUS OJOS eran prestes que oficiaban cada noche en aquella ceremonia.
Ay, qué faena loca que apenas si entendías, qué trasegar de cuerpos
y la leche exquisita de los muslos, una blancura dulce, amenazante
para la oscuridad de tu ventana. Todo tan mudo y tan lejano
como ese Dios mirón que te veía y los veía y al que le rezabas
con un miedo que hacía sonar tu estómago, que hacía
que subiera a tus ingles esa humedad antes desconocida
y aquel olor de esperma entre los sueños
en que venía tu madre a cobijarte.

AQUÍ, EN este cuarto donde la luz ahonda el frescor de la cal,
jamás se oyó cantar, pero en las tardes
oíamos la alegría del silencio.
Sabíamos sin ver
—pues era el tiempo hinchado del sol lagartijero
cuando era un regocijo saber que había un árbol llamado árbol del pan—

del milagro que hacían las manos en la sombra.
Qué dignidad tenía la camisa
después de remendada, y la bombilla
cómo alumbraba verdaderamente dentro del calcetín.
Los días uno a uno se ensartaban en un tejido sin un solo nudo.

¡Cuánto
roto sin remendar después en nuestros años!

LAS CACEROLAS van despertando al mundo:
su alboroto
tiene algo de campana,
de canción derramada sobre el fuego
en la semipenumbra donde el tizne
ha instaurado su noche mentirosa,
y el niño ve el rescoldo de sus sueños
en el tazón amargo de su padre.

DE CARA a la pared estoy mirando esa pequeña mancha
que apenas si entorpece el blanco de la cal. Un calor manso
retiene todavía esas blandas maneras
que nos anclan al mundo sin fondo de los sueños.
Enredado al olor del día, a los murmullos,
al secreto fragor del agua en las letrinas,
el miedo va trepando con su nudo de algas.
Ay, esa pequeña mancha es un navío,
esa pequeña mancha es una mariposa que tiene un ala semidestrozada.
Me pertenece a mí. Me pertenece.

A LA hora de la siesta
un toro que escapó del matadero
entró a la casa de puertas abiertas.
Sus patas resbalaron en las baldosas del zaguán
antes de que en los corredores iluminados de geranios
se oyera su jadeo desconocido,
el estruendo de su cuerpo inocente.
Por las habitaciones frescas de sombra
erró con una furia ebria,
devastando un universo de cosas minúsculas,
de flores de papel y pocillos y sillas vacías,
hasta llegar a ese cuarto final
al que el silencio temeroso había huido.

La niña, en su precario escondite, sabía que era un sueño.
En la quietud del tiempo detenido
podía escuchar el latir atolondrado de su pecho,
su retumbar acompasado
como de pasos de bestia en la penumbra.

FRENTE A la enorme puerta te detenías.
La noche te apretaba los riñones
y un agua clara y tibia corría hacia tus pies.
Había luz en las rendijas, voces
apagadas, secretas; torpes ruidos
que no debías oír. Quizá ese pedregoso
suspirar fuera llanto. Quédate allí en cucullas,
silenciosa. No tiembles.
Pronto pasarás esta puerta. Para siempre.

AQUÍ, EN los altos,
los objetos se han despojado al fin de la ingrata memoria de los dueños,
nada se anuncia con estrépito, y humilde
el terciopelo deja que lo venza el polvo.

Aquí, en los altos,
he plantado mi casa. Mi casa hechiza, sin un solo postigo,
cálida como pecho de paloma.

Sobre el revuelto mundo de trebejos
alza el techo su vértice, a manera
de doméstico cielo. Y se diría
que es un barco este zarzo peregrino
que va haciendo su viaje silencioso
por las medrosas aguas de los días.

LA LUZ, enceguecida, se abandona
sobre el solar humilde que recortan
las tapias imprecisas,
y un cielo limpio y sin arrugas se extiende
como un mantel recién almidonado.

La herrumbe cumple su morosa faena sobre el peltre del balde
con la misma paciencia con que el agua
borra todo esplendor de la madera
y hace crecer la hierba
entre las patas de la mesa coja.

Todo posee aquí
esa serenidad de lo olvidado,
esa apenas nostalgia que da el olor del humo,
esa nostalgia a ráfagas que da saber que el cielo
extiende su milagro más allá de las tapias.

EN EL silencio de los corredores
resuena el aldabón. Su golpe poderoso
llena de sobresaltos la noche desarmada.
¿Qué oscuro mensajero ensombrece el dintel?
¿Qué urgencia multiplica de metales
la paz, que es una fiesta silenciosa
en el corazón blando del manzano?
Renueva su llamado el aldabón
para luego callar.
El silencio derrama su miel espesa y agria.
Cada golpe
tiene un eco de tumba en la alta noche.

TENÍA TECHO el mundo entonces
y un olor familiar a humo de leña.
Íbamos recibiendo la vida a cucharadas,
amorosa sopa de letras donde íbamos leyendo
la secreta consigna de los días.
¿Qué poderoso cataclismo,
qué oscura y sistemática tarea
nos dejó a la intemperie sufriendo viento y lluvia?

LOS CUCHILLOS DEL ALBA



Los cuchillos del alba

Se sobresalta el alba con el ronco bramido de las bestias
que son sacrificadas. En la estridencia
de su voz, y más allá del miedo
un eco resignado se adivina.

El agua, imaginamos, cae furiosamente
sobre la piedra, abre una mancha espesa
y cárdena en la tierra. La muerte va trazando
sus signos en la blanca madrugada.

La búsqueda

En aquella hora
en que tiene la luz un brillo de hojalata
y el silencio es total, el basurero
tiene un aire solemne, y casi se diría
que hay algo de esplendor en su vasto espectáculo.
Voy recorriéndolo penosamente,
resbalando en los frutos que se pudren.
De vez en cuando graznan los cuervos y alzan vuelo.
Ya en mi cuarto, voy colocando cada cosa en su sitio, voy lustrando
los pedazos de espejo, las monedas.
En las noches sin luna
su callada presencia me ilumina.

Cita vespertina

El joven carnicero con la bata manchada
y las uñas manchadas,
indiferente silba
una canción de amor.
Espera ansioso las cinco de la tarde
—esa hora en que el sol coagula su gran ojo—
para lavarse y lustrar su peinado
e irse al cine con esa chica simple
con cuyos senos sueña
hace ya tantas, tantas noches.

Memorias de Sodoma

Sobre la infame ciudad
pasó una bandada de aves que huían pavoridas
estremeciendo el cielo con su torvo silencio.
Las gentes apenas si elevaron la vista,
tan grande era su empeño de vivir, tan pobre era su tiempo.
Una noche ficticia se hizo por un instante,
y un olor a cadáver se apoderó del aire
y las calles, los árboles, los techos
enmudecieron
con la lluvia de estiércol en las frentes.

Cuestión de estadísticas

Fueron veintidós, dice la crónica.
Diecisiete varones, tres mujeres,
dos niños de miradas aleladas,
sesenta y tres disparos, cuatro credos,
tres maldiciones hondas, apagadas,
cuarenta y cuatro pies con sus zapatos,
cuarenta y cuatro manos desarmadas,
un solo miedo, un odio que crepita,
y un millar de silencios extendiendo
sus vendas sobre el alma mutilada.

El vigilante

Ese árbol que extiende su ramaje
sobre la calle maltratada,
pareciera un mendigo que aún guarda algún decoro,
una como secreta dignidad en su afrenta.
El populoso arroyo de gentes corre absorto
sin mirarlo siquiera. Un extraviado
gallinazo, en la copa, sigue atento
los pasos atareados de los hombres.
Algo de majestuoso hay en su espera.

LA CICATRIZ EN EL ESPEJO



Biografía de un hombre con miedo

Mi padre tuvo pronto miedo de haber nacido.
Pero pronto también
le recordaron los deberes de un hombre y
le enseñaron
a rezar, a ahorrar, a trabajar.
Así que pronto fue mi padre un hombre bueno.
("Un hombre de verdad", diría mi abuelo).
No obstante
—como un perro que gime, embozalado
y amarrado a su estaca—, el miedo persistía
en el lugar más hondo de mi padre.
De mi padre,
que de niño tuvo los ojos tristes y de viejo
unas manos tan graves y tan limpias
como el silencio de las madrugadas.
Y siempre, siempre, un aire de hombre solo.
De tal modo que cuando yo nací me dio mi padre
todo lo que su corazón desorientado
sabía dar. Y entre ello se contaba
el regalo amoroso de su miedo.
Como un hombre de bien mi padre trabajó cada mañana,

sorteó cada noche y cuando pudo
se compró a cuotas la pequeña muerte
que siempre deseó.

La fue pagando rigurosamente,
sin sobresalto alguno, año tras año,
como un hombre de bien, el bueno de mi padre.

Insomnio

La ligera, la trivial melodía
atraviesa la noche y, temblorosa,
llega a la habitación donde el insomnio
abre su ojo de luz en la tiniebla.
Nos sentimos entonces extranjeros,
exiliados de un pueblo innominado,
y escribiríamos cartas
cargadas de nostalgia
a muchachas lejanas y a oscuros navegantes.
La música se enrosca como un bucle,
trepa por la baranda de la cama.
Y es como si una culpa nos pesara,
como si alguien que amamos estuviera
en la estación del tren
y no llegáramos.

Canción de la embalsamadora

Yo, que siempre quise ser cantante de ópera o bailar
noche tras noche vestida de rojo, o echar la suerte al pie de los caminos
o en fin, ser un tahúr o en el peor
de los casos ser mendiga o poeta,
he debido rendirme a mi destino cruel de embalsamadora,
de cantora de endechas, de ayudante
en los rituales todos de la muerte.
Aún era niña cuando supe de su inclinada sombra y su silencio.
Y de lo fácil que resulta morir y de lo fácil
que es vivir y estar muerto al mismo tiempo.
Primero fueron muertos ajenos, de caras aleladas,
que cuidadosamente yo regaba con vinagre aromático y espliego.
Luego fueron muriéndose uno a uno
los que algún día quise, casi todos. Les cantaba mis plantos,
desgarraba mi túnica, plantaba
un árbol en memoria de sus días.
Tanta muerte tocó mi corazón
que éste se acorazó y se armó de púas.
Ahora me sorprende la mañana de cara al cielo limpio de rencores entre mi
verde bosque, sola, sola.

Asalto

(a Teresa)

Echaron sal sobre mis ojos.

Sólo lograron

que viera más allá de donde suele ver el inocente
y el propio corazón acontecido.

Pisaron mis magnolias, escupieron

el pan iluminado de mi día,

y perdoné porque es amplia la luz y en ella cabe
toda el agua que borra las heridas.

Como turbios ladrones asaltaron al alba

el silencio inocente de mis habitaciones

mancillando de barro las baldosas pulidas y despertando
con su tropel a las recientes aves.

Miré por la ventana el mundo, ancho y ajeno

como mi pecho inmenso de palabras.

La cicatriz en el espejo

Empotrado en la noche de la alcoba,
el espejo
tiene la lucidez de los oráculos.
Sobre la superficie de su luna
la muchacha desnuda
va escribiendo los signos del deseo.
Abre a sus aguas duras los muslos y en la sombra
del reflejo se busca, sorprendida.
Sobre el seno, como un pequeño oprobio,
brilla una cicatriz. Y pareciera
que en su mórbida carne adolescente
la muerte hubiera dado su primera dentellada.

La fiesta

Aquel alegre ebrio se ha marchado por fin dando un portazo,
y tres, cuatro invitados y el anfitrión
—que ha manchado de grasa su solapa—
esperan, alrededor de mesas llenas de sobras,
silenciosos y ajenos,
algo que no ha llegado todavía.

De los bajos sentimientos

Una pedrada en medio de la frente,
una injuria en la espalda, en el camino
una trampa de clavos y de estiércol.
Mas no esta oscura zarza que sembraron
en la mitad de mí, sus poderosas
raíces en mitad de la alegría.

Leyendo a Eliseo Diego

para María Luisa

Alguna vez, llena de esa impaciencia que suele dar la dicha,
te escribí una cartita temblorosa, hechizada,
que no debió jamás llegar hasta la sombra
en que te reclinabas, allá en tu dulce Cuba.

Hoy, al cabo del tiempo, yo te escribo de nuevo.
Te escribo a esa otra patria de bruma en donde callas
en tu lunes perpetuo,
inmaterial y eterno como quisiste un día.
Quizá el correo allí no sufra de penurias
y pueda revelarte (aunque a destiempo)
que pertenezco a tu Flor de Muchachas
al lado de Fefé, de Fina y Bella
y de María José. Las que amaste y te amaron.

Que comparto tu casa de largos corredores,
de postigos cerrados, poblada de silencios,
y que sé yo también de un patio en que los mangos
mitigaban la sed de la penumbra.
Quizá pueda decirte todavía
que en las noches de corazón de fieltro

enciendo yo mi lámpara y te veo
meciéndote en tu silla, milagroso
entre el chorro de luz de tus palabras.
Que te leo morosa, estremecida,
en el insomnio urgente de mis albas.
Y que bebo en tus versos y en su dolor sereno,
y que te extraño a ti, Eliseo Diego
(cuyos ojos de mar no vi yo nunca).

De los mil usos posibles del poema

Se ha convenido ya —todo el mundo así opina—
en que es enteramente inútil el poema.

Y sin embargo, hay momentos en que aun sin saberlo
el poema se llena de amor y es esa carta
de reconciliación que nunca escribiremos.

O es ese puente de ventana a ventana que pasamos
con el alma encogida, deseando el vacío.

Manopla, salvavidas, aeroplano
que nos permite contemplar olímpicos
el trasegar sin fin de tantas gentes
tristes de haber nacido y tristes de ir muriendo.

(A veces, desde arriba nos miramos
pasar alucinados y sombríos).

El poema es también tirabuzón,
anzuelo que se tira en viejas aguas.

Máquina de hacer pompas de jabón.

Es vendaje, es compresa, es sanguijuela
que extrae los venenos de la sangre.

Juguete de latón. Consolador de viudas.

Monstruo de mil cabezas, matita que sembramos
en medio del jardín, conjuro mágico,

bisturí, cuerda floja, cobertizo.
Estos apenas son algunos de los muchos,
los incontables usos del poema,
ese extraño artefacto que circula
en forma clandestina y peligrosa
en nuestros territorios.

Esté alerta.

Visita ocasional

En ocasiones me gusta imaginar que entra la gloria,
y es grave y ampulosa y de hermosos modales.
Nos miramos sonrientes, incómodas y ajenas.
No encuentro nada que decirle. Nada.

Los domingos

Los domingos, pareciera
que Dios hubiera huido dejando un agujero en la mitad del mundo, que
Dios hubiera bostezado de tal manera y con tan mala suerte
que su boca hubiera quedado abierta como una enorme O
donde cabe la entera molición de los hombres.

Son días misteriosos los domingos,
con su rostro de sábana recién almidonada,
con su nostalgia de todas las cosas:
de las que nunca pudimos tener y ya nunca tendremos,
y aun de las que nunca deseamos tener,
pues es nostalgia pura la tarde de un domingo;
y una horrible sospecha
de que estamos viviendo en un lugar ajeno
nos aturde el domingo a las tres de la tarde.

A veces el domingo es como un nido.
A veces su inocencia, la simpleza de sus calles vacías, de su cielo
parece que va a hablarnos, a otorgarnos
una revelación
imponderable.

Guía de ciegos

Toca la superficie toda de las cosas. Pasa
la palma de la mano por la madera, siente sus nervaduras.
Toca el bronce. Que la seda te dé su agua y el mármol
te otorgue su memoria. Toca el cristal. Muy bien.
El terciopelo, la dulcedumbre muelle de la alfombra.
No, no mires el cielo. A otros les pertenece.

Sólo tu nombre

Pienso en la dulzura de poseer sólo tu nombre
e ignorar todo e inventarlo todo, salvo tus ojos, su infinita
oscura soledad y la furiosa
presencia de la sangre en tus arterias, el palpitante
arrullo de tu pecho que no he oído, yo que debo callar
mientras te alejas, mientras te acercas pálido, invencible
a mi noche en que el tiempo no te toca, sin ayer, sin mañana,
desnudo como un ángel que no puede
remontar las fronteras de mi sueño.

Ahora que ya no soy más joven

Ahora que ya remonto la mitad del camino de mi vida,
yo, que siempre me apené de las gentes mayores,
yo, que soy eterna pues he muerto cien veces, de tedio, de agonía,
y que alargo mis brazos al sol en las mañanas y me arrullo
en las noches y me canto canciones para espantar el miedo,
¿qué haré con esta sombra que comienza a vestirme
y a despojarme sin remordimientos?
¿Qué haré con el confuso y turbio río que no encuentra su mar,
con tanto día y tanto aniversario, con tanta juventud a las espaldas,
si aún no he nacido, si aún hoy me cabe
un mundo entero en el costado izquierdo?
¿Qué hacer ahora que ya no soy más joven
si todavía no te he conocido?

La espera

Días que van amontonándose uno a uno
como sábanas sucias que se apilan en un rincón del cuarto.
Y tú,
como un niño que chupa su pulgar,
esperando que alguien toque la puerta
y se lleve
las sábanas, los días, tu memoria.

ESE ANIMAL TRISTE
(1996)

ESE ANIMAL TRISTE



*Volver a la memoria del cuerpo, he de
volver a mis huesos en duelo, he de
comprender lo que dice mi voz.*

ALEJANDRA PIZARNIK

Rito

En la noche desnuda, los amantes
cabalgan en la cresta de la ola,
primarios e inocentes como ángeles.
Tiernas obscenidades, besos, gestos
—blandos gatos oscuros— van naciendo,
van arañando el áspero silencio.
Cada caricia es nueva, como la madrugada.
Como la madrugada,
eternamente se repite el rito
y con su pulso hace girar el mundo.

Llamado

(Variaciones en torno a un poema de Dylan Thomas)

Al escuchar tu voz nocturna, padre
—tu voz de amante navegando en sus mares de zozobra—,
yo descendí del más hondo silencio
y me hice llanto.

Una llama violeta le dio vida a mi médula,
y mi nada de viento se posó como un pájaro
en las pupilas rubias de mi madre.

A tu llamado
(que era roto tremor, ciego buceo,
roja batalla enfebrecida)
yo descendí vertiginoso y lúgubre
como un hombre con sed que bebe un agua amarga.

Traje del frío sideral
la luz fosforescente que hace brillar mis huesos.
Y del oscuro magma brotó una flor quemante:
mi corazón, donde ya había miedo.

Quise ser sordo,
seguir siendo gota
del furioso torrente donde no habita el tiempo.
Pero tu voz subía,

como una lluvia inversa tu voz subía a buscarme
hasta mi oscuro centro aún sin nombre,
hasta el umbral de sombra donde era luz mi madre.

Pecado original

Has olvidado
aquel antiguo mar en que flotabas
entre el silencio y el latido; el agua
primera, sin memoria, dulce tumba
donde el ay no erizaba aún sus mil puntas.
Has olvidado
la voz que te expulsó del Paraíso.

—Sabemos de aquel húmedo tiempo con la fe
con que se dice una oración. Y hay algo
en nuestro cotidiano desamparo
que se empecina en él, que busca ansioso
su eternidad, su abrazo sin preguntas—.

Pero no desfallezcas. Allá detrás de todo
hay otro mar (¿o el mismo?), que te espera.
¿Qué corazón, me digo, latirá en su penumbra?

Labores manuales

Sobre el cuerpo desnudo —tan reciente—,
sobre la piel azul de transparencia,
ejerzo mi ritual: agua que corre
en tibio bautizo, aceite, talcos,
pedazos de algodón.

Tierno animal que late en desamparo.

Hay que sacar agujas para tejerle un traje
de alambre, estopa, púas,
pues muerde el aire afuera.

Bautizo

Un signo hecho con sal sobre la frente
y un nombre caprichoso al que respondo
para creer que no soy sólo el miedo,
su glándula amarilla en medio de la noche.
Que soy más que este cuerpo lleno de agrios metales
y de caldos oscuros
o este mapa
de venas transparentes que conduce
(si quisiera) a un lugar que no conozco.
Piedad soy de los pies a la cabeza.
Con hierro fui marcada en la mejilla.
Eludo así el destino de los olmos
que son apenas olmos,
y escapo para siempre a la modesta
identidad sin nombre de la piedra.
Y así me van llamando, y así voy respondiendo
—arriba el sol,
abajo un tembloroso dios de arcilla—
hasta que un día vuelva a ser alma que duerme
en las marcas de estiércol que deja la raposa,
en la hoja, en la larva. Sal y agua

sobre la frente de un recién nacido.

Señales

La luna brilla con ese furor ciego
que es señal inequívoca
de que ha llegado el tiempo fértil del sacrificio.
Huele a la piel rayada de los tigres,
a orquídea que se abre,
al humus que comienza a oscurecer la lluvia.
En un sueño de ríos y serpientes
naufraga la muchacha envuelta en llanto
y sus pechos recientes se estremecen
con un temblor antes desconocido.
La muñeca que abraza tiene los ojos muertos.
Y el ángel de la guarda
marca una cruz con sangre sobre sus muslos blancos.

Daniel creciendo

Con el oído del corazón oigo la música secreta de tu cuerpo,
el crepitar de tus huesos creciendo,
un animal poderoso que te sube en la voz,
la turba de tus sueños, las mareas
que con fuerza te alejan de mi orilla.
Por los rincones todos de la casa
vas dejando tu antigua piel,
y abrumado y espléndido descubres
tu desnudez que humilla los espejos.
Yo torpe, yo asustada,
desde mi torre ondeo mis pañuelos.
Abandonas
tu tierra de milagros donde es rey el silencio,
tu universo de ciegos resplandores
sin mirar hacia atrás.
En la mañana
en que trémulo vuelvas la cabeza
para leer las cifras de aquel tiempo,
un mar de sal te velará los ojos.

Un animal triste

Entro al espeso bosque donde crece el deseo con sus blancas coronas.
Mis pies desnudos pisan el musgo, me extravió
entre bulbos monstruosos, entre rosas
que abren su blanda entraña de carne, sus esponjas.
En espiral desciendo y como un perro
busco tu rastro,
labro tatuajes en tu piel, buscando.
Bebo el mezcal
que me devolverá purificada
a la anodina sobriedad del día.
Como una vestal ebria caigo al pozo,
en sus aguas naufrago, nazco, muero,
y en el fondo de cieno reconozco
la soledad, su helado ojo de vidrio.

Emerjo entonces como un pez sin brillo:
pequeña muerta, azul entre su sábana.
Ahora mi cuerpo es un animal triste.

Canción del sodomita

Habrá una grandísima peste.

ÉXODO, 9, 3

Han izado el amor. Lo están clavando
coronado de ortigas y de cardos.
Le han cortado las manos, han echado
sal y azufre en sus pálidos muñones.
Ah, mi joven amado, el tiempo es breve.
Suenan ya las trompetas e iracunda
la luna enrojecida afrenta al cielo.
Déjame acariciar tu frente ardida en sueños,
contemplar para siempre tus párpados violeta.
Deja que desanude mi deseo,
que coloque la palma de mi mano
sobre la rosa hirviente que florece en tu pecho.
Ah, mi joven amado que duermes mientras huye
la multitud con un largo sollozo:
una lluvia de sangre cae sobre Sodoma.
Dame tus muslos blancos, tu axila, el dulce cuello,
antes de que en silencio se deslice

el ángel con su espada de exterminio.

Nocturno

Mi noche es como un valle reluciente de huesos.
La piel, arena, sílice. Los labios, agrietados.
Una cruz de ceniza sobre el vientre desnudo.
Heme aquí entre malezas, en medio de rastrojos,
muerta de cara al techo de la alcoba,
con la luna bailando en la pupila
y el corazón como una liebre herida
que persiste en vivir. Quizá algún día
un enjambre de abejas fabrique su colmena
cerca de mí. Quizá algún día
me despierte el zumbido de su vuelo
sobre mis ojos, sobre mi garganta
y reverbere el cuerpo, luminoso,
como un mar que cantando alza sus olas.

Manual de los espejos

I

Y he aquí que un día llega la abuela de su muerte de siglos
y con su mano pequeñita,
temblorosa de tanta humana ausencia,
sobre el espejo pone su sonrisa en la tuya.
Y ese tío remoto de ademanes adustos y sueños militares
te regala aquel gesto que tanto detestabas.
Descubres también a tu madre en la ternura del cuello
y tu padre te lega la vigorosa arruga de su frente.
Y tú buscas el niño de ayer, y no lo encuentras.
En el espejo, en cambio, se amotinan
los que fueron un día, tan idéntico a éste.
Los que pugnan por ser entre tu sangre.

II

Esa mujer me mira, imperturbable.
Dos caracoles negros le han bebido los ojos
contemplativos. Nada
singular en su rostro, salvo aquella
luna de luz sobre la oreja izquierda.
Esa mujer (el pelo oscuro, el labio
condenado al desdén),
esa mujer soy yo. Me estoy mirando.

El remolino aquel sobre la frente.
¿Dónde el sabor a hiel de los insomnios
o el sueño atropellado de deseos?

El gesto empecinado de las cejas.
¿Dónde el vértigo, el asma del amor,
las manos tristes, el tambor nocturno?

Ahí ves la nariz. (Mi madre la frotaba
con vaselina o crema de cacao
para que yo tuviera un perfil griego.)
¿Quién oye el ronroneo de la muerte
que ronda entre algodones, la pezuña
abriendo un hueco en la mitad del día?

Dentadura completa. Ojos castaños.

¿Y la señal particular del miedo?
¿La letra en sangre que marcó la puerta,
y la mano sin fe sobre la almohada?
¿Y la interrogación, gancho de alambre
siempre esperando aquel vestido rojo?

Esa mujer que soy mira su cara,
imperturbable. Le coloca polvos,
pone brillo en sus labios.
Esa mujer que soy, tierna y carnívora
da el salto, se devora, sale al día.

III

Cerrabas tú los ojos
y yo, huésped fugaz de tus pupilas,
dejaba de existir por un instante.
Ahora que sólo en sueños me veo en tu mirada,
apenas si me acuerdo de mi cara,
porque busco mi imagen y me encuentro
con el vacío gris de los espejos.

IV

El contrahecho hace su ablución matinal,
se viste con pausada ceremonia,
en el espejo contempla largamente su rostro.
Allí encuentra la comba enorme de la frente,
la cara sin relieve, el belfo tosco,
la insolente joroba que fatiga su pecho.
Sus ojos son tan vivos como los ojos de los arrendajos.
Por la ventana entra la luz y generosa
lo inunda mientras peina, solemne, sus cabellos.
Echa una mirada última a su imagen:
y es como si volara de sus labios
un beso hasta la frente del espejo.

V

Eres la que caminaba en puntillas oyendo el susurrar de las hadas, la que se asomaba al incendio del jardín y bebía su copa de sangre.

La que recuerda con ardor una palabra turbia dicha al oído por un hombre cuyo rostro olvidó, pero que no podría evocar una sola de las caricias de aquellos que la amaron.

La que al ver una mancha púrpura en la mejilla de un joven descubrió las sórdidas precisiones de la muerte, su espeso caldo sin fondo.

La que quiere rezar y sólo acierta a mirar tontamente las paredes de la alcoba.

La que según presagian los augures morirá con un cáncer de garganta, lúcida y sin rencores, en una madrugada lluviosa.

La que bebe su dosis de láudano en el café de las mañanas, la que llora en los sueños y agradece los ojos dulces de un desconocido.

La que ya nunca escribirá esa carta tratando de revivir una amistad perdida.

La que mira hacia atrás y junta pobres retazos y no comprende aún el privilegio del olvido.

Todas esas son tú. Y no eres ninguna.

Eres la que respira hoy, la que se mira en el río que fluye, tembloroso. La que mañana no sabrá del árbol, del pájaro en la rama, del humo y la zozobra en la mirada. Del instante que impávido se agota en otro instante.

Brujerías

Le tomo fotografías a lo que no puedo poseer.

JAMES CLIFFORD

El rostro levemente inclinado
como el de alguien que escucha cómo cae la lluvia,
la frente con su nube,
y ese aire de niño que muerde una manzana.
En la mirada
color de té, preguntas,
y esa semisonrisa a no sé quién que te habla,
que te habla eternamente
en mi noche mordida por conjuros y lenguas de serpiente,
en la náusea del alba, en su sollozo,
en el atardecer sin luces de mi cuarto
—donde he clavado tu fotografía
como una mariposa disecada—.
Tampoco ahora que te hago prisionero de mi vista
puedo entrar a vivir en tu universo
ciego para mis ojos, y lejano.
¡Pero qué dulce suerte le concede mi magia

a ese otro
de carne y sangre que en su cielo nada
indiferente al mar de sal que me sofoca!
Te condeno a morir eternamente
en tu instante perpetuo,
fantasma de papel,
imagen fiel a nada,
rostro de ti que no verás tú nunca,
plantado en mi conciencia con raíces de cuarzo,
quemándote en la hoguera sin tregua del deseo.

Para Alicia Torres

La venadita

(A Frida Kahlo, quien pintó este cuadro en 1946)

De pura lástima y puro amor yo te regalaría mi cuerpo, venadita.

¡Yo, que envidio el relámpago nocturno de tus cejas,

tus manos con anillos,

la voz india,

y tu cuello altanero de mestiza!

A ti que te dio Dios todo a montones, incluido el dolor

y ante todo el dolor

yo te daría,

si fuera Dios, un cofre con huesitos

de plata mexicana

y un pie de oro. Y limpiaría con mi mano eterna

las llagas de tu alma, venadita.

Te pediría a cambio todo el amor que te sobró en el cuerpo

y un retrato vibrante de colores.

Terca señal

En un rincón de la mañana,
bajo el lívido sol, como una ampolla
de la hirviente ciudad,
los excrementos:
terca señal de que allí estuvo un hombre.
¿Qué fantasías poblarán sus sueños?

A quién agradecer

A quién agradecer
la sabia geometría de tu oreja,
su lóbulo de luz y la firmeza
de sus surcos de sombra,
y el deseo, que es una llamarada que se enciende
en la gruta de felpa
donde encierran su enigma tus más perversas músicas.

Confesión

Para tus ojos
quisiera yo beber el dulce azogue,
y amanecer cubierta de polvo de metales
como una joven faraona muerta.
Robarle su color a los almendros,
y hundiéndome en el lodo feraz de los pantanos
lustrar mi desnudez
para tus ojos.
Recuperar la luz de las espadas
y hacerla batallar en mis pupilas.
Tornarme espléndida
como una esclava etrusca cuya cabeza calva
perturba el sueño de los mercaderes,
como iracunda araña al sol del mediodía,
como la dentadura feroz de los guerreros,
como el líquido
despertar matutino de las dianas.

(Pero todo esto no es sino literatura
y debo resignarme a sonreírte
sin existir, quizá, para tus ojos).

Canción de la mora Fátima

Como un niño sin juicio que crea fantasías que enseguida destruye,
así yo te di vida, Oh, forastero,
para que con tus manos sembraras un oasis en las dunas
de mi arrasado corazón.
Soñé tus ojos, su luz donde se miran las ciudades.
Te puse un nombre alegre,
que recordara la algazara de las tropas que bajan la montaña,
pero te imaginé triste
como un viejo poeta al que han abandonado las palabras.
Te introduje en el cerco de alambre de mis noches,
te di aliento de tanto amar tu nada.
Cantando en una lengua nueva pasaste navegando por mi orilla,
luminoso y ajeno pasajero
que bogas en las aguas que hace hondas el deseo.
Entonces
en el Guadalquivir miré mi piel azul,
mi cuerpo atravesado de parte a parte por agujas negras,
y me tapé la cara, avergonzada.
Te dejé ir sin conocer las líneas de tu mano
donde aparezco yo con un pañuelo,
dejé que te fugaras

hacia el mar infinito donde moran los muertos.
Ahora, solitaria, salgo a mirar el río
por donde a veces bajan, como signos oscuros,
los restos desolados de algún pobre naufragio.

De viaje

a María Mercedes Pérez

Es como si doliera la mirada perpleja de los viejos.
Como si nos turbaran sus gestos temblorosos al buscar la escalera,
sus caras de evadidos,
su aturdido aferrarse al pasamanos,
y el aire pesaroso con que arrastran
sus pies en la estación de pasajeros.

Salón de baile

Basta un agrio olor desconocido,
la mancha de la sábana, el guante sobre la losa del quirófano,
el pelo que amontona el peluquero con gesto minucioso encima de la
alfombra,
o quizá algo menos funesto,
incluso hermoso,
tal vez el blando cristalino del ojo del caballo,
el pregón mañanero,
el cucarrón que zumba y pega contra el cristal de la ventana,
para que des el salto,
sea el revés del ojo,
el otro lado,
y entres en ese cuarto despojado de muebles, con cortinas de raso,
donde ella está esperando para bailar contigo,
para decir obscenas palabras en tu oído.

Todo tan simple

Quizá a la madrugada

la pesada caricia de su lengua pastosa

Y vi la voz ya muerta queriéndome decir desde los ojos

y en ellos vi ceniza

O tal vez en perpendicular el mediodía

y alguien que lejos grita su pregón y es la vida

Y su rostro se hizo un rostro ajeno

y los labios se abrieron en un gesto rabioso

posiblemente luz artificial y ruidos

metálicos y voces alarma en el pasillo

ni un ruido, ni una lágrima

quizá, quizá los sueños o una piedra en el pecho

y vi bajar la sombra posarse sobre el labio

ir regando su tinta violeta en la mejilla

y aquello que jamás se nombrará

la triste sordidez

así fue todo así

todo tan simple

Las palabras y las cosas

El sol sobre la piel, su dicha humilde,
y esta lucha obstinada, la derrota
que me lleva a escribir
el sol sobre la piel, su dicha humilde,
me justifican.

Revelación

De niña me fue dado mirar por un instante
los ojos implacables de la bestia.
El resto de la vida se me ha ido
tratando inútilmente de olvidarlos.

Proceso digestivo

Ya he comido mi sopa de clavos, mi pan de munición,
pan con zarazas,
ya tragué mi ración de raíces y venenos
y mastiqué juiciosamente todo lo que pusiste en mi plato.
Mira qué buena soy. Ya me he comido todo.
Por mi garganta en sangre comienza ya a subir
un borbotón de palabras hinchadas.

Rindiendo cuentas

Por cada latigazo en el rostro,
por cada golpe de la espuela y cada gota de sangre,
nace una palabra, verde y brillante.

Un pequeño jardín de tinta abre sus hojas,
con callado vigor va dando savia al día.

La vergüenza contempla, con su cara biliosa,
la innoble transacción, el triste pago,
las uñas impecables del verdugo.

Ración diaria

*Mira, sólo hay un medio
para matar los monstruos:
aceptarlos.*

CORTÁZAR (LOS REYES)

Sin una sola luz ni un solo ruido
un barco cruza el agua nocturna de mi infancia;
tal vez el cocinero se desangra sobre cebollas rubias
con el rostro lleno de verdugones
y la bata empapada.
Mi miedo se bebía el aire de la alcoba con los ojos abiertos
y el monstruo que me habita
sofocaba mi voz con su cola de escamas.
¡Ay! Amorosamente, desde entonces, le doy su ración diaria.
Tenso animal carnívoro,
el ruido de su boca que mastica
es música en mi insomne madrugada.

Álter ego

Ella no creció nunca tiene miedo
a lo oscuro y al triángulo que es el ojo de Dios
y al Padre que ajusticia con su voz militar llora de amor
cuando alguien acaricia su cabeza
suma mal y en los dedos
resta mal
le gusta el vientre liso de las piedras
ver por las cerraduras habla a solas
y sueña
y desearía
que el sueño fuera el día
y el día
un viejo guante al que se da la vuelta.
La otra va por ahí poniendo emplastos
compresas cataplasmas hace dietas
sabe dónde es Zimbabwe para qué es el amonio
lee a Kant y a Sor Juana
zurce su corazón con tal cuidado
que no se note un nudo en el reverso
mira crecer manchitas al dorso de sus manos
respira lento

y traga sus cuchillas.

De vez en cuando

la una se tropieza con la otra

se miran de reojo

a punto de abrazarse de decirse

la lástima la rabia la ternura.

Sueños

I

El caballero entra a saco en mi sueño,
cruza el foso,
atraviesa los muros, asalta las almenas.
Desatadas las sogas, roto el cepo
—de nuevo yo princesa en los espejos—,
desnuda, frágil,
la piel herida, la mirada herida,
sollozo recostada en su coraza.
Levanto la visera para besar su rostro
y ata mi lengua el pasmo de los ojos:
no existe un nombre
para llamar al animal del miedo.

II

Por el jardín en brumas de la infancia pasea el rey su sombra. Su corona destella como un sol. Yo imploro su mirada. Extiende el rey la mano que ordena decapitar doncellas y soldados y acaricia mi frente. En su rostro descubro, estremecida, los ojos de mi padre húmedos por el llanto. En el jardín en brumas de la infancia el rey se hace pedazos.

Cruza el rey por mi puerta, y es tan alto, tan alto, que no llega a su oído mi pregunta. Un colosal silencio lo rodea, una desolación de tiempo eterno. El desprecio de Dios aflige al mundo. Para saber que no lo estoy soñando, toco su pie con mano temblorosa. Su pie de estatua, inmóvil por los siglos de los siglos.

Por mi aterida noche pasa el rey, hirsuto, oliendo a pólvora y vinagre. El ruido de sus avíos de guerra sobresalta mis perros. Amparada en la sombra, con el hacha derribo su cabeza. Del cuello en borbotones, como un milagro hirviente, una cabeza idéntica comienza a levantarse.

III

Yo velo tu cadáver. Por el cuello y el rostro
asciende ya la sombra
y un musgo áspero y húmedo te reverdece el pecho.
Como un monstruoso tronco con los ojos abiertos
en el tremedal agrio vas flotando,
lentamente descienes a lo oscuro.
Con mis manos atadas a tus manos
miro por una vez el cielo alto que calla,
fijo en mi fondo su más clara estrella.

IV

Metí mi mano en tu costado para tocar el corazón.
Encontré rémoras,
fósiles milenarios,
todo
un arsenal marino sobre un banco
de peces muertos.
Quise sacar mi mano, lamer la sangre de su herida.
Pero una boca oscura la retiene:
puedo sentir el filo de sus dientes
levemente apretando mis muñecas.

V

Sobre mi mesa de noche, en medio de mis libros
colocados en orden riguroso
he puesto mi cabeza degollada.
En las sábanas blancas el cuerpo resplandece
como un dorado río de luciérnagas,
como un campo nevado en que se abrieran,
encarnados, feraces, mil anturios sangrientos.

Tres deseos

Quitarme los zapatos, exprimir las uvas del día, y con los pies florecidos caminar sobre vidrios como por la dócil arena.

Que el saludable animal que padece en su encierro salga a la luz del sol y se revuelque, húmedo y lustroso, y su poderoso olor espante a los tímidos vecinos.

Que el universo sea de nuevo un inmenso magma silencioso y que cuando me atreva a pronunciar la palabra el viejo dios muera por fin y sobre su tumba nazca una flor de un color que jamás ha visto el hombre.

Mi silencio

Quién lo creyera.

Mi silencio, que pareciera el silencio que en los hombres engendra la
soberbia,

no es más que ese apagado callar del que no entiende,

y mira, entristecido,

cómo los sacerdotes humillan a su pueblo

con sus ropas brillantes y sus tiaras de piedras.

TODOS LOS AMANTES SON GUERREROS
(1998)

*A ti capaz de desaparecer
de ser atormentado por el fuego
luminoso opaco ruin divino*

*a ti
fantasma de cada hora
mil veces muerto recién nacido siempre*

BLANCA VARELA

*Ogni amante è guerrier: nel suo gran regno
ha ben Amor la sua milizia anch'egli.*

OTTAVIO RINUCCINI

El forastero

Otra vez ha llegado el arrogante amor sin anuncio
y se ha instalado aquí
donde tu nombre comienza a ser un árbol
que me da sombra con sus siete letras

sin permiso sin prisa —con un rostro tan nuevo
que no reconocí sus ojos antiquísimos
sus garras de milano
su paciencia—
ha dado órdenes para que el sol alumbre
y ha clavado su espuela
aquí donde tus ojos me pierden y me ganan
aquí donde tu voz
donde tu mano
lustra la piel de este animal que tiembla

hirsuto y tan hermoso
que ahora es guerrero el sueño al que despierto
mientras la muerte huye

de nuevo estoy a salvo

Ahora

Me has enseñado a respirar.

JUAN GELMAN

Porque ahora paso mi mano sobre el envés de las hojas y sé leer su alfabeto
y si cierro los ojos oigo correr un río y es tu voz que despierta

porque mi cuerpo comienza ahora en ti y acaba más allá de la lluvia
donde alcanzan tus brazos y el miedo acuartelado no vigila

y sé llamar las cosas
de modo que éstas salten se desnuden
y todo sea reciente
para mis ojos que aman en tus ojos

porque en mi llanto crecen plantas carnívoras
y mi sangre palpita como una iguana abierta

porque ahora mi cuerpo recupera sus partes
y nace una piel nueva que derrota el verano

porque me has enseñado a respirar

Noviembre

Y llegaron las lluvias en noviembre.
Y con las lluvias las glicinas malva
florecieron mi patio,
y puntuales, dorados y zumbones
vinieron a golpear en mis cristales
los cucarrones.

En noviembre
tu nombre, de repente, fue el nombre de los días,
y la humedad del aire mi deseo
y tu lengua
un reciente calor entre los nidos.

Y fue para mi sed fiesta la lluvia,
y las glicinas malva
fueron para mis brumas soles perdidos,
y los torpes insectos contra mi puerta
una gozosa, chispeante orquesta.

Voyerismo

Te imagino desnudo y aún húmedo bajo la luz de la lámpara,
como un moderno dios
que se apresta para la ceremonia. Pausadamente
te pones la camisa,
y el negro sobre el blanco
te hace repentino señor de la alcoba en desorden
y señor de la noche y de las mil estrellas
que envidiosas te miran y te ayudan a amarte.
Mi placer, solitario, es muy perverso y dulce:
ahora y siempre puedo contemplarte
detrás del ojo de tu cerradura.

Por el camino de tu lengua

Por el camino de tu lengua yo podría llegar hasta la negra Abisinia
o cabalgar hasta Bengala o Nankín
porque ella es sabia como un viejo maestro que enseña sobre el cielo
las rutas de los pálidos cometas

porque tu lengua es poderosa como la de la mantis que da vida y da muerte
y sabe tejer formas como la poesía
y es diestra en lides y ducha en argucias
y canta una canción remota y mágica que invita al extravío

Pero por el camino de tu lengua viajo más hondo
hasta el lugar donde naces gimiendo con un tremor antiguo
y me sientes flotar reciente y húmeda

hasta el origen
donde sueña la bestia su sueño más profundo
y el placer es un banco de peces que relumbra
entre sales marinas

hasta mi centro
donde veo lo que no ven mis ojos cegados por las luces del mundo
donde no existe la palabra

la torpe mercenaria

Agujas

De siglos vienes desde siempre venías
a cumplir esta cita

yo esperaba
tejiendo con paciencia mis palabras

y ahora que has llegado
es un naufragio un día sin no verte

y el tejido se enreda y sumo y resto
y en mi álgebra una hora es sesenta ausencias
y una ausencia es la vida que se va de las manos

y verte es el reloj sin manecillas
el instante impotente
el beso que hoy me das y mañana me quitas.

Poema con cita

*Me propongo, amado, ser para ti la superficie
ser para tus ojos sólo cuerpo
ser para tu lengua sólo ritmo
ser información para tu red.*

MYRIAM MOSCONA

Dice Walter Benjamin que hay una esfera de entendimiento humano
inaccesible a la violencia: la verdadera y propia esfera
del entenderse, que es la lengua.

Descreo, con pesar, de Walter Benjamin.

He oído con fervor cómo tu boca hace nacer de nuevo el mundo,
cómo nombra con palabra precisa lo que antes fuera para mí torpe aleteo
de mariposa errada. Y te he amado en la oscura revelación del verbo como a
un dios.

Yo, por mi parte,

he inventado para tu oído historias que envidiaría Xherezada
y he querido que me ames tendiéndote la trampa del poema.

Y sin embargo henos aquí,

enredados como viejos teólogos que discuten sobre pobres minucias
buscando entrar al cielo.

Se olvidan ellos
olvidamos nosotros
que el parloteo informe del universo surgió de un magma de silencio
para distraernos de dios, de nuestro miedo,
y que en tu médula, en mi médula, más allá de los fuegos y las duras
tormentas,
sólo queda silencio.
Pasa amado tus dedos sobre mi superficie, donde hallarás mi hondura.
Y yo pondré mi oído sobre tu pecho para oír los latidos de la tierra
que tiembla.

Porque es sola la noche

Simplificado el corazón, pienso en tu sexo.

VALLEJO, TRILCE XIII

Pienso en tu sexo
nombro tu sexo lo convoco
rayo y halcón o quizá algo más dulce
y menos literario
tu otro corazón atropellado
un otro corazón que va encendiendo lumbres
redimiendo mis sombras

Sentir tu sexo amor su dura lluvia

pero nombrar tu sexo vuelve papel tu bella furia ciega
te aleja de mi sexo que está triste
porque es sola la noche
cuando escribo tu sexo cuatro letras
cuando pienso tu sexo y el tiempo abre un paréntesis
y estás en otra parte
y cruzas otro río

Minotauro y desnudo

(Pablo Picasso)

Oh poderoso minotauro
la fuerza de tu amor ya anuncia la ruina el despojo las lágrimas.
No es fácil resistir la luz de tu hermosura.
Esa pequeña mujer vive su muerte entre tus brazos
y es claro que agradece al pintor
que la haya condenado por una eternidad
a ser de tus poderes poseída.
Su realidad de tinta la salva de la pena
de la ruina el despojo las lágrimas
oh brutal despiadado minotauro.

Bonjour tristesse

Ah, chéri

volvemos a nacer y estamos muertos

entre dentífrico

champú

café con leche

abro la ducha y corre sobre mi cuerpo el agua

con llanto pleno corre y es un río lejano

y en el río tu orina su música amarilla

y la espuma en mis muslos

y en mis muslos la vida

y entre tú y yo las calles

y el día por delante

y el año por delante

y el siglo por delante

y atrás

amor no quiero baúles de recuerdos

tumbas donde no hay fuego

sarcófagos fatales

y tú flotando muerto entre tus ruinas

desayunando muerto
y muerto en tu alto lecho nupcial

chéri no entiendes
tan sólo importa el hueso
y en el hueso la llama
y la llama en el ojo
y el ojo en cada mano
y en la mano la piel
estremecida
y el agua de la ducha corriendo por mi espalda
y el cielo azul

azul

mientras en las noticias dicen que el mundo sigue
y el espejo me anuncia que estoy sana
no salva
y el día por delante
y el año por delante
y el siglo por delante
y tú chéri en tu río
en tu espejo
en tu calle

chéri
no entiendes nada.

La luna llena

a Gretel Wernher

Aquel hombre con su simpleza rústica
al ver que nos marchábamos
torpes aún
marcados
con los ojos lluviosos y los labios
en su lumbre encendidos
sentenció

van a perderse de la luna llena.

Ah, la luna llena que no vimos juntos.
La que hoy vuelve puntual
sola en su cielo.

Diciendo adiós

Cómo olvidar tu más entera noche tu tristeza infantil debajo de las sábanas
tu rostro de doce años que jamás contemplé
y la casa encendida de colores
el olor a pintura como un mar silencioso donde el horror navega mientras el
padre muere
entre suaves quejidos muere el padre
y tú te haces un hombre a fuerza de llorar sin una lágrima.

Cómo olvidar tu duro rostro adulto
donde asoma a escondidas un niño que me mira
como quien se despide detrás de una ventana.

Como un árbol

Como un árbol que agradece la lluvia
desplegando sus ramas
así empapada yo de tu deseo
florece de palabras.

Ahora, como un árbol en invierno,
desnuda, despojada,
quiero hundir mis raíces en la tierra,
beber su savia.

Y callar como un árbol. Vestirme de silencio
para oír lo que dentro de ti chisporrotea
y sin hablar habla.

Caleidoscopio

Caleidoscopio tú tus largos huesos
y tus ojos marrón agualuna vinagre

y el cuerpo luminoso cruzado por la sombra
hoy bestia que se muerde su propio flanco en llamas
mañana gris crepuscular y triste
y triste sin remedio ayer en tus espejos
que giran en mi ojo eternamente

(vértigo del azogue
cielo de fuegos fatuos
mentira de colores)

encendido en tu hoguera y frío frío frío
¡tascas tan bien tu freno
duro potro!

Puedo imaginarte imaginar tus enfermedades la peste de tus mañanas
la habitual ceremonia la tenaz persistencia con que vuelves al mundo
ángel lívido y óseo con las alas cortadas
la muerte entre las cejas
y el fuego el fuego de tu sexo dormido

tu “infantil espejismo” y tu llanto hecho roca
y la transpiración de tus axilas que desata las aguas del deseo

Caleidoscopio tú tu miel amarga
los fieros finos dientes y la mansa sonrisa
y el corazón
el corazón un agujero negro
un cuarto inhabitado
un iceberg
una llave
que no sabe su puerta

azul
dorado
sangre

brillando en mi galaxia como una estrella muerta.

Más tarde será tarde

¿O siempre ha sido tarde, amor, aunque nos dieron todo,
el tiempo y el lugar y esta furia de alas?
Siglos y siglos y cualquiera diría
que han venido a encontrarnos paralelas las horas.
¿Pero cómo se explica que sean las cinco y cinco en tu reloj
y el sol queme las lilas que encienden tu terraza
y en cambio
sean las cinco y cinco en mi agonía
y vaya dando tumbos, tropezando,
hiriéndome en lo oscuro?
Desde la ventanilla del tren yo me despido
y tú eres el que viaja. Y cuando llegas tú hasta mi estación
llueve y no hay nadie.
Habría que parar, amor, todos los trenes
y volver a citarse.
Recuerda: en mi cuerpo batallan
la luz que le impusieron tus oficios de brujo
y la sombra que sueña la muerte entre mi sangre.
Más tarde, te lo digo, será tarde.

Hágase tu voluntad

Al amor le pedí mejores tratos.

PETRARCA

Ah, señor de mis cielos mi dios pequeño
ya entendí que eres tú quien determina
cuándo y cómo se realiza el milagro
y cuál es el tamaño del castigo.
Yo fui la tentadora
pero entiende que tu risa minaba mi cordura.
Viniste a mi llamado
me ungiste
y como Cristo a la hija de Jairo me ordenaste
resucita muchacha. Y yo que estaba muerta caminé.
Y tus manos tus sabias manos de maestro lavaron mis heridas
y mi cuerpo a su tacto despertó sus furores.
Ahora tu omnipotencia sin explicarme nada me pone de rodillas
me dices calla me dices arranca
esa víscera oscura que te avasalla el pecho. Y sellas con tu mano
(con la que no perdona) mis ojos de mujer concupiscente.
Vuelve al polvo me dices y aunque hablas a mi oído

tu voz es poderosa como un viento entre ruinas.

Yo

que no entiendo de olvidos

quiero romper tu imagen

escupir en tu nombre como un perverso hereje.

Pero detrás del índice castigador vislumbro

relámpagos de amor. Ah dios de ojos de piedra

señor de mis dolores

por ti yo bebo el cáliz de sangre hasta las heces.

The rest is silence

Tu ausencia
ha hecho que para mí la música sea triste para siempre
y que me duela Schubert de costado
y que la lluvia
su tintineo contra la ventana
parta mi pecho en dos

por ella
no resisto que cante la tanagra
ni que Lou Reed camine por un lugar salvaje
ni que un canto pueril se oiga en el aire
sin que le diga algo
al tonto
atribulado corazón

porque tu ausencia
es una aguja ciega
que cose a mi garganta las palabras

lo demás es silencio
y reinan los fantasmas.

Verano

A esta ciudad de lluvias y monótonas nieblas
la ha abrasado un verano repentino, implacable,
que hace que las adormideras cierren exhaustas sus hojas
y las mirlas chillonas se silencien y nos miren con aire inquisitivo
sembrando el aire tenso de presagios.
Hoy es domingo y la gente se ha volcado a la calle con sus ropas ligeras
a celebrar la vida,
el sol que brama sobre sus cabezas.
Yo he venido a sentarme en este parque donde los paseantes extienden sus
cuerpos
sobre la hierba tierna
y agradecen la brisa con los ojos cerrados.
Miro hacia tu ventana ciega a los resplandores que el sol pone en mis ojos.
Es demasiado sol para mi pena.
En su copa los árboles son verdes y frondosos. Pero sus troncos
se descascaran ya, sin el don de la lluvia hace semanas.
Y la tierra, la tierra donde hay tréboles y hormigas
comienza a abrirse en grietas. Es verdad que las gentes tienen hoy
aire de fiesta. Y sin embargo
yo las veo moverse a cien años de mí, de mi silencio,
de mi pecho sediento

que comienza a sentir, como la tierra, los ardientes estragos del verano.

Todo se aprende

Hay en mi corazón furias y penas.

QUEVEDO

Para el día en que vuelvas
ya habré hecho mi aprendizaje con persistencia animal:
me alimentaré de vísceras
de raíces
comeré tierra como Rebeca la del desaforado corazón.
Cercenaré mis senos
para que no suspiren por tus manos de ciego.
Y no vestiré luto. Pisaré cuchillos
me haré picar por alacranes
hasta volverme inmune a su ponzoña.

Me encontrarás de piedra
me encontrarás amarga

¿Me encontrarás?

a Consuelo Gaitán

Tu nombre

Cuando el dolor ha triturado ya el último hueso de mi noche
y sólo habla el silencio al corazón insomne que hila y deshila penas y
memorias

viene tu nombre hasta mi cuarto a oscuras.

Con un galope seco viene tu nombre abriendo
un camino entre nieblas

instaurando sus voces sus redobles

sus erres que retumban como un grito de guerra
su bronco acento de campana rota.

Tu nombre es tantas cosas:

el recuerdo de un barco que viene de ultramar y sus tercos marinos

el fuego entre la piedra

gota roja

que va tiñendo la pared del alba.

En él puede escucharse la voz de los que creen
con mística implacable y fe colérica.

Pero es también dulzura tu nombre

muro blanco donde mi mano traza los signos del sosiego

lugar donde recuesto mi cabeza.

Entre tu nombre y tú sin embargo un silencio

una grieta nocturna donde anidan los pájaros.

Taxi

Todo tan cotidiano tan aparentemente simple
el mediodía del viernes iracundo con su rumor de mosca en el verano
y Bogotá verde vibrante sus parques de pronto alegres tras el cristal del taxi
y allí el sopor el lento andar hacia sitios que son todos ajenos
la canción en la radio como una telaraña de luz que crece y crece

la vida aquí podría ser
pero la muerte
tiene puesta la máscara del carnaval y ríe

y entonces apareces

no
no vienes de fuera del aire estremecido
subes dentro de mí de mi esófago de mi dura garganta
espléndido en tu viernes
debajo de tu sol que no es el mío

la telaraña enreda sus hilos en mis ojos y otra vez te has marchado
y quien me vea ve una mujer que mira sin afán el paisaje
no alguien que va a saltar hacia el vacío
que está saltando ya

mientras mira el reloj sin ver la hora.

Leyéndote

Este libro sin marcas es todo lo que poseo de ti
(yo que creí poseerte)
Otra cosa no tengo
ni un papel con tu letra angulosa
ni un fetiche de veras
—un mechón de tu pelo al que pueda rezarle
o una caja de hueso donde brillen tus uñas como diez lunas muertas—
y ni siquiera una fotografía que pudiera yo hincar con alfileres
o “esa ropita tuya” olorosa de ti de la que habla Juan Gelman.
Sólo este libro desnudo en sus márgenes
que leo con mis dedos que toco con mis ojos
donde te busco como si contuviera
todo lo que callaste
lo que ya no dirás a mis horas vacías
duras y lancinantes como un colchón de piedras.

De qué materia

*¿Serás capaz de escucharme, de comprenderme
si te hablo de mi larga y enfermiza tristeza?*

HÖLDERLIN

Miro mi desnudez:
miro mis piernas extendidas sobre las sábanas,
los desolados pies,
la cintura que ayer apenas abrazabas con ciega confianza,
los brazos sin amor.
Y las manos que son siempre tan decididamente nuestras,
que podrían bailar solas en una inmensa sala con muchas otras manos
y seguirían hablando de lo que somos.
Y me pregunto viendo mi piel, el vello leve que le da sus reflejos,
de qué materia he sido hecha,
por qué sangro por cada poro desde siempre
pero de modo más hiriente desde que faltas en mis noches sonámbulas.
Con qué barro amasaron mi cuerpo,
de qué volcán sacó mi artífice la lava con la que formó mi corazón
condenado a hervir hasta mi última muerte.
Y quién pudo lanzarme así, inacabada y maltrecha,

quién pudo insuflarme al lado de la vida
esta mi larga y enfermiza tristeza.

Ha de ser un dios con entrañas de perro, inclemente y atroz.

Pero para evitar la blasfemia pienso en una torpeza de los astros
que luego, creyendo compensarme, te pusieron entre mis coordenadas,
sin saber que cosían mi destino con agujas candentes.

A lo lejos

No insistas. Alguien allá a lo lejos está matando el sueño.

Alguien destaza el corazón del tiempo.

Alguien allá a lo lejos acaba con él mismo.

Diario

Cada mañana es ahora un rectángulo blanco una pulcrísima hoja
que despierta mi miedo
qué hacer con el dolor dónde ponerlo
aplicarse a la vida con método con furia con tinta ir cometiendo
el limpio asesinato
matar matar el tiempo oh dulce paradoja
acuchillar los días mientras tú vives sano como un animal joven
garrapatear borrar poner las tildes
organizar sobre las horas limpias la fiebre la obsesión el desamparo
y esperar otra noche
y esperar otro día
una rayuela eterna pintada con tiza de colores
y saltar arrastrando la pizarra
domingo
lunes
martes
y al final ningún cielo.

Confesión

Escriba usted
estoy matando un hombre con aplicado estilo
y método y llorando y mire señor juez mis manos pulcras
no podrían siquiera torcer el cuello frágil de un gorrión moribundo
al que ha cazado un gato
y lo acuchillo
lo abro de parte a parte lo desgarró en las horas
del alba porque
escriba
él ha tomado abierta posesión de mis huesos
ha arrasado mi puerta y deambula sonámbulo con furias de naufragio
y no respeta ley
y resucita a la hora del almuerzo y me turba
con sus ojos dementes de hechizado.
Señor juez mi cordura termina donde empiezan
sus besos de arduo filo
y el nudo de delirios de mis noches sin tregua
en que baja a mi lecho y extiende su hermosura.
Estoy matando a un hombre que nace cada vez como una flor maligna
y se bebe mi aire.
Deje constancia de que confieso el llanto la impotencia

y que actúo en defensa señor juez de mis restos
dolidos y sangrantes.

Precisamente

Mientras escribo este verso
millones y millones de seres respiran todavía en mi viejo planeta.
Prueba aquel una manzana y descubre un gusano entre su pulpa.
Una mujer escribe una carta y solloza.
Abre la tierra este otro con sus manos, y transpira y no piensa.
Y en una esquina una muchacha espera a un hombre que no llega.
Miles de hombres y mujeres abren sus ojos y recuerdan su cuerpo y sus
tareas.
Cientos de esófagos, de glándulas, de hígados, hacen su inocente trabajo
y el amor resucita caricias a un millón por segundo
y alguien se juzga feliz
y un hombre compra una cuerda y la cuelga
del árbol que en su patio florece.
Tosen, cantan, defecan, multiplican, parten su pan, aceitan su paciencia,
bufan, escupen, besan, timan a su vecino,
mienten, mienten y ríen, mienten sinceramente y apuñalan
o leen un poema,
y éste se hace un bistec y aquel cae de bruces y ya no se levanta,
y Rosa estrena su vestido verde,
y Allan le ha pegado a su joven mujer y se emborracha
y Gore cría peces en su bidet y apesta

y Lina se masturba

y Pedro se masturba

y Amarilis se pinta las uñas y camina desnuda por su cuarto en penumbra.

Millones de hombres y mujeres respiran mientras que yo te busco en la
memoria

y te maldigo a ti

imposible y único

precisamente a ti

precisamente.

Nocturnos

I

V de volar

de ver

vértice

vórtice

lugar para nacer

nódulo ciego.

Como dos altas cejas sobre un mundo de asombros

como las manecillas

marcan las once y cinco en el reloj

como dos piernas que se van abriendo

y allí la rosa del amor. Bisagra

ojo y herida.

Puerta que abre sus alas en mitad de la noche

¿y quién

quién viene?

II

Duermes

respiras como un niño

pulsa tu sangre el tiempo en otro espacio

más allá de mi abrazo.

En mi oído nocturno

el pequeño animal gime gozoso

y eres final y mío.

Música del amor en mi desierto

asma de los deseos

cortadura.

III

Otro vendrá. Ocupará tu lugar se beberá tu aire
tomará posesión de mi cadáver.

De tu mano

La ciudad pavorosa, la que atropella y no pide perdón,
fue de tu mano
una ciudad donde los árboles crecieron de repente para darnos su sombra
y donde una ventana, alguna noche,
fue un astro milagroso alrededor del cual gravitó lento el mundo.
Los parques que pisamos florecieron
y los hombres paseando sus perros o sus penas nos parecían más humanos.
En la ciudad de tristes resplandores que yo no había visto
mis pasos fueron ecos humildes de tus pasos
y la dicha
puso su corazón en los zaguanes y en las calles oblicuas
donde tú me amparabas con tus alas.
Hoy, afiebrada y grave y sin tu mano recorro la ciudad que me otorgaste,
y es un campo quemado por la lluvia de arena
cementerio de sal donde te busco y te encuentro inmortal, despedazado,
en la hierba que terca persevera,
en la banca de hierro, en esa puerta roja,
en el eterno sol que me dice que aún vivo.

Cazadora

Abandonar el muelle subir a un trasatlántico donde mujeres rubias
asolean sus cuerpos mientras los mares cambian de color y de nombre
o volver a nacer en una aldea kurda.

O dejar el deseo entre ropas usadas que heredarán mis hijas
y regresar a ese lugar sin aire
dejar que se deshaga la piel y entre la boca
una nube violácea lance su pestilencia.

Pero persisto
sin estridencia alguna sin fe ni patetismos.

Vivir es una sana costumbre y mira aún respiro
como un torvo animal. Husmeo rastros e imagino tu risa detrás de una
ventana

la pongo como un sello en cada carta.

Esta ciudad es un desierto inmenso y sus arenas ladran bajo mis pies
me queman. Pero aquí sudas aquí bebes amas
mientras te busco.

Alguno te habrá visto y se lleva tus ojos sin saber que me roba.

Esta ciudad me muerde los tobillos

pero no quiero Itaca. No quiero ningún cielo

donde no habites tú donde tus pasos no sean en mi noche una promesa.

Conjugaciones

Lo que no sé de ti.

Si en este instante, cuando se desdibuja el límite entre el alma y la noche,
se oscurecen tus párpados y callas.

Si en uno de tus sueños vuelvo a ser un temblor para tu mano.

Si paso extensa y húmeda cuando bajan la guardia tus olvidos
y pulso algún dolor. O si soy cicatriz, número ciego.

Lo que no sé de ti.

Lo que no supe.

(¡Qué impotencia creciendo adolorida
en mitad del pretérito!)

Lo que no supe: aquello

que parecía entonces pequeño a mis preguntas.

Si te gusta la oscura transparencia del ámbar,
cuándo

leíste aquel poema de Vallejo,

si has oído el silencio de los valles de Utah,

o en qué lugar preciso de tus años

Dios te dejó de hablar.

Y el futuro imperfecto: lo que ya no sabré

de ti. Qué penas
habrá en tu duro cielo por mí desalojado,
cómo irá haciendo el tiempo posesión de tu rostro.

Y sin embargo sé lo que tú no podrías saber
porque es aquello
que de ti queda más allá de todo,
de tu nombre, tu historia, de tu peso y tu talla,
certidumbre de ti, sol que me habita.

Después de todo

*Es extraño que todo esto va a pasar,
murmuras.*

HARRY ALMELA

De ti, todo parece indicarlo, sólo me queda el dolor.
Como el mercurio ajusta su blanca densidad a la redoma
así el dolor toma la forma de mis horas, toma la forma de mi cuerpo.
Yo lo cuido, lo alimento con las vivas imágenes de tu amor silencioso
como a un venado que ha venido a suspirar a mi puerta,
como a un amigo entrañable que ha decidido quedarse unos meses en casa.
Cuando el dolor se aletarga
y es ya casi otra respiración, casi otra palpitación de mi sangre,
yo me digo: es extraño que todo esto va a pasar,
que un día va a pasar
y entonces quedaré definitivamente sola.

Tango

Hasta mi cuarto en soledad ha entrado repentino
el viernes con su luna,
y su vaga promesa de camas lujuriosas y pelucas
y sus humos sin fuego
y la furiosa música de los automóviles
que inaugura su cielo en cada esquina.
Todo el viernes acaba de entrar por la ventana
borrando las vocales de mi libro
y el silencio es ahora una daga que flota ante mis ojos
y la noche es más noche
y el deseo más mío.

En este viernes, que ha entrado hasta mis platos aún con sobras,
a ti que en algún cuarto cultivas tus insomnios
o que bailas
dichoso porque vives, o sueñas sueños hondos
donde alguien traza signos de amor sobre tu pecho,
a ti que me olvidaste antes de verme
yo te habría querido.

Oración

Ahora que ya me he ido amor y que la noche
cae como negra plomada sobre mis sueños truncos
ámame en ella
en su cuerpo extendido en la miel de su oreja
en su pie tenso ámame y en su mano entreabierta

En ella
cuyo nombre envenena mi lengua
que querría colérica maldecirla mil veces
pero que se detiene porque sabe que la amas

Ámame en su manera de llamar a la mesa de cuidar a sus pájaros
en su respiración que me robó mi aliento
en su andar por la casa y en sus besos cansados

recórreme en su piel sea blanca o morena
y abraza mi cintura en su cintura
cuando se enturbie el sueño y te habite de nuevo la soledad de siempre

Ámala a ella amor con esa sed de barco con la que ayer me amaste
regálale mi olor otórgale a su vientre
el vértigo quemante de mi hoguera

mi soledad con poco se consuela.

La risa

Atormentados y finales como un desahuciado reciente
que apenas balbucea y maldice con ruda palabra su suerte

así tú y yo amándonos y odiándonos
cada uno en su esquina en su pequeño espacio de verdades
levantando su precario edificio de naipes

Y entonces
un roce un gesto una torpeza inevitable
hacía caer la risa sobre nuestras cabezas
como un paracaídas de colores que abre todos sus pliegues
y se tensa
y deja que entre el aire y lo conduzca
caprichoso y seguro hasta la tierra

La risa hacía que los cuerpos se buscaran
dóciles ahora y alegres
perdonando

Tu risa vuelve a veces con sus ecos
hasta la noche altísima donde te has instalado como un silencio nuevo
y yo río contigo te celebro

Y mi risa es mi llanto.

Colorín colorado

Porque viéndolo bien

—seca la sangre ya
en mi patio las vendas extendidas—

habría que agradecer
la limpia curva que trazó la fábula

(tan distinta a la vida
tan distinta)

Fue hermosa hasta en su dura manera de romperse

Y hasta el dolor fue espléndido
como el tendón de un toro
un bosque ardiendo

Contada fue con palabra precisa
y perfecta en su tiempo

porque al príncipe nunca le hizo daño el hechizo
porque aunque se anunció

no llegó el lobo.

Como con una espada entre indefensos

He aquí que finalmente he vencido y abandono las oscuras moradas
donde un fuego sin luz me consumía
y mis ojos amargos se abren a la inocencia de un día ya olvidado
a sus voces plurales
al ritmo laborioso de unas gentes que miro con exaltado asombro
como quien vuelve de un sueño de siglos
con el pecho marcado de azules cicatrices.

La vecina que riega las plantas tiene la frente alegre como sus margaritas
y la mañana tiembla en cada hoja
y reconozco la delicadas trampas del tiempo
en el tendero que envuelve el pan con sus manos ajadas.
Allá a lo lejos la música infantil del carrito de helados
traza sus signos.

Por un instante flota como frágil bandera de lo irrecuperable
como un pregón que paraliza el viento.

Pero la vida arrecia con su incansable danza menuda
y su aire frío cala mis huesos y la sólida
certeza de que soy
de que aunque rota
de nuevo estoy a salvo

asciende en duras lágrimas.

La mujer de Lot

Hoy vi que a ese lugar donde te amé con impaciencia
—y donde fue temblor nuestro silencio
cuando anunció con voz eterna la alondra de Julieta
que ya se alzaba el día—

llegaban implacables los hombres con las palas y las picas
y el bulldozer rompía la ventana que vio cómo caía la lluvia
cuando tu voz fue abrigo
y cielo despejado sobre mi cuerpo tibio tu camisa

Allí estuve mirando entre el grupo indeciso de curiosos
cómo caían las tapias cómo se amontonaban los escombros
y el polvo levantaba sus estrellas fugaces
caía sobre mi piel sobre mi pelo

Suele la vida que creemos a veces insensata
urdir sus torpes símbolos
pensé

Para recuperar tus ojos debí cerrar los míos

Allí permanecí hasta que comenzó a llover y todos se marcharon

y callaron las máquinas y el mundo
calló también
mientras la noche abría sus aleros de sombra

Entre las ruinas una pequeña estatua de piedra me miraba
desde su maltratado pedestal
Sus ojos y su aridez de sal me persiguieron
por las calles que un día
fueron el corazón ansioso de mi mundo

Educación sentimental

Aprende la lección: mata los pájaros
no sea que al verlos volando en tu jardín
quieras volar.
Luego cierra tus ojos al paisaje.
Ponte piel sobre piel y cuenta las baldosas
y cuenta las palabras
no prodigues
no llores ni mires hacia atrás
y corre respirando con método con ritmo
sin resbalar jamás
hasta la muerte.

TRETAS DEL DÉBIL
(2004)

Tretas del débil

JOSEFINA LUDMER

PALABRAS INICIALES



1

Blanco azulado, blanco membranoso,
cielo ciego, violeta, nudo cárdeno,
y un tambor,
un tambor,
un tambor mudo,

el mundo un mar,
un mar,
un mar el mundo.

Blanco
 azulado,
blanco
 membranoso.

Empuja,
 puja.

El mundo, cielo ciego

(el miedo es un gran mar,
un mar violeta),

meconio y miedo y vísceras
y un rojo resplandor detrás del párpado,
y la muerte enrollada a la garganta,

y la vida empujando:
un sol te llama tras la herida abierta.
Empuja,
 puja.

De mierda y miedo y sangre traje la piel manchada.
Mi madre olía a sal y la luz me cegó.

Ya no hay regreso.

2

Allí,
en aquel mundo que abría su grieta entre la bruma
yo vi manar el agua hirviente de la tierra,
la adormidera que se cerraba dócil a mi tacto,
la luciérnaga, metáfora del tiempo.

Allí ya estabas tú, temblando, aún sin palabras.

3

Comprobaste
con asombro dolido
que no era bella tu muñeca reciente.
La vida incompasiva no había puesto en mis ojos
el verde musgo que alumbraba los tuyos.
Y sí una fea mancha carmesí
sobre el labio infantil. Pero, puesto que la belleza era tu credo,
ibas a batallar contra la injusta
naturaleza. “La voluntad todo lo puede”
nos dijiste siempre,
tú, la porfiada hacedora de milagros.
Todas las noches, con terca convicción,
frotabas mi tabique suavemente
para afinar lo torpemente hecho
por la divinidad. Y con firmeza regeneradora
con gruesas vendas moldeabas mis huesos
mientras dormía: una pequeña momia en su sarcófago
de perfección.

Toda una vida
tratando de romper las ataduras.

¡Ah, esas extrañas formas del amor!

4

La cometa golpeaba el azul
iluminando la pupila como una estrella de nombre desconocido.
En mis manos la cuerda abría heridas.
Pero lo fundamental no sucedía allí:
arriba la belleza desplegaba sus gracias lejanísimas
y era cuestión de abandonarse y volar.
Sentía el vértigo de aquel inverso mar, su escalofrío.
(El vértigo,
que es deseo de caer y terror
de caer).
Sin embargo, la tierra jalaba ya de mí como si fuera
su más valiosa posesión.
A ella me aferraba, pero mirando el cielo.

Yo era el viento,
las nubes, los colores,
la cuerda tensa, el césped, la pupila.

En la altura
qué sola se veía la cometa.

5

Tenía miedo de tu miedo
y miedo de mi miedo.

De tu castigo justiciero,
del brazo en alto
que pretendía detener mi llanto.

Cómo he temido luego la furia de los débiles.

Me regalaste un pájaro monstruoso
de alas sombrías y pico carnicero.

Alimentarlo
fue mi mejor manera de quererte.

El pájaro vigilaba mi jaula como un verdugo ávido.

Yo pensaba que el mundo era cosa de hombres,
mientras mis senos
crecían en abierta rebeldía.

6

Pero yo era el gato con botas el sastrecillo valiente la hija número tres la
doncella que duerme yo era la flecha el arco la puerta de cristal el pasadizo
la luz que en la penumbra del polvo hacía estrellas

Y del infierno se podía volver con los tres pelos del diablo entre los dedos

y las palabras mágicas

y las palabras mágicas

y las palabras mágicas que intento todavía.

Ha llegado un médico nuevo, dicen,
ha alquilado una pieza en el hotel de la plaza,
ha abierto su consultorio en el callejón que sale a Otramina,
en el otro extremo del pueblo.
Desde hace una semana el médico nuevo ha puesto un letrero en la puerta,
su diploma en la pared recién blanqueada,
y se ha sentado a esperar.
Los niños asoman todas las tardes sus cabezas curiosas,
las mujeres pasan de prisa, pero aprovechan para mirar de reojo,
los hombres en sus hogares han dado órdenes perentorias.
¿Qué puede saber un negro de medicina?
Se quedará esperando el enfermo que llegue a describir sus dolencias.
Cuando regresa al hotel, cada tarde,
los jugadores de billar suspenden su juego, con el taco en la mano,
y lo miran sonriendo,
orgullosos sin duda de la piel que reviste
sus almas blancas
como el marfil con que hacen carambolas.

8

Cae la noche a mediodía
como un anuncio
de tempestad. Los animales
se inquietan, y las flores
tiemblan en sus macetas como muchachas tontas.
Los sombríos corredores de la infancia,
se encienden de bombillas
 fantasmagóricas,
y todo te habla
de ansiedades futuras que ya tu carne siente.

La madre ha ido, con el primer relámpago,
por la palma bendita. Si la quemamos, dice,
no habrá ya ira en los cielos.

Dios amenaza y ruge como el cura en su púlpito:
en el centro del mundo que es el patio
cae el ruido estallando con sus chispas de fuego.

Pero el humo sagrado
ya ha empezado a ascender.
No tengas miedo.

El sacrificio

doma el furor divino, no lo olvides.

Alista tu cabeza sobre el Ara.

9

Mi hermana mira sus manos todos los días
cuando amanece. Una, otra vez
mira sus manos. La
procesión de leprosos pasó camino al alto
en peregrinación, rotas sus caras
donde brillan los ojos con el brillo vidrioso
de la muerte. Alguno pidió para su sed
un poco de agua, y el vaso
fue roto noblemente contra la piedra impávida.
La lepra es contagiosa. También
lo es la tuberculosis. Seis jovencitas bellas y tristes,
hermanas de la abuela, murieron una a una
en su casona. Agitaban sus manos
para decir adiós desde su encierro,
como aves blancas que vuelan a morir en otras costas.
Mi hermana mira, pues, el dorso de sus manos
espionando alguna mancha que anticipe la peste.
No lo sabíamos:
nacemos ya mordidos, hermana, por la muerte.

10

Sobre las mesas, debajo de los humildes toldos,
los frutos que han bajado del cielo
para la fiesta de san Isidro.
Ahora iluminan el rostro de los niños
que en la cocina empinan la mirada curiosa.
Éste es cárdeno y encierra una carne blancuzca
que enripia el paladar. Aquel derrama miel oscura y otro
provoca el estornudo con su polvo taheño. Uno más,
ahusado, pela la lengua y llaga la garganta. Todo
lo agreste en ellas arde y funda
memoria. Pero lo milagroso es la palabra
que otorga ser: caimito, cañafístula, piñuela,
algarrobo, madroño, sande, uchuva.
Música que se levanta como ola
negra y cargada de brillantes peces.

11

En el jardín, mi madre está cortando blancas azaleas
para el altar

donde las estudiantes pedirán a la virgen
su gracia inmaculada.

Mi madre es más hermosa
que la madona de rostro inclinado
y ojos bovinos. La luz de sus manos
compite con la pálida tersura de las flores.

Pero ahora se engaña y asustada
suelta el ramo en la hierba: en vez del tallo
ha tocado la piel de una serpiente.

La belleza descubre su entraña venenosa,
su lengua bífida. No hay pie que oprima
la pequeña cabeza retadora.

12

Por la calle empedrada la procesión avanza
detrás del ataúd. Es blanco. Un niño
ha muerto, dicen en la mesa.

En la cocina
se cuenta que murió de culebrilla.
¿No era la muerte sólo de los viejos?
Mientras me da el jarabe

Anita dice: ahora es un ángel. Siento
que es más amarga hoy la medicina,
pero la trago sin cerrar los ojos.

13

La bestia yace rígida y hendida,
sin su jinete.

A ese caballo que trota loco por el monte le han herido en los ojos.

Y ese otro agoniza con las patas quebradas.

Los jinetes eran rojos o azules, qué más da,

la sangre siempre es roja y ahogó sus gargantas

cortadas por el rápido cuchillo. Y la muerte es azul

como una flor enferma. Los traerán

en costales de fique,

extenderán sus cuerpos bajo la tierna luz de la mañana

mientras los niños suman en la escuela.

¿Cuántos?

Uno era Luis el personero.

Dos, Bastián, el vendedor de lotería.

Tres, el sargento Jaramillo.

No alcanzarán los rezos para todos.

El miedo sí.

No mires. Ya los traen.

14

Te despierta el rumor, el río aborregado de llanto
y maldiciones. La noche sobrevive a las hogueras
que se encienden,
y allí los ves, detrás de la rendija,
lejos de tu gran ojo,
en la plaza que los mece y acuna
—oscura turba de pavor y polvo—,
gallinas
crucificadas, cerdos,
y una historia que queda atrás como los muertos
picoteados por invisibles gallinazos.

15

Cuando mi padre fue un punto lejano en la bruma de la mañana,
cerró mi madre los postigos
y empezó su tarea.

En papel encerado envolvió uno por uno los platos de la vajilla inglesa,
la quesera de peltre, los sartenes,
la estola, los manguitos, el sombrero de fieltro de la boda,
El tesoro de la juventud que mi padre había pagado a cuotas,
y la máquina Singer,
con la que había cosido su joven matrimonio tarde a tarde,

su soledad
pespuntada con triste mansedumbre.

(Yo sostenía el aire, me hacía mayor
en la complicidad que nos unía).

Enseguida, con su caligrafía de maestra
de largas *eles* pálidas y vocales rotundas,
escribió en un pedazo de cartulina blanca:
“Vendo muebles y enseres”.

Lo demás fue esperar.

Doña Noema tenía unos senos grandes, oblicuos, como alas de oca:
su abrazo era temible, su olor a regaliz.

Enith y Ester, las turcas, hablaban en su lengua, y sus palabras
picoteaban el aire, los espejos, los manteles abiertos
entre sus manos cubiertas de sortijas y piedras de colores.

La dignidad de Jesús, el carpintero, era seca y nudosa
como su espina dorsal. Palpaba

las superficies de comino crespo, olía el pino,
daba ligeros golpes al armario inclinando la frente.

Mi madre decía el precio de cada cosa
calladamente, como quien se disculpa.

El tocador, la vitrola alemana, la cunita de mimbre, las macetas.

Cuando llegó mi padre, el sol caía ya,
sembraba el empedrado
de círculos de luz como monedas.

¡Se ve tan solo en medio de su asombro!

Tan pequeño entre aquellas paredes despojadas,
bajo los altos techos donde el eco resuena,
donde resuena un invisible llanto mientras mamá sonrío, sudorosa.

(Me corresponde hoy imaginar la historia
que no le oí jamás,
silenciada tal vez por el deseo de no haber sido aquel
que una vez fue).

Soñar una pieza de hotel, con una cama estrecha
y una lámpara y un escaparate
para sus dos vestidos, *Selecciones*,
los libros heredados que incluían
un vademécum donde la difteria era una enorme lengua supurante.
Puedo también soñar un radio enorme,
oír antes del sueño las voces extranjeras
hablando de la guerra,
 Rommel, Hitler,
los tanques de Leclerc,
y un llanto que sin lágrimas lloraba
una orfandad a medias. Puedo soñar sus sueños
pero temo
detenerme temblando sobre el verso
vencida de piedad. Sé que un insecto
trepaba hasta su pie regando baba,

y que aquel niño-hombre le temía
tanto como a la luz de la mañana.

18

Desde la ventanilla del viejo bus
veo el mundo correr,

los árboles correr,
correr el viento,

el niño que dice adiós correr,
el postigo, la alambrada, el camino.

¿Son ellos
los que se van,

son ellos los que huyen?

Mi hermana y yo llevábamos abrigos:
ella rojo y yo azul,

mi hermano duerme.

No lloren,
madre,
padre,

el llanto de un adulto es una piedra
en la espalda de un niño silencioso.

19

No sabes lo que llevas
en tu valija. Cuando la abras
volarán golondrinas
y murciélagos a los que harás cantar
para espantar el miedo.

¿Quién dice que hay palabras
para nombrar lo ido?
Como obstinados contadores de sueños,
hablamos de un rayito de luz
en una
habitación anochecida,
pintamos las pequeñas partículas de polvo,

oro que cae en nuestro corazón.
Una tía que amamos a pesar de sus cóleras
va por los cuartos muertos
con un candil,

la Carta Roja,
tomada a cucharadas en la noche de fiebre
es
 apenas un color,

el de la sangre
que cae de la nariz sobre el tazón de leche
como señal temprana de la muerte.

21

Allá abajo
la ciudad nueva, la inventada por ti,

que ahora te retocas los labios,
te embelleces para ella.

Qué bonita
familia,

como para un retrato.

Abran, niños, los ojos
y sonrían.

LUGARES COMUNES



Día libre

Yalila, Moraima, Zulena.

Sus nombres suenan como agua derramada en aldeas ardientes
de extrañas geografías. Van frescas y ruidosas
alumbrando el domingo bogotano
como soles inversos. Son las muchachas negras, en bandada,
que han dejado sus cuartos, sus cocinas,
y van a un baile, al cine,
parloteando alegres mientras fuman Pielroja.
Los viandantes las miran
levemente curiosos,
como a extraños satélites de su blanco planeta,
sin comprender la música sagrada
y montaraz y antigua de sus risas.

Instantánea

Desde el automóvil —la luz en rojo—
yo los veo pasar en fila india.

Adelante va el viejo.

Sus pasos amplios, dobladas las rodillas, la cabeza inclinada,
como animal que han castigado muchas veces.

En la mano la bolsa,

y no sé adivinar, pero allí pareciera
residir el precario equilibrio de su cuerpo.

Detrás, alto el mentón,

los ojos más allá de esta calle, en otra calle,
un hombre en sus treinta años va montado.

Y el niño atrás, hijo seguramente, tal vez nieto,
apretando su paso detrás de los mayores.

Vienen de levantar casas de otros

cuyos nombres ignoran. Han lavado sus manos,
han intentado acaso sacar la dura mugre de sus uñas,

y sus cabezas

mojadas y peinadas

brillan con el sol perezoso de la tarde.

Pasa la luz a verde

y yo los dejo

caminando a su ciego punto muerto.

Fin de semana en familia

En el comedor del balneario toman su almuerzo las pálidas familias
todavía los cuerpos ablandados de sales las cabezas peinadas
y los abuelos lucen las camisas baratas que han comprado sus yernos
y la muchacha fronteriza
sonríe bobamente mientras la madre suda
y le da con paciencia la sopa a cucharadas.

En el comedor del balneario los meseros atienden a sus clientes
con un silencio eficiente y desdeñoso
y los padres revisan los platos de los niños hasta ver que no hay nada.
Hablan de tanto en tanto sobre lo placentero del lugar
mastican lentamente su comida
y miran su domingo que afuera languidece
satisfechos de sí de su alegría.

Quizá diría

Si ese hombre con sus pústulas dijera,
pudiera decir yo,
quizá hablaría de una mujer llorando sobre un río de ropas,
de alguien que dice !apúrate! y madruga,
o de cómo sangraba la gallina
allá patasarriba
—pobrecita—,
de una moneda
bajo la lengua,
sí,
y de la zurriaga,
de su chasquido de agua en las espaldas.

Quizá diría
la verdad que le falta a este poema.

Pero ahora llueve,
sobre su frente, en sus zapatos, llueve,
caen las gruesas gotas formando charcos pardos,

o quizá
el sol hinche sus labios

y escupa y sangre y tiemble y nos maldiga
mientras yo escribo aquí bajo mi lámpara,
sin frío ni calor
y ese hombre con sus pústulas
desde su orilla de papel burlón
alza su mano sucia y me hace un gesto obsceno.

Paisaje

El sol del mediodía, su luz sonámbula,
el recio azul del cielo tirante y sordo,
el aire y su ondulante resplandor de hojalata,
las vacas tardas, tontas, en el verde infinito,
y las moscas zumbonas,
tornasoladas,
su círculo de muerte coronando el silencio;
los ojos como espejos, y en los ojos,
el ave circular, la nube pasajera;
y las manos atadas,
y la tierra
donde crecen los yuyos fieramente,
las zarzas, el jaramago, las madre selvas.
Todo esperando el lente de los fotógrafos;
y a lo lejos la risa de las hienas.

Reciclando

Cuando papá en un ataque de rabia mató al gato,
a mi gato Bartolo
porque metió la cola entre su caldo
y porque ya era viejo y no cazaba como debía ratones
y además era caro mantenerlo,
cuando papá borracho lo mató con sus manos,
hubo una gran algarabía en casa.
Vinieron todos, todos;
mi hermana dijo: guárdenme los ojos
para un par de zarcillos, y Martino,
nuestro vecino ciego, se pidió las tripitas
—sirven para hacer cuerdas de violín—
y mi mamá, que al principio lloró, lloró conmigo,
quiso la piel
para ponerle cuello a su chaqueta,
y los bigotes
se los pidió mi hermano Eladio el que es mecánico,
y los cojines de sus patas fueron
lindos alfileteros
para la bruja gorda que vive atrás del patio
y es modista.

Lo que sobró lo hirvieron con sal y con cebolla.
Se lo dieron a Luis, que duerme en nuestra calle,
pues también sirve el caldo de gato para el hambre.
Yo me pedí los huesos.
Uno a uno los muerdo delante del espejo de mi hermana
porque dijo mi abuela
que al morder el que toca se vuelve uno invisible,

y eso quiero.

Página roja

En la fotografía del periódico veo el rostro desconocido,
tan desconocido como puede serlo el de un hombre de campo
para el que Bogotá era apenas una imagen remota.

Arriba el titular de la masacre. Abajo los detalles:
las manos amarradas a la espalda, el incendio del caserío,
la huida mansa de los vivos.

La frente es amplia. En sus veinte años
seguro que algún sueño la habitaba.

Milton era su nombre, y puedo estar segura
de que lo ignoró todo sobre el poeta ciego.

Los ojos perspicaces, la piel tersa, el óvalo aniñado.

Y alumbrándole el rostro, la risa poderosa, como barril de pólvora.

Con esos dientes sanos habría podido romper lazos más fuertes
que los de sus muñecas.

La muerte mancha ya de caries su blancura
y escarba hasta encontrar la fría luz del hueso.

Sin novedad en el frente

En esta misma hora
Cecilio estaría sangrando la vaca:
le diría *quieta* con su voz nocturna.
Y Antonio, en esta misma hora, escribiría
con su letra patoja *recibido*.
¿Qué haría Luis? Quizá le ayudaría
a su hermano menor a hacer sumas y restas,
quizá se despidiera de su madre
pasándole la mano por el pelo.

(Cecilio, Antonio, Luis, nombres conjeturales
para rostros nacidos de otros rostros).

Cecilio es negro como el faldón con flores de su madre.
Antonio tiene acné y sufre los sábados
cuando va a un baile y ve a una muchacha hermosa.
Luis es largo y amable y virgen todavía.

En esta misma hora,
uno mira hacia el sur, donde su hermana
ha encendido una vela. Un gallinazo
picotea su frente. El otro

parece que estuviera cantando, tan abierta
tiene la boca a tan temprana hora. La misma
en que el tercero

(largo y amable y virgen todavía)

parece que durmiera
con una flor de sangre sobre el sexo.
Sobre su pecho hay un escapulario.

Todo en el monte calla.

Ya alguien vendrá por ellos.

Souvenir

En el cuarto de Linda, en Mobile, Alabama,
hay un joyero en hueso con punteras de plata.
Su hermano Joe lo trajo de la guerra.
Bastó alargar la mano, meterlo en el bolsillo.
De todos modos
a aquella chica que parecía mirarlo, censurándolo,
no iba a servirle ya.

(Cuarenta grados, todo aquello hedía.
Era en verdad un hecho milagroso
su rostro intacto, su negra trenza aún viva
sobre el hombro y el pecho destrozado).

En el bar, Joe celebra la vida con ginebra,
apuesta, pierde, gana,
y a veces se silencia.
La muerte lo ha cargado de repentina hombría.

Ante el espejo
Linda se prueba un par de aretes rojos.
En la caja de hueso caben juntos
sus sueños de algodón,

una pulsera,
un broche,

toda la humillación,
todo el oprobio.

El hijo pródigo

Forastero soy en tierra extraña.

ÉXODO 2, 22

Ya no teníamos pasos, ni pies, sólo la furia
de tener que vivir y en la memoria
el rescoldo aún tibio de nuestros pobres miedos,

y las gallinas colgando,
sus cabezas,
sus ojitos abiertos,
la negra sangre hirviendo en sus pescuezos,

y sed y ningún resto de pan ácimo.

Alguna parte debía hacer de puerto
después de los rastrojos, las serpientes, el llanto
de los niños,
de nuestros cuerpos oliendo aún a humo.

Aquí hay y habrá siempre una esquina,
eso me dicen, quédate,

no hay vergüenza en la necesidad,
 tiende tu mano,

y sin embargo siempre estuve erguido
a pesar de doblarme día a día
sobre la tierra o el filón o el río,
y además crecen
paisajes en mis ojos.

Todo es ajeno aquí.

Decidí regresar
porque la muerte allí es más mía que esta muerte.

Jerusalén, julio de 1997

Qué gesto hay en sus rostros, qué palidez acaso,
o qué luz misteriosa iluminando
las frentes y los ojos fervorosos
cuando entran al mercado,
ciegos para la roja pulpa de las granadas
y para el brillo líquido de las cebollas
en que el sol se remansa
inocente y aún tibio esta mañana.
No pueden ver, no ven, no quieren ver,
el rostro del que pesa la col en la balanza,
la espalda de la anciana señora que examina
con ademán pausado las manzanas,
o la sonrisa amable del comprador que alegre
bromea y cuenta una pequeña historia
trazando blandos signos en el aire.
Los puedo imaginar mirándose a los ojos
en una eternidad ya conquistada,
antes de que la furia de la pólvora arrase
con tulipanes, higos, habas, nueces,
y destroce la entraña feraz de los melones,
y el cielo se derrumbe sobre un río de manos.

¿Qué oración poderosa se interrumpió en sus pechos,
donde el amor fue odio por un instante,
y ofrenda y dura ley y víscera sangrante,
y puerta al cielo de los que aún creen
y al infierno de luz que entre sus huesos arde?

Los estudiantes

Los saludables, los briosos estudiantes de espléndidas sonrisas
y mejillas felposas, los que encienden un sueño en otro sueño
y respiran su aire como recién nacidos,
los que buscan rincones para mejor amarse
y dulcemente eternos juegan ruleta rusa,
los estudiantes ávidos y locos y fervientes,
los de los tiernos cuellos listos frente a la espada,
las muchachas que exhiben sus muslos soleados,
sus pechos, sus ombligos
perfectos e inocentes como oscuras corolas,
qué se hacen
mañana qué se hicieron
qué agujero
ayer se los tragó
bajo qué piel
callosa, triste, mustia
sobreviven.

Por el campus

Hace ya muchos días —me digo
mientras recorro las cinco cuadras de cada mañana—
que el hombre aquel de rostro hepático y lengua maldiciente
no ocupa ya su esquina. Habrá muerto tal vez.
Mientras tanto, han levantado este edificio rosa
aséptico y atroz. Y la mendiga de los siete perros,
la vieja bruja
que se alzaba la falda
y mostraba su pubis macilento
tampoco ha vuelto. Ni el abuelito aquel de las manzanas.
Todo esto pienso
mientras camino entre mis estudiantes
de caras siempre nuevas,
sintiendo, extrañamente, con leve escalofrío,
que unos ojos secretos desde siempre me miran.

De tarde en tarde

A mi madre le gusta ir a ese café de sobrias lámparas,
pedir galletas de vainilla,
tomar dos tazas de té negro con parsimonia
como en un acto ceremonial.
Hoy la he traído, pues, cediendo al gesto filial mi tarde laboriosa.
Tras los enormes ventanales vemos correr la vida afuera
mientras hablamos de otros días
y la tibieza del lugar sugiere que la felicidad no es más que esto.
De repente,
como recuperando las palabras de un sueño
ella dice: “Qué lástima que todo se termina”.
Lo dice con sonrisa liviana, pues sabe
que ser trascendental no conviene a la tarde.
(Mi madre cumplió setenta y cuatro años
y alguna vez fue bella).
Al fondo de las tazas el té pinta sus signos.
Yo no sé qué decir.
Miramos la avenida, las caras planas de los transeúntes,
los árboles que callan. Anochece.

Regreso

Uno a uno han llegado los hermanos
atendiendo al llamado desnudo de la muerte.

Regresan

de sus altas ciudades invernales
con sus abrigo fúnebres y sus pequeños odios, sus rencores,
y un miedo antiguo
golpeando sus pechos como una dura aldaba.

Mientras la madre muere lentamente,
reconocen los cuartos, saquean la cocina,
hablan de tiempo,
hablan de patria,
y cuando alza su vuelo el moscardón azul de algún recuerdo,
en la sala en penumbra,
como un grupo de extraños que en un vagón del tren mira el paisaje,
ensimismados, callan.

Ahora está llorando quedamente
la madre sostenida por su cielo de almohadas:
alguien ha de haber muerto —razona— y se lo ocultan.
Si no, ¿cómo se explica que hayan venido todos,
al mismo tiempo todos,
y se vean tan tristes, sus muchachos?

Moab (Utah)

Cada mañana,
cuando las gentes de Moab abren sus puertas,
ven la inmensa cadena de montañas de piedra
que ciñe su pequeña ciudad
como un rosado anillo prehistórico

y allá arriba
el cielo imperturbable,
recién nacido insecto luminoso
que ignora la belleza de sus alas.

Saben los habitantes de Moab
que detrás de las rocas,
más allá de sus vidas ajenas a todo sobresalto,
se extiende un universo de silencio,
dunas,
abismos, lava gris y rosa,
y el viento cabeceando entre los riscos.

Cuando la carretera que atraviesa Moab queda desierta,
el silencio que habita detrás de las montañas
cae sobre sus gentes como una culpa antigua.

Ellos, hombres buenos que viven tercamente sus días,
levantan sus miradas hacia el cielo
y beben de su azul,
beben de su remota transparencia.

Composición

El pájaro
ha venido a posarse sobre la roca
y vibra allí, en lo alto,
como una efímera llamita colorada.
Entre uno y otro vuelo, la dura superficie
da apoyo a su fatiga.
El cuello palpitante, los ojos rápidos,
las patas de bambú,
son pura levedad contra el rigor del risco.
El mar, más allá del furioso acantilado,
es un amplio silencio sin orillas.
Ahora se eleva el pájaro, se fuga,
y el cielo abre su espacio a sus frágiles días.
La roca, árida, invulnerable, permanente,
no necesita al pájaro, me digo.

Rosas

Con el estiércol que arrojan a mi patio
abono yo mis rosas.

Aéreas en sus tallos, de la luz se alimentan
aunque lleven la muerte dormida en sus corolas.

Y su belleza, inútil como toda belleza,
sus espinas inocuas, hacen cerco
al corazón, guerrear
con la bestia que acecha en la tiniebla.

Conversación con Claudia

Dice Claudia que las tardes sombrías en que amenaza lluvia
nos tranquilizan. Todo en ellas es neutro, no hay lugar
para el desasosiego entre sus faldas grises.

Es cierto, Claudia.

En las tardes nubladas la vida pasa afuera con abierto desgano,
y el pitazo del tren
no levanta un polvero de nostalgias.

Resistimos la música de Schumann
sin que se desafine el corazón,
y el libro
que leemos
no nos hace llorar de forma intempestiva.

Las tardes frías
no nos asustan
como esta tarde de tirante cielo
en que el mundo parece detenido,
en que vibra la atmósfera con lucidez de vértigo,
en que todo es ajeno,
es inasible,
y el amor es de otros,
para otros es el cielo,

y se oye arder el fuego de sequía.

Habrà una tarde innumerable, Claudia,

libre de tedio y libre de tortura. Sin memoria, sin duelos, sin deseos.

Serà brumosa y gris, sin sobresaltos.

Como raíces

beberemos el agua de la tierra,

ajenas a la luz que hoy nos lastima.

To be or not to be

To be or not to be dijo alguien una vez,
y ese es ni más ni menos el dilema.

(La calavera lo miraba con
sonrisa de sarcasmo).

Diariamente
nos miramos subir, bajar, mentir,
suspiramos detrás de la escalera,
cosechamos ojeras azules
—como Hamlet—.

Con toda perfección nos imitamos.

Templamos el acero
del corazón
o lo arrojamos sangrante a los perros.

Bastaría con un poco de asepsia,
Seconal, Ativan, un dulce lecho,
nada que manche al que duerme a tu lado.
To be or not to be

dijiste
Hamlet.

Ya
no nos mató la espada envenenada.
Vamos al cine pues y hacemos el amor
con un ritmo prudente,

de nuestras propias vísceras comemos
hasta sonar tan huecos como cáscaras.

Viajeros

a Eugenio Montejo

Aquella historia, Eugenio, que me contaste
en el aeropuerto de Barajas,
de vez en cuando viene, milagrosa,
y me acompaña.
Entre aviones que ruedan, entre gentes
a las que crecen alas,
sin oír el llamado que hacen los altavoces,
camina una muchacha.
Detrás de ella vas tú en tus treinta años,
detrás de ti, pausadas, las palabras,
detrás de tus palabras la “saudade”,
y en fin, mi encantamiento y tu callado
rememorar. Y el tiempo
que ha venido de golpe hasta tus sienes,
y que ahora señala, banalmente,
que es hora de despedirnos ya.
Nos devora Barajas, boa lenta, ondulante.
Tú a tu ciudad de soles, yo a mi país de nieblas.
En mi valija
la joya de tu historia,

que hoy brilla en la memoria mientras se desvanecen
Barajas, la mañana y el gesto de tu mano
que dice adiós al borde del poema.

Oración

Para mis días pido,
Señor de los naufragios,
no agua para la sed, sino la sed,
no sueños
sino ganas de soñar.
Para las noches,
toda la oscuridad que sea necesaria
para ahogar mi propia oscuridad.

TRETAS DEL DÉBIL



Siesta

Más allá —más acá— de los cuerpos
vencidos ya,
de tu respiración
de niño, acompasada,
y de mi inquieto
cavilar,
 está el árbol
detrás de la ventana,
naciendo del verano hoja por hoja,
de su luz milagrosa y móvil y cambiante,

que habla de tiempo,
de lo eterno y lo efímero y del hecho
de existir,
de abandonarse así,
temblando,
a lo que nace.

Pie de página

*Vuelvo a ti, como vuelve
un emigrado a su país y lo redescubre.*

P. P. PASOLINI

Vuelvo

porque entre ayer y hoy cayó una suave sombra, vertical y serena,
pared de transparencia que afantasma tus ojos.

Porque tu cuerpo, hostia multiplicada, es ya todos los cuerpos,
y sin embargo a veces, solitario, duele en el paladar como un sabor perdido.

Vuelvo porque tu ciego sol nocturno
me ciega como un turbio destello de verano
y tu silencio es roca desde donde alzo el vuelo.

Vuelvo para llorar en tu costado
mientras cuento una historia banal y te sonrío.

Porque llueve en mi alar de cuando en cuando,
porque la noche
me muestra su muñón y yo estoy sola.

Porque sí,
porque no,
porque mañana seremos una historia que nunca fue contada.

Vuelvo como los pájaros a las gastadas rosas
que ya no tienen miel
porque la espina
que desgarró la piel se ha vuelto venda.

Porque al fin y después de tanta pena.

Porque obstinadamente,
tercamente,
desandamos los pasos antes de la partida.

Porque entre verte y verte me lleno de palabras,
porque abro mis paréntesis mientras cierras los ojos,
y en el papel se obstinan los puntos suspensivos...

Certeza

Siempre hay paz en la certeza.

TRUMAN CAPOTE

Hasta el fondo del vaso
desde tu oscuro fondo
caían las palabras
difíciles
amargas
caían como gotas espesas y brillantes
que iba sorbiendo el tiempo

como arena finísima
caían
haciendo un agujero
en mi mano extendida

y cada gesto
era ya para siempre

ideograma de tintas invisibles
de un idioma

que iba olvidando mientras lo aprendía

y el instante nacía cada vez
para morir
en memoria y en fuga de presente.

Tenerte era perderte.

No tenerte
es esperar
confiada
que no llegues.

Final de partida

Pero siento nostalgia de mi antigua desdicha.

CARLOS MARZAL

Entonces, esto era:
desierto el corazón,
liso como la palma de mi mano
donde no existe línea del mañana
y donde el surco del ayer, que un día
sangró como una herida que no cura,
se hizo blanca señal desdibujada.
Entonces, era esto: una simpleza.
Una hoja de papel que puesta al fuego
revela un desteñido caligrama.
Esta nada, amplia como una sábana desnuda.
Este dedo tratando inútilmente
de revivir la llaga.
¡Quién lo hubiera creído cuando ardía
en mis manos tu llama!

Sueño

Sobre la palma de mi mano derecha
una moneda roma
(de plomo, se diría)
pesa como una oscura culpa antigua.
Ella me ata a la tierra,
me otorga gravedad.
Sobre la palma de mi mano izquierda,
abierta cerca del corazón,
un puñado de espuma
brilla como los ojos del que ya no vendrá.
En el sueño
la espuma pesa más que la moneda:
el aire la disuelve y el vacío
oprime de tal modo
que quiero despertar.

Los hombres tristes no bailan en pareja

Los hombres tristes ahuyentan a los pájaros.
Hasta sus frentes pensativas bajan
las nubes
y se rompen en fina lluvia opaca.
Las flores agonizan
en los jardines de los hombres tristes.
Sus precipicios tientan a la muerte.
En cambio,
las mujeres que en una mujer hay
nacen a un tiempo todas
ante los ojos tristes de los tristes.
La mujer-cántaro abre otra vez su vientre
y le ofrece su leche redentora.
La mujer-niña besa fervorosa
sus manos paternales de viudo desolado.
La de andar silencioso por la casa
lustra sus horas negras y remienda
los agujeros todos de su pecho.
Otra hay que al triste presta sus dos manos
como si fueran alas.
Pero los hombres tristes son sordos a sus músicas.

No hay pues mujer más sola,
más tristemente sola,
que la que quiere amar a un hombre triste.

Tea time

Aquí estamos tú y yo, con estos trajes nuevos, bien cortados,
como dos decadentes aristócratas
que riegan con humor sus horas secas.

Debajo de tu ademán ligero
 en dónde estás,
dónde el filo que mi mano punzó hasta ver la sangre
que te daba a beber,

y tu tristeza
pausada como un largo adiós sin vuelta.

Dónde mi sed revuelta, sino atada
con cordeles debajo de la mesa,
mientras el té echa humo e impecables
sobre nuestras rodillas se abren las servilletas.

¿Estoy muerta detrás de tu solapa
de noble lord?

¿Hay cicatrices en tus finas manos?

¿Qué eco de ayer resuena en tu cabeza?

Este vestido no me viene bien. Tampoco
este ritual de linos y de sedas.

Algo vivo

sube por mi esternón a mi garganta

pero muere al nacer

como una obscenidad que sofocada

quemara el paladar. Sonrío, no obstante. Bebo

mi té. Te ofrezco una galleta.

No va bien el dolor, querido mío,

con la etiqueta.

Poema sin nubes

Ahora que a mi casa no entra el sol.

Alguna vez mi casa tuvo un techo
protector como un ala, un talismán, un credo,
un remedo de cielo con su luna prestada,
su amanecer en punto, su canción dirigida

(y el cielo-cielo lejos de mis ojos vacíos).

Un viento huracanado —ángel ávido, amargo—
abrió una boca roja en mi techo dormido,
y un sol desconocido y armado entró por ella
y fui azul y dorada
en luz bautizada

(recién nacida a su amorosa herida).

Hoy que han tapiado todas mis ventanas,
el tragaluz, las fieras celosías,
que han cosido mis ojos con esparto
y han sellado este cuarto donde ardieron hogueras

(y donde tejíó el sueño fantasías)

debajo de mis párpados alumbra un par de soles
y un cielo de memoria

(más allá de esta historia)

arde eterno en mis noches y mis días.

Filosofía de la consolación

Leo

que la plenitud es la desaparición de la carencia
y que sólo es feliz
quien ha perdido ya toda esperanza.

Los que así escriben
no pueden entender que de la herida
que duele y hiede nazcan abejas rubias
y que su miel
sea la poca luz que nos alumbra.

Ellos,
dueños de su circunferencia conquistada,
no saben
qué infecunda es la paz donde no habitas.

Dicha animal

Dicha animal que expande su milagro
más allá de la piel, blandura ardiente
que ignora el hueso y su filosa forma de sostener.

El cuerpo poseído y que posee
es la anguila lustrosa y el agua donde nada
y la descarga
que ilumina su carne transparente,

puro vibrar sin tiempo,
aunque en su centro pulse, atolondrado,
feliz como una planta en un día de lluvia,
orgánico, inocente, el corazón.

Ofertorio

Como un regalo acepto tu silencio,
con todo
lo que contiene su rigor de roca.
Con todas las preguntas que caben en su círculo,
su arañazo, su lágrima y su vientre
de tambor que golpeo
y donde sólo el golpe me responde.
Como algo que es,
que no puede no ser
acepto tu silencio.
Con todo lo que tiene de respuesta,
de grito figurado, de impotencia,
de palabras cosidas con largos hilos falsos .

Porque todo
lo que un hombre quiere soñar cabe en el puño
cerrado del silencio.

Te ofrezco a cambio
todo el silencio que tu oído pide,
que tu corazón pide,

y de puntillas

salgo de ti.

(Yo, que siempre he creído en las palabras).

Música de fondo

Hay penas que terminan
avergonzándonos:

zonza, desprestigiada, monocorde
como el zumbido
del moscardón contra el cristal o como
una vieja tía que se instala en casa
y teje y teje mascullando,
así

esa pena que no se fue nunca
y que mancha de tizne las mañanas.

En el cine, en la ducha, en el mercado,
en medio de la tarde o de la noche
dice la pena idénticas palabras

sin aspavientos,
sin coloraturas,
sorda,
monotemática,
invencible.

De vez en cuando, sin embargo, el fiero
alacrán escondido se despierta,

salta

sobre mi corazón.

Su mordedura

vuelve a hacerlo sangrar.

Por el dolor deduzco que no he muerto.

Algo hermoso termina

*Todos los días del mundo
algo hermoso termina.*

JAROSLAV SEIFERT

Duélete:

como a una vieja estrella fatigada
te ha dejado la luz. Y la criatura
que iluminabas

(y que iluminaba
tus ojos ciegos a las nimias cosas
del mundo)

ha vuelto a ser mortal.

Todo recobra

su densidad, su peso, su volumen,
ese pobre equilibrio que sostiene
tu nuevo invierno. Alégrate.

Tus vísceras ahora son otra vez tus vísceras
y no crudo alimento de zozobras.

Ya no eres ese dios ebrio e incierto
que te fue dado ser. Muerde

el hueso que te dan,
llega a su médula,
recoge las migajas que deja la memoria.

LECCIÓN DE ANATOMÍA

(2006)

*Soy solamente un animal que escribe y se enamora,
Un laberinto de células y ácidos azules,
Una torre de palabras que nunca llega al cielo.*

J. E. EIELSON

1.

Entre el sueño y la vigilia,
amenazado ya por la luz
y obligado a volver de los lugares
donde es posible verte
aunque sea rodeado de perros y de niños,

mi cuerpo es más mi cuerpo,
mi cuerpo es sólo un cuerpo
anclado todavía a su pequeña muerte,

y hasta los pensamientos
tienen la consistencia blanda de la materia.
Es como si una mano moldeara su arcilla
devolviéndolo al mundo,
y de la nada hiciera brotar mis pies, alegres
como dos gallos de veleta, infantiles,
y crecieran mis muslos, por decreto
—dos animales lúbricos, bellos en su pereza—
y los senos, que aún sueñan las manos de otro sueño.

Mi cuerpo en ese tenue umbral no tiene nombre,
ni rigores, ni culpas.
Es inocente, como un pequeño lobo en su placenta.

2.

Está la seda

—su frialdad de vientre de pez—

y la dulce aspereza de las piedras.

Está la nieve, es cierto, su erizado cristal para las palmas.

(Pero la nieve

en mi país de ardientes platanales

—la nieve y lo demás—

no son sino una triste mentira literaria.)

Y mis manos

dos perros de memoria

que husmean los olores de tu rastro.

Mano: Conductor del calor, señal de los caminos, lugar donde se suma y no se resta.

3.

¡Oh, Monstruo! Aún respiras

en el último patio

bajo la mustia luz de la mañana...

En tu frente

—donde agoniza una mujer inerme—,

como moscas,

moscas tornasoladas y zumbantes,

han venido a posarse mis palabras.

4.

No querría, jamás, llegar al centro.
Mi meta, Teseo, es el camino.
Con el hilo he tejido, no un traje,
sino una inmensa red de fantasías.

5.

Significa

que amo la curvatura de tu nuca,
la momentánea luz del ojo,
las doce vértebras dorsales
y las cinco lumbares que imaginan
las yemas de mis dedos

y tu hígado azul,
el cráneo que encierra el cerebro que encierra
esa palabra
que quisiste decir y no dijiste
y tu miembro, que sueña su memoria,
y el arco de tu pie
y la pequeña luna de tus uñas
y el ruido de tus vísceras
que libran sus pequeñas batallas cotidianas.

6.

Oír

el chapoteo de tu vientre

sus desaires
de muchacho malcriado
era tan dulce como saber que aquella tarde
debajo de mi mano
ese tumbum de tren
era tu humano miedo debajo de mi miedo.

7.

En la música de Beethoven,
que toca el filo ardido de las estrellas,
y en las sanas costumbres matutinas
que hacen camino por los vertederos

como un tapir con alas
y un pájaro que arrastra sus patas de elefante

tú y yo, dos seres enteramente humanos,
secretamente hablamos
día a día.

Intestino: La poesía
debe a la digestión su salud poderosa.

8.

En el recodo del laberinto
donde crees que sólo hay huesos

y la piel deshaciéndose,
donde imaginas la dura cornamenta
desfigurada por bandadas de moscas,
se oye el resuello vivo de un animal que se resiste.
Pero tú has elevado al máximo el volumen
de la radio. Mientras manejas
piensas en las pequeñas tareas que te aguardan.

9.

Ah, su torso desnudo, la tensión de los músculos,
la sangre de su arteria palpitando.
El rostro varonil.
Y las ancas bestiales, las pezuñas,
el bramido que suena como un llanto.

10.

Bajo la luz feroz del mediodía
un perro lame
su flanco desollado.
Soy músculos que cantan una canción sabida,
nervios que atan el hueso a la memoria.
Un hilito chorreando entre mis senos.
La piel salada,
perro,
y mis heridas
mostrándole sus dientes a la tarde.

Garganta: Lugar en donde mueren los ardores del pecho convertidos en una bola ciega, de la que se desprenden, sin plumas, temblorosos, unos pájaros que pugnan por volar torpemente.

11.

Cuando desperté, sola, en la playa desierta,
me ahogaba la arena.

Oía el mar, el palpito de su vientre primario.

Entonces, sobre el sereno pulso de sus aguas oí el rudo aleteo del ave
carnicera
y sentí el picotazo,
la tibia sangre que empezaba a manar como un pequeño
géiser.

Hígado: Allí, desde su pozo amargo, con sus ojos hambrientos me señala la
muerte.

12.

La nave ha desplegado ya las velas negras
y tú, amarrado al mástil, comienzas a estar muerto.

13.

La tibia sangre que empieza a manar como un pequeño
géiser

es distinta
de la gota de sangre solitaria que cae como una estrella pintada por un niño,
que es distinta
del coágulo negro y su anuncio periódico de una pequeña muerte
que es distinta
de la sangre que pinta los muslos y las puertas de los condenados
que es distinta
del pequeñísimo río que siento correr
y volverse tumulto
entre mi pecho.

Vagina: Si colocas tu oído en el vientre del caracol, oirás el mar de leva.
Hay allí un laberinto, y encadenado, el viento.
Y el corazón como un cardenal de pico negro
clavado de alfileres.
Al borde de la herida mueres, naces.

14.

A esta hora
salen las cucarachas lentamente de entre las basuras
y sus caparazones brillan en la oscuridad de las cocinas.
Desde la cama revuelta puede oírse el péndulo
que viene y va
que viene y va
la respiración
que viene y va
El mar lejano, el mar imaginario

que viene y va

Y el corazón

Y el corazón

Y el corazón

Esperma: La esperma nace del más hondo silencio. Y es un unto sagrado
que destierra la muerte

15.

Ese pájaro atroz

me picotea el vientre.

A su oído yo canto mis canciones,

digo palabras inventadas,

que quieren ser caricia, arrullo, historias,

para que su crueldad no lo avergüence,

para que no me deje sola, atada a esta roca.

LAS HERENCIAS

(2008)

El comienzo de las cosas

Perturbador es el comienzo todo de las cosas

del amor
ese incrédulo milagro

del síntoma
que abre su boca y lanza su enferma bocanada

de lo que adentro tiembla
mientras se rompe el huevo silencioso.

Ya en el latir primero
—cuando aquello que empieza es apenas anuncio—

como ondas concéntricas alrededor del gozo
vibra el miedo

pues la felicidad siempre husmea su muerte.

Y cuando es esta
la que a distancia emite sus señales

la raíz obcecada apura su alimento

se aferra a lo que vive
adentro de la tierra que ya empieza a picarla.

La muy perra

En ciertas ocasiones
la vida nos demanda mezquindad

Es —pareciera decirnos—
un acto de justicia

una manera sana
de respirar en medio del fastidio

de no ofrecer la otra mejilla

Pero
¿qué tal si optamos por la benevolencia

por ir limpios y ufanos
celestiales?

Innobles son los tratos que la vida propone
Escoge
—nos ladra la muy perra—
entre tu bilis negra y tu soberbia

El silencio

En el silencio sumerjo la cabeza
con la misma avidez con que el suicida
introduce la suya en la bolsa
y aprieta.
El aire del silencio es otro aire.
No hay vacío en la cuenca de sus ojos
sino rotundidad. Es como un vientre
o como un odre donde giran sueños.
Soy un niño o un ebrio que en su espesura flota.
Si así es la muerte, bienvenida sea.

Se abre
la puerta del silencio
y espero,
—como un niño que despierta asustado a media noche
y cree oír pisadas allá afuera—
que llegue lo perdido.

Agua de la memoria rebosante de peces
déjame que respire.

Invulnerable es el silencio.
Terco alimento del soberbio.
Regalo del amante
que arde en su llama sin exigencia alguna.
Nudo
de raíces y cardos en el plato
del humillado y el vencido.
Para el que espera
muro impaciente y sordo a la plegaria
fino castigo.

En tu mano comí la sal de tu silencio
como una dócil bestia dispuesta al sacrificio.
Mi sed durará siglos.

Vocación de quietud

Y de repente, esta vocación de quietud,
de mariposa que quiere regresar a la crisálida,
de ser viento apresado entre una caracola.

Este deseo loco
de parar,
de envolverse en la neblina,
de ignorar el llamado, la proclama,

de que los días sean
apenas una música,
una conversación en la penumbra,
un nombre que regresa navegando
entre el vaho calinoso de la sopa,

un no ser siendo hacia la gran caída.

Nostalgia de lo imposible

Desde la estantería
los libros no leídos me miran con la misma
herida indiferencia de una novia agraviada.

Hoy, como tantas otras veces,
su silencioso estar ahí
—en mi tarde
que rumia perezosa los instantes—

chirrea como una puerta de goznes oxidados
que el viento lleva y trae, y que me impide
concentrarme en las líneas del poema.

El pajaraco del desasosiego
vuela estrellándose con las paredes.

Los libros no leídos me contemplan
con una obstinación orgullosa y distante.
Y logran inquietarme,
porque me hacen pensar en esas calles
—que jamás transité—

en donde lo esperado me esperaba.

Levedad

La muchacha
entona una canción elemental, insípida,
mientras va y viene por la casa.
Lleva un traje de flores
ordinario e insulso como los días lunes.
No es tonta,
pero nadie podría decir *qué inteligente*,
y menos aún *qué gracia tiene*.
Difícilmente podría recitar las capitales,
jamás
los elementos químicos
ni hablarnos de Beethoven o sor Juana.
La muchacha
llana y vulgar se pinta ahora las uñas
tarareando su sonsa cantinela.
Su alegría de feria,
rutilante y hermosa en su simpleza,
cae sobre mis manos
escépticas y apáticas
como un globo de helio que ha equivocado el rumbo.

Los imperturbables

Un sentimiento incómodo la compasión

ese que se levanta
al ver que el joven con el que nos cruzamos
el de la frente gacha
tiene los ojos húmedos

o que un anciano ciego tropieza y manotea
con los anteojos rotos y las rodillas rotas
y la cara turbada de los abandonados

que una multitud huye
cargando sus gallinas y el peso de sus muertos

La compasión confunde
(nos hace odiar y amar al mismo tiempo)
desata nuestras culpas
adensa entre las manos la moneda
con la que consolamos la impotencia

y nos convierte en frágiles
seres sentimentales

tan oscuros a veces a las puertas del sueño

e incapaces de ir firmes y rotundos

como esos otros

los imperturbables.

Ida y regreso

Allá arriba todo tiene un aire de irrealidad
y tú vuelves y te preguntas, con ingenuidad provinciana,
cómo es posible que te sostenga el aire.

A esa pregunta suele añadirse un leve escalofrío,
un deseo de ser un pájaro real
de vuelo alto y escaso pensamiento.

Las nubes no son exactamente nubes cuando viajas.

Pueden, incluso, en ciertas circunstancias,
convertirse en incómodas metáforas.

El tiempo en los aviones se hincha como un paréntesis.

En él caben memorias,
cartas que nunca escribirás, diálogos falsos,
y esa lucidez fría que vuelve a evidenciarnos
que somos animales de tierra,
mamíferos inquietos
que en la ciudad soñada ya empezamos
a añorar nuestra casa

y al regresar a esta
a imaginarnos la ciudad soñada.

La nieve

Fue la nieve la que inventó el misterio.

AMELIE NOTHOMB

Otra vez habría que decir
que hay algo de rotunda fantasía en la nieve:
aun en aquella que se hace pozo gris
y sin embargo
vive antes un instante de dura apoteosis.

Y qué decir de la infinita, perturbadora nieve
de las enormes extensiones:

ah, qué fábula de hielo su blancura

y cómo nos arroba, cómo nos petrifica al borde
de su mudez. Su forma
de atraernos no es dulce como la de los mares
o serena
como la de ese otro mar que es la llanura.

La nieve nos espanta.

Nos acerca con distante fervor a la belleza.

Nos humilla con su luz seca y grave.

Y nos seduce

porque ella fue la que inventó el misterio

—el que en su centro, imperturbable, calla—.

Contabilidad

El debe y el haber:
doble columna
que el tiempo va asentando
sobre el libro de cuentas de los días
con mano minuciosa
y rigor que no admite apelaciones.
Tarde ves el balance,
las deudas, los desfases,
las pérfidas movidas del contable
que hizo que aquel cruzara muy temprano
y este otro muy tarde por tu vida.
Y está lo que no ves,
lo consignado con miserables tintas invisibles:
la puerta que tocaste diez minutos después
de alguna despedida. La voz que nunca oíste,
la calle no cruzada, el paradero
en que tuviste miedo de bajarte.
Y en un rojo indeleble,
la cadena de tratos y pactos y traiciones,
la irreversible línea que te suma y te resta,
la que te multiplica y te divide.

Coser y cantar

Punto final, te dices, vuelta de página.

Regresas a lo tuyo.

¿Y qué es lo tuyo?

Crees haber cerrado todos los broches,
comprender.

Pero lo que has tejido y vas tejiendo
es una tela rala,
de pobre urdimbre.

Tiempo después, un tropezón
o una carta

que cae del estante
y ves. O crees ver.

Descoses, cortas, pinchas
la yema de tu dedo
hasta verlo sangrar.

Entonces

todo es nuevo y antiguo
como una madrugada.

(Vendrá la muerte

—puedes estar seguro—

antes de dar la última puntada.)

El envidioso

Al envidioso
se pegan mis imágenes como moscas zumbonas.

Ah, miren cómo respira
sin sosiego,
y cómo palidece,

en su catre se tiende boca arriba
meditando
qué hacer,
cómo aguantarlo.

Pobre, decimos todos,
al ver cómo florecen sus ojeras,
cómo lanza a la vida puñetazos,

cómo traga su hiel y regurgita.

Bodas de plata

El señor C
a sus cincuenta y pico
aún no se despide de su belleza.
Ejercita sus bíceps con furiosa esperanza
y sus miradas.
Cuando una bella —con un cierto bochorno—
le rinde su sonrisa,
el señor C despliega su cola de colores
y transpira.
La señora de C lee libros, medita,
mira para otra parte
y por su cuesta trepa
luchadora.
Dura horas enteras encerrada en el baño.
Mata sus alacranes,
ríe
llora.

Frotan de cuando en cuando
sus desnudeces.
Y cada noche

cuando cierran los ojos sobre la almohada
alguien sale en puntillas de entre sus sueños
buscando otras pisadas

El poderoso

Su voz
cae como plomada sobre el humilde día
y torna gris el gesto
del mesero que trae su plato rebosante

El débil es el débil y solamente el débil
para su pie

para su risa
estridente explosión que extiende sombra
sobre el silencio de los silenciados

para su mano, que dibuja caprichos en el aire

para sus ojos ciegos
al pájaro que muere en pleno vuelo
o a la esquina en que el hambre comienza ya su estrago

para su corazón que alguna vez fue niño
y que ahora golpea
desde amarga sentina sin que responda nadie

Pasajeros

Estábamos allí, en aquel lugar ajeno,
el poeta amado, tantas veces leído
y yo. Todo en él parecía confirmar
que la honda delicadeza de sus versos
—esa serenidad con la que en un camino
o en las hojas de un árbol
contempla eternamente los dedos de la muerte—
era fino destello de su fuerza.

Él poeta, recién llegado de su lejana tierra,
y yo

separados por las voces de otros,
por las oscilaciones
de una conversación que hacía sobre la mesa
menudas y graciosas acrobacias.

Toda palabra mía fuera elogio pueril,
triste aspaviento.

Le di un regalo inútil: mi silencio.

Luego lo miré irse
—al poeta, mi eterno conocido—.

Me consoló pensar en aquel otro
poeta que nos dice
que no sabe de amor el que no puede
“arder anónimo sin recompensa alguna”.

Campo minado

*“Seis días duraron los familiares de Liliana Machín
buscándola en las montañas de Palmira”*

EL TIEMPO, 29 DE ENERO DE 2008

Puedo ver la muchacha atravesando el monte,
escoger sabiamente los atajos
con la leve conciencia de su vientre crecido
y del peso del niño que carga entre los brazos.

Imagino la hierba, la rudeza impasible de la tierra
preñada de amenazas,
el silencio del cielo, donde quizá había pájaros,

el cansancio que alarga los minutos,
los pensamientos tibios y volátiles.

Y luego el estallido, el estupor, el grito,

aquel descubrimiento

la atroz iridiscencia de la sangre

la mirada del niño sobre aquel amasijo
palpitante y dolido que aún quería ser madre

los días y las noches,
el ruego, la agonía,
todo lo que la prensa relata y conjetura.

Quiero nombrar aquel escalofrío.

Entonces el poema,
como una flor inútil que entre el estiércol crece,
se quiebra, avergonzado.

En Ollantaytambo

a Micaela Chirif

En la humilde librería de pueblo,
entre bestsellers y guías de turismo,
ha aparecido, ave extraña y reciente,
el último libro de mi amigo poeta.
El que prometió enviarme, sin lograrlo:
entre su promesa y esta tarde soleada
sobrevino su muerte.

Lo leo lentamente y con la misma avidez
con la que paladeaba de niña el último plato,
el añorado postre que siempre me aguardaba.

En un poema el poeta grita frente al espejo
¡soy yo! ¡soy yo!
Detrás del vaho,
riendo y nublado,
confiesa que quiere ser y seguir siendo.

Estas palabras gozosas y anudadas al miedo
leo con apacible tristeza
en este café pobre y sin ninguna gracia.

Casi no se soporta la belleza del cielo
de esta tarde peruana.

Pienso, para no avergonzarme
de amasar ya un poema con esta harina triste,
que mi amigo, tan dulcemente irónico, sonreiría
si yo de estos azares le contara.

Y que con una leve disculpa cariñosa,
también habría él escrito algunos versos
si el muerto fuera yo cantando entre sus manos.

EL HUESO DEL AMOR



El sabor de la derrota

*... sabemos que la derrota
es superior estéticamente a la victoria.*

J. G. COBO

I

Su belleza
era la de la luz de los cuchillos.

II

Ah la belleza
su forma de anunciarnos la derrota

y su espuela
su dulce inaceptable tiranía.

III

Amor, rudo aletazo de paloma

en su costado, bajo el blanco plumón y el giro de aire
el oscuro cartílago
la herida.

IV

Por la pared inmaculada
la hiedra iba trepando, terca, azarosamente,
con una persistencia silvestre y silenciosa:

la perfección impávida
robada por la sombra de lo vivo.

V

Cuida
el rango de lo amado

garantizas así
la fuerza de tu llama.

VI

Toda historia de amor no es otra cosa
que dos modos distintos de hilvanar los olvidos.

VII

Conjura la nostalgia:
es la cara más bella de la muerte.

VIII

Se canta lo perdido:

irrisoria pirueta

descalabro en dos tiempos sobre la cuerda floja.

IX

Porque ¿quién puede
leer la noche en las nubes del alba
salvo aquel que ha arrancado las plumas a sus alas?

X

Extiende
el trofeo de la derrota
como una última ofrenda.

Celebra
que el adversario
deja el combate sin ninguna herida.

Razones

Los amores que matan no mueren.

JOAQUÍN SABINA

Podría ensayar razones
Decir que fui buscando
un poco
de intensidad

de halagos
que en mi tedio lucieran como caros brillantes

Versos quizá

Desórdenes

Pero aceptarlas
sería matar
a mi gallina de los huevos de oro.

Nosferatu

Es fácil convocarte,
hacer que bajes
convertido en un ángel que me bebe.

Ahora
hinchido de mi sangre te veo alzar el vuelo.

Maldición

Tú, el huido,
el del soberbio cuerpo que me excluye,
fornicarás conmigo sin saberlo
cuando seamos dos nada en la nada.

El hueso del amor

Cambia la realidad
—que fue plena y vibrante—
y seguimos sirviendo a la fábula

iridiscente, inútil, como la pluma muerta
olvidada en las páginas de un libro.

Aridez

¿Hace cuánto
van mis pies arrastrando su cansancio de arena?

No es culpa del desierto mi extravío

el desierto ya sufre por sus entrañas muertas
o ni siquiera sufre
que es la forma más triste de estar vivo

ignora que maldigo
que sangro
que él existe
para que en mis entrañas crezca un río.

La tristeza de mi cuerpo

Olvidándome voy en este vago cuerpo.

LUIS CERNUDA

Entre la blanca luz
y mis largas conversaciones apacibles,

se cuece la tristeza de mi cuerpo.
Nadie oye su silbido
porque éste va hacia adentro
como la aguja rota de un cirujano torpe,
como un desprendimiento.

Es verdad que me muevo ágilmente, que camino
con la cabeza erguida y los pies firmes
entre ruidos de buses y sirenas.
La vida cada día me exige estas maniobras

para engañar al ávido, al de la piel serosa,
al sediento, al tatuado, al que dentro de mí vive
de una memoria antigua que aún rezuma sus sales.

Entre la oscuridad, en la densa marmita de la noche,
se cuece la tristeza de mi cuerpo.

Y el pobre corazón amojamado
sobre sí mismo gira como un planeta insomne.

Historia sin fin

Lo incompleto perturba.

JOSEPH CONRAD

La última pincelada
el último acorde
la última palabra.
La rúbrica.
La palada de tierra
 el desbandarse
el telón que se cierra
 los amores
cumplidos. La certeza.

Pero esta abeja que huele a miel y a sangre
revoloteando encima de la frente
posándose en el plato.
La cita no pactada.
La promesa.
La tuerca que da vueltas de manera infinita.
La puerta
que corremos a abrir

y afuera sólo hay viento y furia de hojas.

Y no vale clamar
por una muerte chica que venga a socorrernos

a cortar el cordón que nos amarra
al ombligo del cuerpo que aún respira.

Agujero negro

¿A dónde va el deseo
cuando no sabe dónde posarse?
¿Qué rumbo toma
después de estar girando como cometa loca
que no renuncia al cielo
ni quiere desprenderse de la tierra?
A alguna parte habrá de ir con su brío de guerra,
con su sed y su dulce quemadura.
A otro ha de encontrar para incendiarlo,
y enceguecerlo,
y dejarlo como una estrella muerta que en su médula lleva
(como una maldición)
el destello de luz de la memoria.

Esfinge

¿Cómo saberlo? ¿A quién preguntar por estas cosas?

ROSSELLA DI PAOLO

De tiempo en tiempo se levanta el siroco
y revienta raíces,
deshace
lo que ha tejido
la voluntad con sus manos heridas

Y el torbellino junta todo lo roto
en alocadas vueltas
en torno a su vacío

Una pregunta nace de su centro

y es
elemental y duele

¿qué fui en esa batalla de verdores y besos,
y desabrigo y pieles escaldadas?

La arena
con impía aridez
se pega al paladar hiere la lengua

ensimismada gira
como una novia en los brazos del viento.

LAS HERENCIAS



Murciélagos

Creí que un gran dolor desplazaría
los pequeños dolores.

Y sin embargo
chillan allí, debajo de su ala,
hacen
crujir sus dientes, no renuncian
al pedazo de carne al que se aferran

mientras que yo suspiro
me canto una canción
y digo soy la madre que los pare,

tendré que hacer del hueso mi instrumento
y de mis días una pared ardua
para que ya no trepen, ya no aturdan,

y pueda concentrarme en el silencio
donde el Dolor empolla su gran huevo.

Las mujeres de mi sangre

a Cami

No conozco (no conocí) sus caras.
Tan sólo ésta, la de la abuela paterna,
cuyos ojos, en la fotografía
—tan fijos e impertérritos—,
poco revelan.
Tampoco sé sus nombres.
Y sin embargo,
mi pulso, el pálpito de antiguos despertares,
este tejido lleno de nudos mal atados
que es mi pequeña vida,

me hacen adivinar
 (en ellas, las mujeres de mi sangre)
 una larga cadena de temblores.

Puedo intuir la náusea
—torva mancha en la sábana de sus amaneceres—,
la insoportable
lucidez de sus tardes,
su pesadumbre, cerrada como un bosque,

y la oscura violencia del deber de ir viviendo día a día.
Mientras amaso el barro de mis desasosiegos
puedo también palpar su resistencia
y escuchar su callada pelea con sus sombras.

(Mi hija duerme.
Y en sus pestañas todavía hay lágrimas.)

Dolores de familia

Arriba de la rosa,
el cielo, sin una sola nube.
Alrededor, el aire transparente,
el viento que benévolo la agita.
Abajo, las raíces,
sosteniéndola.

Y ella, frágil,
altiva.

Inevitables,

las espinas tan cerca,
tan punzantes.

Las herencias

Enfermedades en mi casa.

PABLO NERUDA

Hijo mío, me duelen las herencias

Esta culpa, zarza que arde y me quema,
y que no me concede saber cuál fue el pecado

En tu inocencia se mira mi inocencia
como en un ojo de agua que me cuenta una historia
que ya ha sido olvidada

y otros hablan entre tus voces turbias
y otros sufren de nuevo entre tus sueños
y en tu silencio sufren
otra vez más aquellos que están muertos

y tu herida
es una pena antigua que por mi sangre pasa
y estalla en las entrañas en que nadaste un día.

Lazos de sangre

Atrévete

salta al vacío mírale

los ojos al hermano a la hermana su hiel mansa

oye

al hijo entre su nube de rencores

al padre

y su silencio como piedra ardiente

y el reproche

del marido a la esposa

refinada mordedura del tedio y el eterno

balanceo del odio

ah la familia

siente

cómo su amor comete sus destrozos

cómo mastica a secas tus tripas

se envenena

con la sangre que dentro de ti silba

como un río que baja con su carga de piedras

S. O. S.

Estoy pensando qué cuerda podría lanzarte yo,
qué salvavidas.

Y pensando también
—con el alma estrujada en un turbi3n de pena—
en el hondo sofoco de tus aguas,
en tu esfuerzo
de nadar y nadar la vida entera,
en tus ojos que buscan, como peces sonámbulos
ensombrecidos de algas y de arena.

En tu cansancio,
en tu desgarradura.

Pero no tengo cuerda
ni red para salvarte
ni oraci3n que conjure las tinieblas
o que sirva de tabla de naufragio

y ni siquiera
—ahí donde me ves, cargada con mis jarcias—
tengo orilla certera.

La espera

*La tristeza terminal y la espera, la
interminable espera de nada.*

PHILIP ROTH

Al padre le han extraído la laringe.
Ahora su lengua es un músculo triste
que a veces da patéticas batallas.
La madre está bastante bien, dicen los hijos.
Ha perdido
un tanto la memoria —es natural—
y ya no hay mucha fuerza en sus manos artríticas.
Pero para sus años. Sí, algo de malhumor. Y el padre,
es cierto, se deprime.
Y nosotros, dice la hija mayor. Qué más podemos
hacer. Eso es la vida.
Amanece. Anochece.
Padre y madre se mueven con un cierto sigilo.
En su mirada hay esa luz temblona
de los que esperanzadamente esperan.

EXPLICACIONES NO PEDIDAS
(2011)

LA DIVINA INDIFERENCIA



*... el prodigio
que encierra la divina Indiferencia.*
MONTALE

Las cicatrices

No hay cicatriz, por brutal que parezca,
que no encierre belleza.

Una historia puntual se cuenta en ella,
algún dolor. Pero también su fin.

Las cicatrices, pues, son las costuras
de la memoria,

un remate imperfecto que nos sana
dañándonos. La forma
que el tiempo encuentra
de que nunca olvidemos las heridas.

Lugares

Hay lugares
en donde todo lo que exitosamente nos habita
pareciera adensarse, ganar peso.
Nuestra carne es más viva, los oídos
creen oír cantar en el oscuro fondo.
Crece un bosque feliz en nuestro adentro
cargado de raíces. Nos amamos.

Hay lugares, en cambio, en los que alumbran
como piedras de sangre los fracasos.
Y somos, de repente,
ínfimos,
grises,
torpes.
Ballenas que se asfixian en la playa

o un paisaje
en que lucimos tristes como cardos.
Feos junto a los bellos. O cobardes
junto a los audaces.

Expuestos.

Sin sabernos. Y jurando
nuestro desconocido nombre en vano.

Dolor fantasma

El miembro
que el bisturí ha arrancado limpiamente

palpita sin embargo de dolor

perseverante.

Y escuece,
y afiebrado se resiste
a no ser.

Prueba de que el vacío también duele.
De que no siempre alivia
amputar lo que daña.
De que lo muerto
puede heder ya y seguir siendo punzada.

Trinidad

La de hace tanto tiempo, la niñita
que duerme, se despierta
y llora allá en el fondo de la gruta
que has levantado piedra a piedra.
Sientes
su imperioso llamado,
su miedo o su capricho. Y te das vuelta
y le das vuelta
al amasijo informe del pasado.
La vieja que hay en ti, la de mil años,
serena el corazón, le cuenta historias,
lo amojama, lo cura con ceniza.
Debajo de las dos hay un cuerpo que arde,
una mujer eterna, suspendida
en sus veintidós años. En la noche,
entre el llanto y la sal ella suspira.

Perlas

Como el molusco
los poetas tenemos una belleza extraña,
que atrae y que repugna.
Nos gusta el fondo amargo de las aguas,
y en las profundidades vivimos, respiramos,
escondidos debajo de las conchas calcáreas
y a menudo aferrados a las piedras.

Cada tanto,
un elemento extraño nos invade,
se enquistaba en nuestra entraña
y comienza a crecer.

Una hermosa señal de que no estamos solos,
de que somos del mundo, para el mundo.

Amamos esa masa que crece en nuestros vientres,
que se hace dura y bella a expensas de lo blando.

La cerrazón asfixia, sin embargo.

Por eso nos abrimos y expulsamos
esas íntimas lágrimas,
casi siempre imperfectas.

Lo oscuro pare luz, y eso consuela.

Los viejos inquilinos

Porque los viejos inquilinos nunca mueren.

FABIO MORÁBITO

Ahí están. Deambulando
como deambula Pedro por su casa.

Quizás oigas sus pasos en medio del desvelo,

o en medio del sollozo de la ducha,

o cuando en la cocina
abres la pulpa azul de la mañana.

Te soplan en la oreja,
te asaltan en la noche.

Inquilinos
que casi fueron dueños y señores,
y nos abandonaron

a veces de un portazo,

a veces con decencia sigilosa.

Tu mano limpia
su huella en cada objeto,
y cada tanto
los espejos se nublan con su vaho.
No terminan de irse los viejos inquilinos.
Tan ajenos, tan propios,
tan descaradamente inoportunos.

Lección de supervivencia

Nada hay de bello en el pepino o carajo de mar.

Es, en verdad, un animal sin gracia,
como su nombre.

En el fondo de los grandes océanos,
inmóvil, blando, amorfo,
permanece

condenado a la arena,
y ajeno a la belleza que encima de su cuerpo
despliega el mar.

Se sabe que
cuando el pepino de mar huele la muerte
en el depredador que lo amenaza,
expele
no sólo su intestino
sino el racimo entero de sus vísceras,
que sirven de alimento a su enemigo.

Con un limpio ritual
huye el pepino de aquello que amenaza con dañarlo.

Para sobrevivir queda vacío.

Liviano ya de sí y libre de otros
muda de ser.

Y poco a poco
sus entrañas

se recomponen.

Y vuelve a ser, en letargo de sal,
una entidad en paz que vive a su manera.

Fotos

Al otro lado del teléfono
mi hermana habla de fiordos, de glaciares,
de rías, de bahías,
de “sastrugis”
(que son dunas de nieve).
*No puedes —dice— ni imaginar los matices del blanco,
su belleza.*
Y anuncia fotos, muchas fotos.
Yo no la decepciono:
también me agito, muestro mi deseo
de ver a su regreso
lo que no alcanzan a decir sus palabras.

No le digo a mi hermana lo que en su fondo sabe:
que lo que quiere atar allá se queda;
que en su maleta
ya se comienza a derretir la nieve;
que no hay segundos tiempos,
que escribimos historias
con flores disecadas y mariposas muertas
que asfixian con su polen nuestros días.

Le digo en cambio
que aquí estoy, esperando su promesa.

De la rutina

I

Como pequeños huevos
alineados, huecos,

cada acto
cada gesto
cada día,

repetición —sagrada letanía—
que nos sirve
de balastrada a la que yo me aferro
y tú te aferras,
mientras vamos subiendo —¿o descendiendo?—
escalón a escalón, al dulce reino
donde seremos pálidos reyes coronados.

II

Con sagrada puntualidad
vuelven los mendigos a ocupar sus lugares,

su baldosa, su acera, la esquina
celosamente escogida con ojo de buen cubero
para desplegar su ceremonia,
para desgranar su mantra,
para extender el piojoso tapete
donde las horas caen como monedas idénticas y sin brillo
que el tiempo muerde y echa
en su descolorida faltriquera.

III

Celebrémosla
como a una chica simple y mal vestida
que alza su falda y muestra su milagro.

El que hace el trabajo sucio

I

Lejos está del corazón
—ese órgano aureolado de prestigio,
que se hincha como un globo de feria cada vez
que lo gana el amor o lo lastima—.
El bien y el mal le son indiferentes,
la pena no lo toca,
no suscita canciones ni metáforas.
Jamás será la mano
que es paloma en la imagen del poeta,
ni puede conmovernos
como el ojo en que otro ojo se refleja,
o el arco
del pie y su terquedad sobre la arena.

Como los animales carroñeros
hace el trabajo sucio. Nos depura.

Viejo y sabio maestro
que al cuerpo le devuelve su secreta
conciencia de que es tierra.

II

El que en el barro resbala,
el que se espina, el que respira azufre,
el que escarba en la entraña de la bestia, el que reptaba
dentro del albañal,
el pobre ángel
de las cloacas y las alcantarillas,

pero también aquel, el más oscuro,
el que en la noche vuelve a su escondrijo
y se lava
y entierra su camisa ensangrentada,
mientras el otro, el que pagó, lo ignora
entre sus pulcras sábanas.

III

Siete estómagos tiene el poema.
Por cada uno de ellos pasa el bolo
del amargo alimento.
Lo rumian, lo maceran,
lo disuelven.
Finalmente, lo excretan.
A veces —quién creyera—
su materia ilumina.

Año nuevo

Una ola
 y otra ola
 y otra ola
devorándose.

Sobre la playa
ramas, algas,
cadáveres de peces sin color:

despojos de la noche.

El hoy nace y renace en cada golpe,
se disuelve

en espuma y reflejo.

Quizá sean
el viento húmedo o la arena ardiente
los que te hacen soñar el porvenir.

Pero sabemos
que el porvenir no llega
sino en fugaz presente. El agua cubre

por un instante

y estremecidamente el pie desnudo.

Algo te dice que eres ese fulgor sobre las aguas,

el triste ronroneo de ese avión a lo lejos,

ese pájaro viejo que alza vuelo.

El oscuro

Siempre habrá una presa fácil para el escorpión:
una piel expuesta a su aguijón traicionero.
La noche es su reino,
la aridez el lugar que sostiene su parálisis.
Dicen también los manuales que abomina de sus semejantes
quizá porque a través de ellos se reconoce
como una criatura rastrera.
Imagina su vientre viscoso
cargado de cerrada violencia.
Basta, sin embargo, un pequeño círculo de fuego
para que el escorpión enloquezca
y se produzca él mismo la muerte.
Y es que hay seres que sucumben a la luz,
a todo deslumbramiento.

La piedra

Tengo en la lengua
la maldición, el rabioso improprio,

y en mi mano la piedra vengadora,
la que mi pena adensa, afila.

Pero no hay blanco,
ni rostro,
ni oído.

Y ni siquiera un nombre que yo pueda

apostrofar.

Dios está muerto

hace tanto

y el destino

es tan sólo una máscara que el vacío se pone.

Sólo puedo

acariciar la piedra, su fría contundencia,

reconocer

su modo impenetrable de ser contra mi mano.

Desgarradura

Otra vez sales de mí, pequeño, mi sufriente.

Otra vez miras todo con mirada reciente,
y llenas tus pulmones con el aire gozoso.

Ya no lloras.

El mundo, de momento, no te duele.

Todo es tibio esta vez, caricia pura,
como una prolongada primavera.

Ignoras

mi útero vacío, mi sangrado.

Desconoces

que el grito de dolor de parturienta
va hacia adentro y se asfixia, sofocado,
para que no trastorne

el silencio que ronda por la casa
como una mosca azul resplandeciente.

Mis manos ya no pueden cobijarte.

Sólo decirte adiós como en los días
en que al girar, ansioso, tu cabeza,
mi sonrisa se abría detrás de la ventana
para encender la tuya. Cuando todo
era sencillo transcurrir, no herida,

ni entraña expuesta, ni desgarradura.

Dolores

Dolores hay donde no cabe el llanto:
el llanto es blando para sus espinas.

Mi dolor es cerrado como un huevo,
un tambor, un olvido, una garganta
donde se asfixia aleteando el miedo.

Dolor embozalado.

Bajo continuo mientras canta el día
su alegría de estraza, su trabajo.

Yo pulso mi dolor cada mañana
cuando el día me rasga con su astilla.
Lo llamo por su nombre, le limo los colmillos
para que no devore a media tarde
la carne maternal que lo ha parido.

Dolor seco y amargo, mi dolor.
Raíz que de mi savia se alimenta.
Tormenta sofocada que convierte
mi corazón en frágil pararrayos,

y mi conciencia
en vigilia perpetua y acechante.

Dolores, ay, donde no cabe el llanto.

En caso de emergencia

Al vuelo cero cero setenta y ocho
ha entrado una monja que se persigna apenas se sienta,
una muchacha de una belleza dolorosa,
un hombre de negocios en cuyos zapatos relucientes
podríamos mirarnos mientras nos cepillamos los dientes,
un niño con un letrero colgado al cuello,
una vieja celebridad de la tele.
Ni aun así, en caso de emergencia,
podríamos salvarnos.

Volver

Abro la puerta de mi casa, enciendo las luces,
saco de mi maleta la ropa sucia, el cepillo de dientes,
los libros recién comprados,
apilo los periódicos de los últimos días, las cuentas,
abro una ventana para ventilar un poco,
y en el reflejo miro, de reojo,
a la recién llegada
que así
sin más ni más
se deshabita.

Dechado

Mira: todo un dechado de virtudes
—diría mi madre—.

Al pasado, punto de cruz, lazadas,
pespuntos de oro, repujados en plata,
flores con alma, sedas.

Una bella labor.

Dedicación, esmero, disciplina.

Pero el reverso:

nudos que se deshacen, remates descuidados,
enredos, manchas

de sangre que han dejado los pinchazos.

Lo crudo, lo incompleto, lo que nunca
podemos o sabemos terminar.

Hilos en punta y frustración y pena.

Curva

Todo cuanto hace madurar la pera...

W. C. WILLIAMS

Algo persistente y callado

—algo que contemplamos
con un viejo estupor—

se expande desde el hueso y en el hueso,
fosforesce en la entraña, hace brillar la carne,
en los labios revienta como un brote nocturno,
va lento hacia la piel
y en el temblor del vello
se vuelve luz.

El ser ahonda entonces su condición primera,
toca fondo y se alza como un náufrago
que desde su pedazo de tierra llama y llama
listo para el amor,
para el deseo,
para empezar, de a pocos, a podrirse.

Rabia

Para que sea la rabia rabia pura
nació la erre con sus cien colmillos
y su rabo de zorra y su manera
de aullar, de morder, de dar batallas
dentro del corazón y sus trincheras.
Como una perra en celo husmea el rastro
la pena en el rastrojo de otros días,
preñada aún de lo que antaño fuera
encendida raíz, mordiente higuera
que se abrasa en sus erres doloridas.
De erres rabiosas se nutrió su guerra,
de furias amorosas y perdones,
de enfebrecidos sueños y razones
que sucumbieron como tiernas ramas
por un otro quebradas y vencidas.
Para que sea la rabia esta locura
que a la luna regala su ladrido,
nació la erre con sus duras garras,
su pasión de tormenta, su bravura,
y el rencoroso apego a lo perdido.

CUATRO HISTORIAS MINÚSCULAS



El mundo ancho y ajeno

Se trata de Sun Danyong, un joven chino.

Dicen que tenía veinticuatro años,

que ensamblaba piezas de aparatos electrónicos,

que vivía lejos de casa, en Hon Hai,

que trabajaba doce horas diarias, como todos sus compañeros,

que dormía en sus horas libres, como todos sus compañeros,

que entre ellos había un diálogo escaso

porque casi no se conocían.

Nadie sabe otra cosa,

salvo que saltó por la pequeña ventana de su cuarto de dos por dos,

y que es uno de los muchos que han saltado

en el último año.

Ah, sí. La noticia dice una cosa más:

que los empresarios de la fábrica

han puesto mallas en todas las ventanas

para evitar más suicidios.

Leo la noticia en Google, en mi computador portátil,

por donde puedo ver el mundo ancho y ajeno.

Telón

Era feliz.

Así opinaban todos:

la madre

(porque las madres

cuando envejecen

descansan sobre un nicho de mentiras piadosas);

la hermana,

que por años sintió, cuando se comparaba,

que su vida era un fajo de nudos y fracasos;

el hijo,

que dormía confiado

bajo la luz sedosa de los ojos maternos.

Su círculo de amigos también dictaminaba

que, a su manera

—convencional, tal vez, banal en cierto modo—,

su amiga era feliz.

Y ella

consciente de su dicha, la exhibía

como una colegiala exhibe una medalla.

Él, que era desdichado, vino a saberlo tarde.

Bastó una frase,
una pequeña piedra desprendida
del túmulo formado por los años.

El aparato de la felicidad se vino abajo.
Y sobre las cabezas,
girando en pesadumbre,
fue cayendo el asombro.

Qué juguete ruidoso.

Qué piano destripado y qué música rota.

Todo lo no entendido, como agua rebosada,
echó a correr por los cuartos desnudos.

Ofelia

Hoy ha resucitado entre vejece,
en una tela que bordó con sus manos.
Y no habría podido dejar un testimonio
más íntimo
de lo que fue su estancia en este mundo,
que esas puntadas
bordadas con rigor en esa tarde lisa
que fue la suma toda de sus tardes.

(Mientras escribo
oigo cómo crepitan sus pensamientos en una habitación imaginaria,
y cómo sus deseos van al aire,
cómo muda su piel, prisión perpetua,
mientras oye en la radio que los amantes sufren y escriben largas cartas.)

A veces
su boca se tensaba
como si entre los labios sostuviera
cientos de pequeñísimas agujas.

O se elevaba al cielo, como un rezo,
el murmullo viscoso de su rabia.

¿Qué
sabía Ofelia del amor,
ella, que no fue amada,

y que no pudo hundirse en la locura,
ni inventarse canciones a la orilla del agua?

Creo que, como Emily Dickinson, sabía
(aunque no tuvo huerto y en su tierra
baldía no crecieron las palabras)

que
todo lo que sabemos del amor
es que el amor es todo lo que existe.

Devórame

Armin Meiews espera ansioso que suene el timbre en su casa de Rotemburgo.

La casa tiene cuarenta y dos habitaciones, pero él sólo usa tres espacios: la cocina de paredes desconchadas donde come solo, el cuarto y el sótano, donde también él tiene su pequeño Aleph: su computador, que brilla como un astro.

¿Se habrá lavado Armin las manos y la cara esta noche, se habrá peinado y se habrá puesto su mejor pantalón?

El hombre que entra tiene enormes anteojos y manos de pianista.

Hubo tantos destrozos.

Pero también música, licor y largas conversaciones.

Armin no le cuenta a su amigo que durmió en el mismo cuarto de su madre hasta que esta murió.

El colchón hiede. La bañera tiene una enorme costra marrón.

No hay forcejeo alguno. El lobo hace de lobo, el cordero de cordero.

Quizá no supieran, el devorador y el devorado, que estaban haciendo literal una antigua metáfora del amor. Y es que por una vez el deseo de los amantes de ser uno no fue un ardiente y triste simulacro.

Armin Meiews debió durar horas limpiando el piso y las paredes con los utensilios de aseo que fueron de su madre. Serenamente, sin remordimientos.

LA INOCENCIA DEL SUEÑO



Mester de cetrería

A esta hora,
entre humedad y mantas,
sobre almohadas que hierven pululantes de imágenes,

o al borde de sus largas camas desordenadas,
de ventanas,
de culpas que se agitan como nudos de anguilas,

un ejército de hombres se desvela.

Una
oscuridad más densa que la que parte en dos la noche insomne
se expande entre sus cráneos,
baja por sus esófagos,
en sus entrañas se convierte en piedra. Las
únicas luces en esta galaxia
de hombres desconcertados
son las de sus infatigables cigarrillos,
o la de alguna puerta que a un jardín brumoso
de tanto en tanto se abre.

Buscan
nerviosamente el sueño

o se aferran
al pequeño jirón de la vigilia.
Uno salta al vacío desde el frágil balcón de su locura.
Otro,
sobre sí mismo hundido mira crecer su sombra.
Y otro afina su oído y chapucea
entre el rumor de fango de sus vísceras.
Yo soy el negro sol que los orbita.
Con mis manos los palpo, como un ciego
que en ellos se descifra.
También yo velo, como un ave rapaz sobre el que muere.
Y en medio de tinieblas, también abro los ojos
y tensa, atenta
a los ruidos confusos de la noche,
espero algún relámpago,
su luz fosforescente en las rendijas.

Los que no sueñan nunca

Las madrugadas
de aquellos que nunca tienen sueños
son limpias, como calles lavadas en la noche.
En sus manos no hay sangre de enemigos,
ni en sus ojos destellos de lujuria,
ni nostalgias confusas
ni violentos deseos
de volver a buscar lo ya perdido.
No hay rastros de vergüenza en los que nunca sueñan,
ni ese aire distraído, ensimismado,
del que en sus manos trae sólo pobres jirones.
No los veremos nunca
tratando de contar con gesto apasionado
y los ojos clavados en medio del vacío,
lo que a nadie interesa,
como viejos que jalan torpemente
la cuerda de sus años más antiguos.
Y sin embargo,
los que no sueñan nunca
tienen otras maneras de vivir sus dos vidas.
Tal vez menos hermosas y menos inocentes.

El soñado

Es el soñado,
el hecho de retazos miserables,
de descripciones de otros, Frankenstein del deseo,
el de la hoja de vida imaginaria
y la conversación imaginaria
y la carta de amor imaginaria,
el que se niega
a ser como los otros
pero es todos los otros y ninguno,
muerta literatura,

y la literatura, ya sabemos,
está hecha por dioses pequeños e impacientes
y a menudo rabiosos
que adoran lo que existe y sin embargo
viven de consagrar lo que no existe.

La inocencia del sueño

La inocencia
es la virtud del sueño,
y el desdén por el tiempo su ganancia.
Como niños desnudos remontamos sus aguas
con los ojos abiertos. Y qué hallazgos.
El que murió nos abraza de nuevo
y volvemos a amar al olvidado.
Al cuerpo que dejamos en la orilla
regresamos distintos,
con un vacío a medias,
como quien ha dejado alguna cosa
que no sabe qué es,
allá,
del otro lado.

Visión

El domingo en esta calle tiene una resonancia de túnel o de pozo,
de caja de cartón pateada por un menesteroso o un loco.

Es tarde en la noche

y los últimos automóviles del mundo

dejan su estela zumbante en el aire.

¿Qué hace allí el viejo, en la acera desnuda,

con corbata rosada

y ese vestido blanco de galán de película de los años cuarenta?

Qué historia cuenta silenciosamente,

qué sueño representa

en medio de talleres cerrados y graneros

sin una sola luz, sólo la de sus ojos mortecinos

que miran a mis ojos, que los fijan

en aquella visión, mientras mis pasos corren

lejos de mí, me pierden, me abandonan.

Hospital

Mis sueños se han poblado de enfermeras.

Hoy bajan

hasta las líneas negras del poema

y allí cantan

como aves sin color, de ojos vacíos,

sus músicas funestas.

El siseo de sus medias de seda, de sus faldas,

el chirrido de sus zapatos siempre inmaculados

circulan por los largos pasillos de mi cuerpo,

que es un mapa

clavado con agujas y alfileres.

Las enfermeras bromean y sonríen

desde su umbral, ajenas,

mientras la enorme teta de la muerte

ofrece a los vencidos

su negra leche espesa.

EXPLICACIONES NO PEDIDAS



Explicaciones no pedidas

Porque por ti
 mis pobres posesiones:
el cuento que me cuento
y el poema
que eternamente rumia la ceniza.

Por ti el acto de amor intransitivo
que contigo y sin ti ahonda la noche.

Pero también la luz y su milagro
que me oscurece en la mitad del día.

Por ti la nada hueca,
y mi mentira
más verdadera que la misma vida.

Por ti la gravidez,
el fondo,
el tuétano,

caer dentro de mí como plomada.

La yema de mi dedo detenida
sobre el aura quemante de la llama,

y con su tizne
sobre el espejo que no te refleja

las palabras.

La rigidez del muro

Cómo se obstina el muro en su tarea.
Con cuánta coherencia permanece
idéntico a sí mismo,
neutral, indiferente, impenetrable.
El ojo ávido
se estrella como un pájaro
contra su impavidez de vigilante.

Quisiéramos abrirle un agujero.
Quisiéramos vencerlo y que se abriera
a un jardín o a un secreto.

Pero es posible
que sólo sean malezas y basuras
lo que oculta.

Celebremos entonces su silencio.
Y dibujemos
sobre su estéril superficie blanca
lo que nos dé la gana:
nuestro nombre, un poema, una consigna,
un cursi corazón atravesado.

Arañemos su terquedad de viejo
como niños alegres y fluctuantes.

Ya no el dolor sino la certidumbre

*¿Qué dolor dolerá
si ella no duele?*

EDUARDO LIZALDE

Ahora,
apenas si el recuerdo,
no del amor,
sino de aquella forma en que te amaba.

Ahora,
ya no el dolor sino la certidumbre
de la dolida forma en que dolías,

del vacío iracundo y de la pena
de la rama cortada.

Ahora
la sed, no de tu lengua
sino de aquel deseo de tu lengua,

la sed, no del oasis de tus ojos

sino de aquellas lágrimas caídas

sobre el desierto gris que me esperaba.

Encuentro fortuito

Una vez fuiste un ángel,
mi más bello demonio.

Horas hubo en que ardí en tu luz
y horas
en que fui por tus llamas arrasada.

Después fue la memoria.
Por ella fui y volví como un buscador de oro
que se atreve al rastreo por terrenos minados.

El tiempo y yo limamos tus aristas.
Te hicimos un altar, te consagramos.

Pero la vida quiso que volvieras:
en pleno mediodía la calle te hizo humano,

sin alas y sin cuernos,
y tristemente helado.

El perseguidor

En todas mis ciudades apareces,
ay, oscuro y eterno y sigiloso
lobo de mis heridas y mis hambres.

En los fríos museos, apareces,
hecho tibio murmullo en mis oídos.

En los vestíbulos de los teatros,
en la voz del actor que se acongoja,
y en las inmensas,
las desoladas camas de hotel iluminadas
por la luz azulosa
de algún televisor que a nadie le habla.

En la más brusca esquina, repentino,
allí estás, con mi historia y con tu historia,
venido de tan lejos

y tan cerca
que me erizas la piel. Y te persigo
por las calles de todas mis ciudades

hasta que te das vuelta y eres otro
y eres todos
y vuelvo a estar conmigo,
sola de mí y de ti

hasta que apareces
ay, oscuro y eterno y doloroso
lobo que resucitas en mi carne.

Entonces, así eres

Una foto. Una sencilla foto
llegada por azar hasta mis manos.
Allí estás, con tu frente tocada por la sombra,
y los ojos hundidos,
y ese gesto soberbio
que no alcanza a matar la incertidumbre.

La vieja imagen
se funde con la nueva, y se deshace
como una carta rota en un estanque.
La miro largamente, como pidiendo al tiempo que me cuente
lo que no sé. Y la leo
como un ciego reciente
que con sus dedos se aventura al braille.
Busco revelaciones. Quizá historias o claves.
Y repaso uno a uno tus rasgos, como el hijo
que ve cómo la muerte desdibuja
la cara de su padre.

Entonces, así eres.

Y en la foto tan vivo y en mi historia tan muerto.

Hasta tu suéter gris no me recuerda nada.

¿Por qué entonces te nublas de repente
y una lluvia menuda deslava tu cadáver?

Después del amor

I

Sobre la cama y después del amor

—las piernas
entrelazadas como antiguas raíces—

contra la espalda húmeda su pecho
en gesto que duraba
tanto como para que toda la savia del pasado
corriera por los cuerpos anudados

y tan poco
como para negar todo futuro.

Quizá sabía
que los árboles que se siembran muy hondo
se pudren con el tiempo, con el agua.

II

Sobre la tierra
un pecho que se aprieta contra una espalda rígida

—las piernas
por una eternidad entrelazadas—.

Es el amor en piedra convertido
por el hirviente magma del Vesubio

como si lo mordiera la costumbre
(esa forma taimada de la muerte).

Tú me ves, yo te veo

Como espesas cebollas, así vamos,
revestidos de capas,
ocultando (sin querer o queriendo)
nuestro fondo.

Distinta es la sonrisa que sacamos
cada vez del bolsillo. Y cambiante
la biografía, de la que seleccionas
piezas distintas para usos distintos,
cuidándote muy bien, al agitar la taza,
de no ir a revolver el sedimento.

Pero hay momentos
en que quedamos
expuestos, desprovistos
de nuestras envolturas.

Tú me ves, yo te veo. El otro lee
en tus entrañas un sentido oscuro.

Y tú adivinas
en su gesto lo sucio. Y él lo sabe.

Un pacto se ha sellado, partido por la herida.
Cada uno es juez y reo. A un mismo tiempo
víctimas y verdugos implacables.

Años de años

Pequeña batalla de los días,
irrisoria y sin lumbré.
Frases oídas a medias.
Respuestas que nos damos con desgano,
brilladas por el uso
como prendas muy viejas y gastadas.
Trozos
de la cuerda que amarra la costumbre
y cose, mal cosido
todo lo que nos une y nos cobija.

Crepitaciones

Todavía en la carne de aquel que envejeció alienta el deseo,
como en la noche habita la memoria del día
y en medio del otoño
el verano persiste a ramalazos.
Su pulsión no es alegre sino sorda
como un eco,
y punzante
como el recuerdo abrupto de un olvido.

Un cuento antiguo

Los empleados de hotel ya conocen la escena:
una mujer que llega
de madrugada, o en mitad de un domingo,

sin equipaje
absorta
todavía humillada
sopesando.

En la habitación llueve, siempre llueve.
Y ella no trae nada, ni un paraguas
ni un cepillo de dientes,
ni cuchillas, ni xanax.

Los empleados de hotel no oyen lo que resuena
en ese cuarto:
un crepitar de incendio, un canto amargo
que va hacia atrás, hacia su propio origen.
Alguien allí nos cuenta un cuento antiguo,
alguien solloza y reza
pidiendo un par de alas.

En Technicolor

Tiene varios colores el amor:

el blanco donde escribes con tintas indelebles,
el estridente sol del amarillo
y el verde donde crecen verdes hojas,
bulbos devoradores, rosas rojas,
cardos llenos de espinas y minúsculas
flores abrasadoras. ¿Y el dolor?

El dolor es violeta como un fruto que se abre y ya se descompone
con el corazón negro,
apelmazado.

Y el olvido
tiene el color de aquello que a la intemperie sufre,
un azul que se agota,
un gris que nos consume y nos alivia
como un invierno largo que sin embargo sabe
que pronto volverá la primavera.

La luz de tu pobreza

Ahora

que rodeada de objetos innumerables
examinas la luz de tu pobreza,
y como un asesino, piensas que sólo cuentas con tus manos,

nada puedes perder:
todo aquello que hagas
goza de inmunidad porque tu juez ha muerto.

Ahora que no te debes
sólo a tu corazón y sus hogueras,
arde en tu levedad, por fin purificada.

El desamor del que amas te hace libre.



Este volumen reúne por primera vez toda la poesía de Piedad Bonnett, una obra que comenzó en 1989 con la aparición de *De círculo y ceniza* y que ha tenido estaciones tan afortunadas como *El hilo de los días* (1995), *Tretas del débil* (2004) y *Explicaciones no pedidas* (2011), el más reciente de sus poemarios y ganador del Premio Casa de América de Poesía Americana 2011.

“¿Preguntará la poesía qué hicimos con ella cuando nos visitaba? Piedad Bonnett, que tan sabiamente se mueve en el justo límite de su propuesta, que no va inútilmente más allá del material que desde un inicio aparece en su poderosa intuición poética como trabajable, que ‘no abusa del lector’ encubriendo con artificios y manierismos ideas inconsistentes, que mantiene la transparencia de su palabra emocionada lejos de las estridencias, hace tiempo que tiene una respuesta”.

José Watanabe

“Piedad Bonnett (...) encauza sus sentimientos en un lenguaje neutro, dolorosamente contenido, casi lacónico y que funciona con insinuaciones y elipsis, a la manera de un iceberg que esconde bajo el agua una masa terrible”.

Carlos López Degregori

PIEDAD BONNETT

(Amalfi, Antioquia, 1951) es poeta, dramaturga, ensayista, columnista y novelista. Ha publicado las novelas *Después de todo* (2001), *Para otros es el cielo* (2004), *Siempre fue invierno* (2007) y *El prestigio de la belleza* (2010); los libros de poesía *De círculo y ceniza* (1989), *Nadie en casa* (1994), *El hilo de los días* (1995), *Ese animal triste* (1996), *Todos los amantes son guerreros* (1997), *Tretas del débil* (2004), *Las herencias* (2008) y *Explicaciones no pedidas* (2011); las obras de teatro *Gato por liebre*, *Que muerde el aire afuera*, *Sanseacabó*, *Se arrienda pieza* y *Algún día nos iremos*, y *Lo que no tiene nombre* (2013), un libro inclasificable a propósito de la muerte de su hijo.

Su obra poética le ha merecido innumerables premios y reconocimientos, además del favor de los lectores. Han aparecido varias antologías de la misma: Arango Editores publicó en 1998 *No es más que la vida*; Ediciones Hiperión publicó en el año 2003 *Lo demás es silencio* (la autora, junto con José Asunción Silva, son los únicos colombianos incluidos en esta prestigiosa colección); el Fondo de Cultura Económica publicó en 2008 *Los privilegios del olvido*, con prólogo de José Watanabe. Poemas suyos han sido traducidos al italiano, al inglés, al francés, al sueco, al griego y al portugués.

Título: *Poesía reunida*

Primera edición: noviembre de 2015

© 2015, Piedad Bonnett

© 2015, de la presente edición en castellano para todo el mundo: Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. S. Cra 5A No 34A – 09, Bogotá – Colombia
www.megustaleer.com.co

Imagen de cubierta: www.vecteezy.com / Camellie

Diseño de cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial / Paula A. Gutiérrez

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-958-8639-77-2

Conversión a formato digital: Libresque

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

POESÍA REUNIDA DE CÍRCULO Y CENIZA (1989)

Al lector

EL HOMBRE EN SU TRINCHERA

Soledades

Reliquias

En el exilio

Los viejos

Domingo

De madrugada

Éxodo

Bogotá

LA BATALLA DEL FUEGO

La batalla del fuego

Hoy

Armonía

De círculo y ceniza

Asedio

Saqueo

Abismos

Rendición

Nocturno

Romance

Canción

Canciones de ausencia

Laberinto

Desolación

¿Qué oscura mano...

Casa vacía

EL SUEÑO DE LOS AÑOS

Vuelta a la poesía

Días de algodón

Fantasmas

Regreso

Olores

Emplazamiento

Usurpación

Cuerpo

Cinco y media

Ubi est?

Apelación

Diario

NADIE EN CASA (1994)

Miserias de la palabra

SOLEDAD DE DOS

Tareas domésticas

Duermevela

Cadenas

Soledad de dos

Lección de astronomía

Sal en la hierba

Suma y resta

Restos

Centelleo del instante

Trazo

EN CONSIDERACIÓN A LA ALEGRÍA

Canción para mañana
Madre e hijo
Ocurre
El poema
Despedida a Lorenzo Jaramillo
Del reino de este mundo
Carta a Truman Capote
A Isak Dinesen
Réquiem
La noticia
De soledades
Tarot
De un tiempo a esta parte
Un otro exilio
1492
Regreso
Arieta
No es más que la vida
En consideración a la alegría
Tiempo
Volver al tiempo de los techos altos

ALTO DEL PEREGRINO

Tiempos de pesadumbre
Para el velorio del niño muerto
A la compra
Reporte policial
Mapa
Alto del peregrino

EL HILO DE LOS DÍAS (1995)

La inmensa puerta de nogal luce de verde
La inmensa puerta de nogal luce de verde
En la sala de postigos cerrados

Han amarrado trapos rojos en los bombillos
Aquí golpeaba airadamente el padre
Por la ventana contemplo el mundo entero
Tus ojos eran prestes que oficiaban
Aquí, en este cuarto donde la luz
Las cacerolas van despertando al mundo
De cara a la pared estoy mirando
A la hora de la siesta
Frente a la enorme puerta te detenías
Aquí, en los altos
La luz, enceguecida, se abandona
En el silencio de los corredores
Tenía techo el mundo entonces

LOS CUCHILLOS DEL ALBA

Los cuchillos del alba
La búsqueda
Cita vespertina
Memorias de Sodoma
Cuestión de estadísticas
El vigilante

LA CICATRIZ EN EL ESPEJO

Biografía de un hombre con miedo
Insomnio
Canción de la embalsamadora
Asalto (a Teresa)
La cicatriz en el espejo
La fiesta
De los bajos sentimientos
Leyendo a Eliseo Diego
De los mil usos posibles del poema
Visita ocasional
Los domingos

Guía de ciegos
Sólo tu nombre
Ahora que ya no soy más joven
La espera

ESE ANIMAL TRISTE (1996)

ESE ANIMAL TRISTE

Rito
Llamado
Pecado original
Labores manuales
Bautizo
Señales
Daniel creciendo
Un animal triste
Canción del sodomita
Nocturno
Manual de los espejos
Brujerías
La venadita
Terca señal
A quién agradecer
Confesión
Canción de la mora Fátima
De viaje
Salón de baile
Todo tan simple
Las palabras y las cosas
Revelación
Proceso digestivo
Rindiendo cuentas
Ración diaria
Álter ego

Sueños
Tres deseos
Mi silencio

TODOS LOS AMANTES SON GUERREROS (1998)

Todos los amantes son guerreros

El forastero
Ahora
Noviembre
Voyerismo
Por el camino de tu lengua
Agujas
Poema con cita
Porque es sola la noche
Minotauro y desnudo
Bonjour tristesse
La luna llena
Diciendo adiós
Como un árbol
Caleidoscopio
Más tarde será tarde
Hágase tu voluntad
The rest is silence
Verano
Todo se aprende
Tu nombre
Taxi
Leyéndote
De qué materia
A lo lejos
Diario
Confesión
Precisamente

Nocturnos
De tu mano
Cazadora
Conjugaciones
Después de todo
Tango
Oración
La risa
Colorín colorado
Como con una espada entre indefensos
La mujer de Lot
Educación sentimental

TRETAS DEL DÉBIL (2004)

Palabras iniciales

- 1 Blanco azulado, blanco membranoso
- 2 Allí, en aquel mundo
- 3 Comprobaste/ con asomo dolido
- 4 La cometa golpeaba el azul
- 5 Tenía miedo de tu miedo
- 6 Pero yo era el gato con botas
- 7 Ha llegado un médico nuevo
- 8 Cae la noche a mediodía
- 9 Mi hermana mira sus manos todos los días
- 10 Sobre las mesas, debajo de los humildes toldos
- 11 En el jardín, mi madre está cortando
- 12 Por la calle empedrada la procesión avanza
- 13 La bestia yace rígida y hendida
- 14 Te despierta el rumor, el río aborregado
- 15 Cuando mi padre fue un punto lejano
- 16 Doña Noema tenía unos senos grandes
- 17 Me corresponde hoy imaginar la historia
- 18 Desde la ventanilla del viejo bus

19 No sabes lo que llevas en tu valija

20 ¿Quién dice que hay palabras?

21 Allá abajo en la ciudad nueva

LUGARES COMUNES

I

Día libre

Instantánea

Fin de semana en familia

Quizá diría

Paisaje

Reciclando

Página roja

Sin novedad en el frente

Souvenir

El hijo pródigo

Jerusalén, julio de 1997

II

Los estudiantes

Por el campus

De tarde en tarde

Regreso

Moab (Utah)

Composición

Rosas

Conversación con Claudia

To be or not to be

Viajeros

Oración

TRETAS DEL DÉBIL

Siesta

Pie de página

Certeza

Final de partida

Sueño

Los hombres tristes no bailan en pareja

Tea time

Poema sin nubes

Filosofía de la consolación

Dicha animal

Ofertorio

Música de fondo

Algo hermoso termina

LECCIÓN DE ANATOMÍA (2006)

LAS HERENCIAS (2008)

El comienzo de las cosas

La muy perra

El silencio

Vocación de quietud

Nostalgia de lo imposible

Levedad

Los imperturbables

Ida y regreso

La nieve

Contabilidad

Coser y cantar

El envidioso

Bodas de plata

El poderoso

Pasajeros

Campo minado

En Ollantaytambo

EL HUESO DEL AMOR

El sabor de la derrota

Razones

Nosferatu
Maldición
El hueso del amor
Aridez
La tristeza de mi cuerpo
Historia sin fin
Agujero negro
Esfinge

LAS HERENCIAS

Murciélagos
Las mujeres de mi sangre
Dolores de familia
Las herencias
Lazos de sangre
S. O. S.
La espera

EXPLICACIONES NO PEDIDAS (2011)

LA DIVINA INDIFERENCIA

Las cicatrices
Lugares
Dolor fantasma
Trinidad
Perlas
Los viejos inquilinos
Lección de supervivencia
Fotos
De la rutina
El que hace el trabajo sucio
Año nuevo
El oscuro
La piedra
Desgarradura

Dolores
En caso de emergencia
Volver
Dechado
Curva
Rabia

CUATRO HISTORIAS MINÚSCULAS

El mundo ancho y ajeno
Telón
Ofelia
Devórame

LA INOCENCIA DEL SUEÑO

Mester de cetrería
Los que no sueñan nunca
El soñado
La inocencia del sueño
Visión
Hospital

EXPLICACIONES NO PEDIDAS

Explicaciones no pedidas
La rigidez del muro
Ya no el dolor sino la certidumbre
Encuentro fortuito
El perseguidor
Entonces, así eres
Después del amor
Tú me ves, yo te veo
Años de años
Crepitaciones
Un cuento antiguo
En Technicolor
La luz de tu pobreza

Sobre este libro
Sobre la autora
Créditos